

# Aventuras del profesor Challenger

Sir Arthur Conan Doyle



Lectulandia

Tras el éxito alcanzado con la aparición de *El mundo Perdido*, Conan Doyle, al igual que hiciera con su insuperable Sherlock Holmes, no resistió la tentación de «acabar» con el singular protagonista de aquella aventura. Por ello probó fortuna, y podemos afirmar que con acierto, utilizando de nuevo la figura del excéntrico profesor Challenger para enfrentarlo a una nueva serie de peripecias que constituyen el volumen que hoy presentamos. Así *Las aventuras del Profesor Challenger* resulta la conclusión de la saga de tan singular personaje. En ellas se reiterarán de nuevo las características del profesor: su malhumor legendario, su «justificado» desprecio por los periodistas lo cual no impide paradójicamente sea un periodista el cronista fiel de sus estrafalarias teorías, su descocado racismo, su vocación de redentor del género humano y su megalomanía carismática. Sin embargo, a pesar de los pesares, el profesor Challenger se convierte en un personaje entrañable, quizás por su obstinado distanciamiento de la vida real tan al modo británico. Junto al profesor aparecen nuevamente sus viejos amigos: el escéptico profesor Summerlee, lord John Roxton el aristócrata aventurero y el abnegado Ted Malone, que contribuyen, como contribuyeron en *El mundo perdido*, a aderezar la acción sirviendo de corifeos al protagonista, para confirmar tal vez las intenciones que movían a Conan Doyle a escribir este tipo de relatos: «divertir ha sido mi empeño, al hombre ese niño grande, al niño ese hombre pequeño».

HORACIO QUINTO

Relatos incluidos en el libro:

- La zona ponzoñosa*
- El día que la tierra aulló*
- La máquina desintegradora*

**Lectulandia**

Arthur Conan Doyle

# **Aventuras del profesor Challenger**

**Aventuras del profesor Challenger - 2**

ePub r1.2

Titivillus 18.8.15

Título original: *The Poison Belt* (1913), *When the World Screamed* (1928), *The Disintegration Machine* (1929)

Arthur Conan Doyle, 1929

Traducción: Horacio Quinto

Ilustraciones: Damiañ Carulla & Juan José López Mediavilla

Diseño de cubierta: Carulla & Mediavilla

Editor digital: Titivillus

Corrección de erratas: betipablo

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# LA ZONA PONZOÑOSA



## LA BORROSIDAD DE LAS LÍNEAS

Resulta imperioso que deje testimonio de tan asombrosos acontecimientos ahora que aún los tengo frescos en la memoria y puedo describirlos con una exactitud de detalles que el tiempo podría difuminar. Pese a ello, al realizar lo que me propongo, me siento abrumado por el sorprendente hecho de que haya sido nuestro reducido grupo del Mundo Perdido, es decir, el profesor Challenger, el profesor Summerlee, lord John Roxton y yo, el que haya pasado por una experiencia tan singular.

Qué lejos estaba de imaginarme hace algunos años, cuando publicaba en la *Gaceta Diaria* mis reportajes sobre nuestro viaje por Sudamérica, viaje que marca de por sí una época, que volviese jamás a tocarme la tarea de hablar de otra vicisitud personal todavía más extraña, de un acontecimiento único en los anales de la Humanidad, que quedará en los anales de la Historia como una montaña altísima entre las humildes colinas que la rodean. El acontecimiento parecerá siempre asombroso, pero la extraordinaria circunstancia de que nosotros cuatro estuviésemos juntos en el momento de ocurrir tan asombroso episodio, se produjo del modo más natural y, a decir verdad, inevitable. Describiré los hechos que nos condujeron a aquella situación de la manera más breve y clara posible, aunque comprendo perfectamente que cuanto mayor sea la cantidad de detalles que aporte, mayor será la satisfacción del lector, porque la curiosidad del público ha sido y sigue siendo insaciable.

El viernes, día 27 de agosto, fecha por siempre memorable en la historia del mundo, me presenté en la redacción de mi periódico y pedí tres días de permiso de ausencia a míster McArdle, que seguía estando al frente de la sección de noticias. El querido viejo escocés movió negativamente la cabeza, se rascó su flequillo de pelusa rojiza cada vez más ralo y acabó expresado verbalmente su negativa.

—Míster Malone precisamente, tenía el propósito de darle estos días un trabajo especial. Creo que hay un asunto que únicamente usted podría manejarlo como es debido.

—Realmente lo siento —dije, tratando de disimular mi desencanto—. Pero dado que me necesita, no hay más que hablar. Sin embargo tenía un compromiso importante. Si pudiese usted prescindir de mí...

—Pues no, la verdad es que no puedo.

Aquello me contrariaba, pero no tuve más remedio que poner a mal tiempo buena cara. Después de todo, la culpa era mía, porque por aquel entonces ya debería saber que todo periodista no tiene derecho a hacer planes sin contar con su redactor jefe.

—Siendo así, dejaré de lado mi compromiso —le contesté con toda la amabilidad que me fue posible improvisar—. ¿Y qué es lo que usted desea encargarme?

—Verá, se trata de encargarle una entrevista con ese diablo de hombre que vive

en Rotherfield.

—¿No se referirá usted al profesor Challenger? —exclamé.

—Pues sí, precisamente a él me refiero. La pasada semana se llevó por delante al joven Alee Simpson, del *Courier*, durante una milla, agarrándolo con una mano por el cuello de la americana y con la otra por los fondillos de los pantalones. Es probable que lo haya leído usted en las gacetillas de Policía. Nuestros muchachos prefieren entrevistarse con un cocodrilo antes que con el profesor. Sin embargo usted podría hacerlo, dado que es viejo amigo suyo.

—¡Vaya, esto lo arregla todo! —contesté con profundo alivio—. Precisamente, si quería pedirle permiso era con el propósito de visitar al profesor Challenger en Rotherfield. Resulta que es el tercer aniversario de nuestra más importante aventura en aquella meseta, y el profesor nos ha invitado a los que formábamos parte del grupo para que vayamos a su casa a celebrarlo.

—¡Estupendo! —exclamó McArdle frotándose las manos y mirándome satisfecho a través de sus gafas añadió:

—Hágale usted decir todo lo que piensa de este asunto. Si se tratase de otra persona, yo diría que la cosa no tiene ni pies ni cabeza, pero Challenger ya acertó una ocasión, ¿quién sabe si no dará otra vez en el clavo?

—¿Y qué es lo que quiere usted que yo le haga decir? ¿Qué ha hecho recientemente el profesor? —le pregunté.

—¿Es que no ha leído usted en el *Times* de hoy su carta sobre «Posibilidades científicas»?

—No.

McArdle se agachó y cogió del suelo un ejemplar del *Times*.

—Léalo en voz alta —dijo, señalándome con el dedo la columna que le interesaba—. Volveré a escucharlo con gusto, porque no estoy completamente seguro de haber comprendido bien lo que ese hombre quiere decir.

Tomé el diario y comencé a leer:

#### *Posibilidades científicas*

«Señor: He leído, y me ha hecho mucha gracia, no exenta de otra clase de emoción menos respetuosa, la carta presuntuosa y llena de fatuidad de James Wilson McPhail aparecida estos últimos días en su periódico, acerca de la borrosidad de las líneas Fraunhofer del espectro, de los planetas y de las estrellas fijas. Dicho comunicante deja de lado el asunto sin concederle la menor importancia. Sin embargo, a mentes más amplias pudiera parecerles de la mayor importancia posible, de una importancia tal que bien pudiera ser que se jugase en el mismo el bienestar final de todos los hombres, mujeres y niños que viven en nuestro planeta. No espero ni mucho menos, recurriendo a un lenguaje científico, que me comprendan esas gentes fútiles que buscan en las columnas de un diario la fuente de sus ideas. Trataré, pues, de adaptarme a sus limitaciones, y de exponer la situación echando mano de una analogía sencilla que pudiera estar dentro de la estrecha inteligencia de sus lectores».

—¡Este hombre es un prodigio, un prodigio viviente! —exclamó McArdle, moviendo reflexivamente la cabeza a derecha e izquierda—. Es capaz de hacerle encrespar las plumas a un palomino y de armar un alboroto en una asamblea de

cuáqueros. No me extraña que se le haya hecho imposible la vida de Londres, y es una lástima, míster Malone, porque es un gran talento. Bien, veamos ahora esa analogía.

Seguí leyendo:

»Imaginemos que durante la travesía del Atlántico arrojásemos un pequeño manojito de corchos unidos entre sí a una corriente marina muy lenta. Los corchos son arrastrados por ella lentamente, día tras día, sin que nada cambie a su alrededor. Si los corchos pudiesen razonar, pensarían que esas condiciones que reinaban a su alrededor eran permanentes e inmutables. Pero nosotros, que disponemos de una facultad superior de razonamiento, sabemos que podrían ocurrir muchas cosas que producirían sorpresa a los corchos. Estos podrían ser arrastrados contra el casco de un barco, o tropezar con una ballena dormida, o enredarse entre las algas marinas. Fuera de eso, siempre sería posible que su viaje se interrumpiese, viéndose arrojados contra las costas rocosas del Labrador. Pero ¿qué podían saber ellos de todo esto mientras se dejaban llevar con suavidad por la corriente, un día y otro día, dentro de aquel océano que a ellos les parecería ilimitado y homogéneo?

»Espero que los lectores de ese diario sean capaces de comprender que el Atlántico hace en esta parábola el papel del océano inmenso del éter en el que nosotros marchamos al garette, y que el manojito de corchos representa al pequeño y oscuro sistema planetario al que nosotros pertenecemos. Nuestro sol de tercera categoría, con su morralla y chusma de satélites insignificantes, y dentro de uno de ellos nosotros, flotando dentro de las mismas condiciones diarias en dirección a algún lugar desconocido, hacia alguna desdichada catástrofe que nos abrumará en los últimos confines del espacio, donde nos veremos arrastrados en las cataratas de algún Niágara o lanzados contra algún inimaginable Labrador. Yo no veo espacio en todo esto para el optimismo superficial e ignorante de su corresponsal, míster James Wilson McPhail, sino muchísimas razones para que sigamos con la mayor atención e interés cualquier indicación de un cambio en los alrededores cósmicos de los que puede depender en última instancia nuestro destino final.»

—Este hombre podría haber sido un gran predicador —exclamó McArdle—. Tiene sonoridades de órgano. Veamos ahora qué es lo que le preocupa.

»La borrosidad general y los cambios en las líneas del espectro, llamadas de Fraunhofer, revelan, en opinión mía, una mutación cósmica de gran amplitud y de un carácter sutil y extraño. La luz de los planetas es un reflejo de la del sol. La luz de una estrella es producida por ella misma. Pero, en este caso, lo mismo los espectros de los planetas que los de las estrellas han sufrido idéntico cambio. ¿Se trata, pues, de un cambio de los mismos planetas y estrellas? Me resulta inconcebible una idea semejante. ¿Qué clase de cambio podría ocurrir simultáneamente en todos ellos? ¿No será un cambio ocurrido en nuestra propia atmósfera? Esto cabe en lo posible, pero es improbable en alto grado, puesto que no se advierte ninguna señal del mismo a nuestro alrededor, y porque tampoco los análisis químicos han revelado cambio alguno. ¿Cuál es, pues, la tercera posibilidad? Podría ser que hubiese ocurrido un cambio en el medio conductor, en ese éter infinitamente fino que se extiende de estrella a estrella y embebe todo el universo.

»En las profundidades de ese océano vamos flotando, llevados por una perezosa corriente. ¿No podría esa corriente arrastrarnos al interior de nuevas zonas de éter que tengan propiedades en las que nosotros jamás hemos pensado? En algún lugar se ha realizado un cambio. Esta perturbación cósmica del espectro lo demuestra. El cambio puede ser para bien. Puede también ser para mal. O quizás sea un cambio neutral. Lo ignoramos. Los observadores superficiales pueden tratar el asunto con menosprecio, pero quien como yo está dotado de una profunda inteligencia propia del auténtico filósofo, comprende que las posibilidades que existen en el universo son incalculables y que el hombre más sabio es aquel que se mantiene dispuesto para siempre a afrontar lo inesperado. Tenemos a mano un ejemplo. ¿Quién se atreverá a afirmar que esa epidemia misteriosa y universal que, según los periódicos de esta misma mañana, ha estallado entre las razas indígenas de Sumatra, no está relacionada con alguna alteración cósmica a la que son más susceptibles que los pueblos europeos, de constitución más compleja? Lanzo la idea por lo que pudiera valer. En la actual etapa resulta tan poco ventajoso el afirmarla como el negarla, pero quien no entienda que cae perfectamente dentro del terreno de la posibilidad científica es un majadero desprovisto de imaginación.



»De usted atentamente,

George Edward Challenger.

«The Briars, Rotherfield.»

—Es una carta bella y estimulante —dijo McArdle pensativo, introduciendo un cigarrillo en el largo tubo de cristal que le servía de boquilla—. ¿Qué opina de ello, Malone?

No tuve más remedio que confesar mi ignorancia total y humillante acerca del problema. ¿Qué eran las líneas de Fraunhofer, por ejemplo? McArdle había hecho ya un estudio del problema con la colaboración del científico domesticado de nuestra redacción, y tenía sobre la mesa numerosas franjas espectrales multicolores, de esas que tienen un parecido general con las cintas de los sombreros de ciertos clubs de *cricket*, nuevos y ambiciosos. Echó mano a dos de ellas y me hizo observar unas líneas negras que se cruzaban sobre la serie de brillantes colores que iban desde el rojo, hasta el violeta pasando por el anaranjado, amarillo, verde, azul y añil.

—Estas franjas negras son las llamadas líneas de Fraunhofer —me dijo—. Los colores no son otra cosa que la luz misma. Cualquiera luz, si la hacemos pasar a través de un prisma, nos da idénticos colores. Nada nos dicen. Son las líneas las que tienen importancia, porque varían de acuerdo con el cuerpo que produce la luz. Son estas líneas las que ahora aparecen borrosas en lugar de nítidas. El fenómeno viene ocurriendo desde hace una semana, y los astrónomos discuten entre ellos sobre su posible causa. Aquí tenemos una fotografía de esas líneas que saldrá mañana en nuestro periódico. Hasta ahora, el asunto no ha despertado interés entre el público pero me parece que la carta de Challenger va a darles qué pensar.

—¿Y eso de Sumatra qué es?

—Pues verá: desde las líneas del espectro hasta un negro enfermo en Sumatra existe una considerable distancia, pero este hombre nos demostró una vez que cuando se pronuncia no lo hace en vano. Parece que por aquellas latitudes se ha propagado una extraña enfermedad. Además hoy nos acaba de llegar este cable desde Singapur anunciando que los faros del estrecho de Sonda no funcionan, y por ello han embarrancado ya dos barcos. En fin, que sería bueno que usted recogiera la opinión de Challenger sobre el asunto. Si saca algo en concreto, escriba una columna para el número del lunes.

Salí del despacho, meditando la nueva misión que me habían confiado, cuando oí que voceaban mi nombre en la sala de espera de la planta baja. Era un mensajero de telégrafos que me traía un telegrama enviado a mi domicilio particular en Streatham. Su remitente era el mismísimo caballero de quien habíamos estado hablando. Su texto era el siguiente:

Malone, 17, Hill Street, Streatham.  
Traiga oxígeno.

«¡Traiga oxígeno!». El profesor, tiene un sentido del humor muy *sui generis* y es capaz de las bromas más pesadas. ¿Se trataba de una de aquellas bromas que desataban estruendosas carcajadas, durante las cuales desaparecían sus ojos, y toda su cara se convertía en una boca abierta y barba encrespada, mostrándose de una indiferencia suprema para todos los que le rodeaban? Por más vueltas que le di a la frase, no pude sacar nada que fuese ni siquiera remotamente divertido. Sin embargo, por extraña que pareciese, era una orden terminante. Si había en el mundo un hombre cuyas órdenes no me permitiría desobedecer, eran las de Challenger. Quizás estuviera realizando algún experimento químico. Bien, yo no tenía por qué hacer cábalas sobre si lo necesitaba para esto o para lo otro. Había que llevarle lo que pedía. Faltaba todavía una hora para la salida de mi tren en la estación Victoria. Subí a un taxi, y le di la dirección de la Oxygen Tube Suply Company, de Oxford Street, que había obtenido de la guía de teléfonos.

Al bajar del taxi, frente dicho establecimiento vi que por la puerta salían dos jóvenes que transportaban un cilindro de hierro, y que cargaban, no sin cierto esfuerzo, en un automóvil que estaba esperando. Tras ellos iba un señor entrado en años, regañándoles y dándoles órdenes con una voz cascada y burlona. De pronto se volvió hacia mí. No había manera de confundir aquellas facciones austeras y aquella barba de chivo. Era mi antiguo compañero, el profesor Summerlee.

—¡Cómo! —exclamó—. No me dirá usted que también ha recibido uno de esos absurdos telegramas.

Se lo enseñé.

—¡Vaya, vaya! También yo recibí uno, y he cumplido sus órdenes como usted ve, aunque en contra de mi voluntad. Nuestro buen amigo sigue tan imposible como siempre. No puede ser que la necesidad que tiene de oxígeno haya sido tan urgente que no haya podido recurrir a los medios habituales de suministro y haya necesitado acaparar el tiempo de quienes tenemos mayores ocupaciones que él. ¿Por qué no lo encargó directamente?

No encontré otra razón que darle sino la de que quizás lo necesitaba con urgencia.

—O habrá creído que lo necesita, lo cual es cosa muy diferente. Pero, dado que yo le llevo tanto, está de más el que usted compre más oxígeno.

—Ya ve que, por la razón que sea, quiere que yo también lo lleve. De modo, pues, que lo más sensato será seguir sus instrucciones.

A pesar de todas las objeciones y censuras de Summerlee, pedí otra bombona más, y la hice cargar en el automóvil del profesor, ya que este se ofreció para llevarme hasta la estación Victoria.

Liquidé la cuenta de mi taxi, cuyo conductor se mostró insolente acerca del total de la misma. Al volver a donde estaba el auto de Summerlee, vi que este sostenía un

altercado furioso con los hombres que habían transportado el oxígeno. Su blanca barbilla caprina tenía arranques de indignación. Uno de aquellos hombres lo trató de «estúpido loro blanqueado», lo cual dio lugar a que el chófer de Summerlee saltase de su asiento para ponerse al lado de su amo, y nos las vimos y deseamos para evitar una riña en la vía pública.

Parecerá fútil que me ponga a relatar estas pequeñeces, que en el momento en que tuvieron lugar las tomamos como simples incidentes. Ahora, en cambio, al volver la vista atrás, percibo la relación que guardaban con el conjunto del relato en que me he empeñado.

El chófer de Summerlee me dio la impresión que era un novato, a menos que el incidente le hubiera alterado los nervios, porque condujo hasta la estación de manera infame. Chocamos en dos ocasiones con otros vehículos igualmente excéntricos, y recuerdo que le hice a Summerlee la observación de que cada día se conducía peor en Londres. Pasamos rozando el borde de un grupo numerosísimo que estaba viendo pelearse a unos hombres en una esquina del Mall. La gente, que daba muestras de estar muy excitada, lanzó gritos de indignación ante la torpeza del conductor, y un hombre saltó al estribo del coche blandiendo un bastón por encima de nuestras cabezas. Le pegué un empujón, obligándole a apearse, pero nos sentimos muy satisfechos cuando nos alejamos de allí escapando sin ningún percance.

Todos aquellos incidentes que se sucedieron sin interrupción, acabaron por sacarme de mis casillas y pude comprobar también que la paciencia de mi acompañante había alcanzado un nivel muy bajo, a juzgar por la petulancia de su actitud.

Pero ambos recuperamos nuestro buen humor cuando en el andén de la estación vimos a lord John Roxton; su figura alta y delgada lucía un traje de cazador de paño escocés amarillo. Al vernos, su cara expresiva de ojos inolvidables, tan altivos y tan divertidos sin embargo, se sonrojó de placer. Sus cabellos rojizos se hallaban salpicados de hebras blancas, y el cincel del tiempo había ahondado aún más los surcos de su entrecejo; pero, fuera de eso, era el mismo buen camarada de antaño.

—¡Hola, *herr* profesor! ¡Hola, Malone! —nos gritó, adelantándose hacia nosotros.

Cuando vio las dos bombonas de oxígeno que el mozo de andén que venía detrás nuestro traía en su carretilla, rompió a reír con estruendosas y divertidas carcajadas, gritando:

—¡De modo que también ustedes! La que yo traigo ya está en el furgón. ¿Qué mosca le habrá picado al querido y viejo profesor?

—¿Leyó usted su carta al *Times*? —le pregunté.

—¿De qué se trata?

—Majaderías y paparruchas —exclamó Summerlee con aspereza.

—Creo que en el fondo de este asunto del oxígeno está el problema de la carta, o mucho me equivoco —dije yo.

—Majaderías y paparruchas —volvió a exclamar Summerlee con innecesaria irritación.

Tomamos asiento en un vagón de primera para fumadores, y el profesor encendió su pipa de eglantina, corta y ennegrecida, que parecía que le chamuscaba la punta de su larga y agresiva nariz.

—El amigo Challenger es un sabio —dijo, expresándose con gran vehemencia—. Quien lo niegue es un estúpido. Fíjense en su sombrero; dentro de ese sombrero hay sesenta onzas de materia gris, una máquina potente, que funciona sin esfuerzo, y produciendo maravillas. Sin embargo, es un sacamuelas de nacimiento; me han oído ustedes decírselo en su propia cara, es un sacamuelas de nacimiento que domina la técnica de saltar dramáticamente a primer plano de actualidad. Cuando todo está tranquilo, el amigo Challenger ve la ocasión de que la gente hable de él. ¿O es que se imagina ustedes que él cree en serio todas esas tonterías sobre una alteración en el éter, y el peligro que ello representa para el género humano? Jamás se ha oído otro cuento más fantástico y absurdo.

Estaba sentado lo mismo que un viejo cuervo encanecido, y dejó oír el croar de la risa sardónica que sacudía su garganta.

A medida que escuchaba a Summerlee me invadía una oleada de ira. Era vergonzoso que se expresase de semejante manera refiriéndose al jefe al que debíamos toda nuestra celebridad y que nos había hecho vivir sensaciones de las que no había disfrutado ningún otro hombre. Ya había abierto la boca para darle una réplica, pero lord John se me adelantó.

—Hace tiempo tuvo usted una disputa con Challenger —dijo con severidad—, y ¡no salió usted muy bien parado de ella! A mí me parece, profesor Summerlee, que él es muy superior a usted, de modo que será mejor que no se meta con él.

—Además —dije yo—, Challenger siempre ha sido buen amigo nuestro. Tenga los defectos que tenga, es hombre de una rectitud irreprochable que jamás habla mal de sus compañeros a sus espaldas.

—Muy bien dicho, camarada.

Después de estas palabras, lord John Roxton le dio unas palmaditas en la espalda al profesor Summerlee y le dijo sonriente:

—Ea, *herr* profesor, no vamos a reñir a estas alturas. Juntos hemos visto demasiadas cosas. Pero cuando hable de Challenger, hágalo con corrección. Malone y yo sentimos cierta debilidad por el viejo.

Sin embargo Summerlee no estaba de humor para transigir. Su cara se contorsionó con expresión de rígida censura, y brotaron de su pipa espesas volutas de humo irritado.

—Mire, lord Roxton —chirrió—, las opiniones tuyas en materia científica tienen para mí el mismo valor que tendrían para usted las mías sobre un nuevo tipo de escopeta. Yo tengo mi propio cerebro, señor, y me sirvo del mismo a mi manera. Porque en una ocasión me haya equivocado, no estoy obligado a dar por buenas sin

examen las cosas que este buen señor afirme. ¿O es que vamos a considerarlo como a un pontífice de la ciencia, que puede lanzar decretos infalibles *ex cathedra*, decretos que el pobre y humilde público está obligado a aceptar sin discutirlo? Le digo a usted, caballero, que tengo mi propio cerebro y que me consideraría como un pisaverde si no lo utilizara. Si a usted le complace dar crédito a todo este galimatías sobre el éter y las líneas del espectro, haga lo que juzgue oportuno, pero no exija que quien le aventaja a usted en edad y ciencia participe de su tontería. ¿No es evidente que si el éter se encontrase alterado hasta el punto que Challenger afirma, y que si esa alteración fuese perjudicial para la salud humana, estaríamos ya sufriendo sus consecuencias? —Al llegar a este punto rompió en una carcajada estrepitosa, como celebrando su propio triunfo—. Sí, señor, nos encontraríamos ya muy lejos de nuestro estado normal, y en vez de estar discutiendo tranquilamente problemas científicos dentro de un vagón de ferrocarril, estaríamos atacados por los síntomas del envenenamiento que llevaríamos en nuestro organismo. ¿Dónde podemos descubrir síntoma alguno de esta alteración cósmica? ¡Contésteme a esto! Vamos, vamos, sin evasivas. Le exijo que me dé una respuesta.

Yo me sentía cada vez más molesto por la forma de conducirse del profesor Summerlee.

—Pienso que si estuviese más enterado de ciertas cosas que suceden, se manifestaría menos seguro en sus opiniones —le dije.

Summerlee se quitó la pipa de la boca y clavó en mí su mirada de piedra.

—¿Quiere hacer el favor de explicar el alcance de sus palabras ciertamente impertinentes?

—Quiero decir que cuando yo salía de mi redacción, fui informado de que había llegado un telegrama confirmando lo de la epidemia general entre los indígenas de Sumatra, agregando que en los estrechos de Sonda no funcionaban los faros.

—La estupidez humana no tiene límites —gritó Summerlee, hecho una verdadera furia—. ¿Es que no comprende que, dando por buena la absurda hipótesis de Challenger, el éter es una sustancia universal, idéntica en todas las partes del mundo? ¿Supone usted acaso ni por un solo instante que existe un éter inglés y un éter de Sumatra? Quizás sea usted capaz de imaginarse que el éter de Kent tiene cualidades superiores al éter de Surrey, por el que en este momento nos transporta el tren en que viajamos. La verdad es que la credulidad y la ignorancia del profano en ciencias resulta proverbial. ¿En qué cabeza cabe que el éter de Sumatra sea tan mortífero que produzca la insensibilidad total, en el mismo momento en que el éter que a nosotros nos rodea no produce efecto apreciable sobre nuestro organismo? Yo, por ejemplo, puedo afirmar que en mi vida me he sentido más fuerte y más equilibrado que en este momento.

—Quizás sea así. Yo no me tengo por un científico —contesté—, aunque recuerdo haber leído no sé dónde que la ciencia de una generación es considerada un engaño por la generación posterior. A pesar de esto, no se necesita sino un poco de

sentido común para ver que, sabiendo tan poca cosa como sabemos acerca del éter, cabría en lo posible que esa sustancia sufriese distintas influencias locales dentro del cosmos, y que sus consecuencias se manifestasen en unos lugares antes que en otros.

—Con «quizás» y con «podría ser» se puede demostrar todo —exclamo Summerlee, furioso—. Los cerdos podrían volar. Sí, señor, los cerdos *podrían* volar, pero no vuelan. Discutir con ustedes es perder el tiempo. Challenger los ha envuelto en sus supercherías y son incapaces de valerse de su propia razón.

Resultaría tan eficaz el exponer razones a estos cojines en que estamos sentados, como a ustedes.

—Amigo Summerlee, no tengo más remedio que manifestarle que desde la última vez que tuve el placer de alternar con usted no parece que hayan progresado mucho sus maneras —le dijo con severidad lord John.

—Ustedes los petimetres no están acostumbrados a que les canten las verdades —le contestó Summerlee con sonrisa molesta—, claro está cuando alguien les hace comprender que con todos los títulos que llevan son unos ignorantes, la cosa les cae por sorpresa y les duele.

—Le aseguro, señor, bajo mi palabra de honor, que si fuera usted más joven no se habría atrevido a hablarme de esa manera —dijo lord John bastante enojado.

Summerlee levantó agresivamente la barbilla, en la que tembló su pequeño mechón de su perilla de chivo.

—Tenga presente que, joven o viejo, en mi vida me asustó el decir la verdad a un ignorante; sí, señor, a un pisaverde ignorante, aunque tuviese usted tantos títulos de nobleza como pudieran inventar los pisaverdes y adoptar los idiotas.

Los ojos de lord John relampaguearon durante un momento, pero dominó su ira haciendo un esfuerzo supremo y recostándose en el respaldo de su asiento, se cruzó de brazos y dejando ver una sonrisa de amargura. Todo aquello resultaba espantoso y deplorable. Embargado por la nostalgia recordé aquellos días azarosos en los que la buena camaradería y la felicidad reinaba entre nosotros. ¡Y que aquello hubiese venido a parar a esto de ahora, al insulto y a la ofensa! Y de pronto rompí a sollozar; sí, sollocé ruidosamente, atropelladamente, sin poder contenerme ni dominarme. Mis compañeros me miraron sorprendidos, y yo me cubrí el rostro con las manos, exclamando:

—No es nada, no es nada, pero ¡qué pena me da todo esto!

—Mi buen amigo, está usted enfermo; eso es lo que ocurre y nada más —dijo lord John—. Desde que nos encontramos en el andén observé en usted algo raro.

—Su manera de ser no se ha corregido en nada durante los tres años transcurridos —dijo Summerlee, moviendo la cabeza—. Tampoco a mí se me escapó lo raro de su conducta en el instante mismo en que nos vimos. Lord John, no malgaste su simpatía. Estas lágrimas de nuestro amigo son cosa exclusiva del alcohol. Ha bebido. A propósito, lord John, hace un momento le llamé petimetre, y quizás el calificativo fuera algo duro. Ahora bien: esa palabra me ha traído a la memoria una pequeña

habilidad, insignificante, pero divertida, que yo tuve en otro tiempo. Usted me conoce como un hombre de ciencia austero y serio. ¿Querrá usted creer que antaño gocé de una celebridad bien ganada entre los niños de que soy un excelente imitador de animales? Quizá pueda contribuir a que pasen el tiempo de una manera agradable. ¿No les divertiría oírme hacer el gallo?

—No, señor, no me divertiría —contestó lord John, que seguía muy ofendido.

—También solían decir que mi imitación del cacareo de una gallina que acaba de poner el huevo era algo que se salía de lo corriente. ¿Quieren oírme?

—No, señor, no; desde luego que no.

Pero el profesor Summerlee, sin hacer caso dejó su pipa a un lado, y durante todo el resto del viaje nos divirtió, o pretendió divertirnos, imitando sucesivamente las voces de pájaros y de animales de una manera tan absurda que mis lágrimas se convirtieron súbitamente en estruendosas risotadas, que seguramente llegaron hasta el histerismo cuando, sentado frente por frente del solemne profesor, le vi, o mejor dicho le oí, hacer el papel de un gallo alborotador o del perrito al que le han dado un pisotón en la cola. Lord John me entregó en un momento dado el periódico que llevaba, y en uno de cuyos márgenes había escrito con lápiz: «¡Pobre diablo! Está como una chiva.» Desde luego que todo aquello eran excentricidades, y, sin embargo, yo encontré su exhibición extraordinariamente sabia y divertida.

Mientras tenía lugar todo aquello, Lord John, me contaba una historia interminable sobre un búfalo y un rajá de la India, sin que yo le encontrase a todo lo que decía ni pies ni cabeza.

El profesor Summerlee había empezado a imitar los gorjeos de un canario, y lord John entraba en lo más emocionante de su historia, cuando el tren se detuvo en Jarvis Brook, que era la estación más próxima a Rotherfield.

Challenger había venido a recibirnos. Parecía reventar de satisfacción. Ni todos los pavos reales serían capaces de igualar la lenta y solemne dignidad con que se paseaba de un lado a otro del andén, y la benigna sonrisa de bondadosa condescendencia con que miraba a cuantos se encontraban a su alrededor. Si algún cambio había experimentado desde los tiempos de antaño era el de que se habían exagerado todas sus características. Aquella voluminosa cabeza y la anchura de su frente con el mechón de cabello negro aplastado sobre ella, parecían todavía mayores. Su barba negra se despeñaba hacia adelante en una cascada todavía más grandiosa, y sus claros ojos grises de insolentes párpados resultaban burlones como siempre y más dominadores que antaño.

Me acogió con el divertido apretón de manos y la sonrisa de ánimo con que el director de un colegio recibe a los nuevos alumnos, saludó después a los otros dos, ayudando a retirar sus maletas y las bombonas de oxígeno, luego nos acomodó a todos en un espacioso automóvil, y nos pusimos en marcha. El conductor era el mismo impasible Austin, el hombre parco en palabras, al que yo había conocido representando el papel de mayordomo cuando hice mi primera y memorable visita al

profesor. Cruzamos por una región hermosa y subimos la cuesta serpenteante de una colina. Yo iba delante, junto al chófer, pero tenía la sensación de que los tres hombres que llevaba a mis espaldas hablaban todos a una. Por lo que pude comprender, lord John seguía metido en su relato del búfalo, y el retumbo de la voz de Challenger, mezclado con el porfiado cacareo de Summerlee, me hizo comprender que otra vez sus cerebros se habían trabado en un furioso debate de gran altura científica. De pronto Austin torció de soslayo hacia mí su cara de caoba, sin apartar la vista del volante, y me dijo:

—Me han despedido.

—¡Válgame Dios! —exclamé.

Todo parecía hoy extraño. Todos decían cosas raras e inesperadas. Aquello parecía cosa de un sueño.

—Esta hace la despedida cuarenta y siete —dijo Austin, meditando.

—¿Y cuándo se marcha? —le pregunté, por decir algo.

—No me marchó —me contestó.

Parecía que la conversación iba a terminar ahí pero Austin siguió hablando.

—¿Quién iba a cuidarle si yo me fuera? —Hizo con la cabeza un movimiento rápido en dirección a su amo—. ¿Quién querría quedarse a servirle?

—Ya encontraría alguien —le apunté suavemente.

—Nadie. Nadie le duraría ni una semana. Si yo me marchase, la casa se detendría como reloj al que se le acaba la cuerda. Se lo digo porque es usted amigo suyo, y debe saberlo. Si yo le cogiese la palabra..., pero no, no tengo corazón, para ello. El profesor y su señora se encontrarían como dos niños a los que alguien hubiese abandonado en la calle. Pues ya ve usted, va y me despide.

—¿Y por qué no iba a quedarse nadie? —le pregunté.

—Porque nadie aguantaría las cosas que yo paso por alto. El señor es un verdadero sabio, tan sabio, que a veces parece idiota. Sí, yo le he visto muchas veces completamente loco. Fíjese en lo que hizo esta mañana.

—¿Qué hizo?

Austin se inclinó hacia mí.

—Mordió al ama de llaves —me cuchicheó jadeante.

—¿Que la mordió?

—Sí, señor. Le mordió en la pantorrilla. Con mis propios ojos la vi salir como alma que lleva el diablo por la puerta del vestíbulo.

—¡Santo Dios!

—Eso mismo diría usted si viese algunas de las cosas que ocurren allí. No tiene un solo amigo en todo el barrio. Les he oído decir a algunos que, cuando el amo estuvo entre aquellos monstruos que usted describió en sus artículos, se encontraría como en la gloria y que jamás ha alternado como entonces con sus semejantes. Ellos hablan así; pero yo, que llevo diez años junto a él, le tengo un gran afecto y la verdad es que, a pesar de todo cuanto se diga y se haga, el profesor es un gran hombre y el



servirle es un honor. Aunque a veces le haga a uno pasar malos momentos. Pero ¿ve usted aquello? La verdad es que parece reñido con lo que llamamos la hospitalidad tradicional, ¿verdad? Léalo usted mismo.

El coche, a velocidad mínima, había subido por una cuesta empinada y entrábamos en una curva. En el recodo, y por encima de un seto espeso sobresalía un cartel. No resultaba difícil leerlo, porque las palabras no eran muchas, pero eran llamativas:

AVISO

¡ABSTÉNGANSE LAS VISITAS, LOS PERIODISTAS Y LOS MENDIGOS

G. E. CHALLENGER.

—Realmente, no es lo que se dice un hombre cordial —exclamó Austin, moviendo la cabeza y alzando los ojos hacia el aviso—. No es texto para una felicitación de Navidad. Espero sepa disculparme, jamás había hablado tanto como hoy, creo que he antepuesto mis sentimientos a mi voluntad. Si quiere, puede decirme que me echa hasta ponerse morado gritando, pero yo no me iré. Eso es cosa sabida. Yo soy su criado, y él es mi amo, y eso seguiremos siendo, espero, hasta que Dios diga.

Habíamos cruzado por entre dos postes pintados de blanco de una valla exterior, y el auto avanzó por una avenida en curva, flanqueada de rododendros. Al fondo surgió una casa de ladrillo de poca altura, a la que daba realce la carpintería de madera blanca, era muy hermosa y parecía cómoda. En la puerta de entrada nos esperaba, la figurita menuda, frágil y sonriente, de la señora Challenger para darnos la bienvenida.

—Por fin han llegado nuestros amigos —le gritó Challenger, abandonando el coche con presteza—. Vaya novedad eso de recibir visitas, ¿verdad? Entre nuestros vecinos y nosotros no se derrocha la cordialidad, ¿no es cierto? Si pudiesen echarnos a patadas en el carricoche de nuestro panadero, ya lo habrían hecho.

—¡Espantoso, espantoso! —exclamó la señora, medio riendo, medio llorando—. No pasa día sin que George se pelee con alguien. No tenemos ningún amigo en toda la región.

—Lo cual me permite concentrar mis atenciones en mi incomparable mujercita —dijo Challenger, ciñéndole la cintura con su brazo corto y musculoso; imagínense ustedes a un gorila y a una gacela y tendrán el retrato de aquella pareja—. Vamos, vamos; estos señores están cansados del viaje, y ya debería estar preparado el almuerzo. ¿Regresó Sara?

La señora negó lastimeramente con la cabeza, y el profesor soltó una carcajada, se acarició la barba con su habitual ademán dominante y luego gritó:

—Austin, después de guardar el coche, haga el favor de ayudar a la señora a servir el almuerzo. Y ahora, caballeros, tengan la amabilidad de entrar en mi

despacho, necesito informarles urgentemente de un par de cosas.

## LA MAREA DE MUERTE

Al atravesar el vestíbulo sonó el teléfono y por ello involuntariamente escuchamos la parte del diálogo que le tocó sostener al profesor Challenger. Hablo en plural, porque en cien yardas a la redonda habría sido imposible dejar de oír el retumbo de aquella voz monstruosa, que repercutía por toda la casa. Sus respuestas me quedaron bien grabadas en la memoria.

—Sí, claro, soy yo... Sí, desde luego, el profesor Challenger, el célebre profesor. ¿Quién, si no...? Desde luego, hasta la última palabra, porque de otro modo no lo habría escrito... No me sorprendería... Así se deduce de todos los indicios... En el plazo de un día a lo sumo... ¿Y qué quiere que le haga?... Muy desagradable, sin duda; pero me imagino que habrá personas que valen más que usted a quienes alcanzará también. Nada se saca gimoteando... De ninguna manera. Arreglárselas como pueda... Basta, señor. ¡Tonterías! Tengo cosas más importantes que estar escuchando desatinos...

Estrepitosamente cortó la comunicación y nos condujo a una espaciosa sala del piso superior, en la que tenía su despacho. Había siete u ocho telegramas sin abrir encima de la gran mesa de caoba.

—Empiezo a creer de veras —dijo mientras recogía los telegramas— que les ahorraría dinero a mis comunicantes si registrase una dirección telegráfica. Quizás la más apropiada fuese la de «Noé, Rotherfield».

Tal como tenía por costumbre cuando soltaba algún chiste oscuro, se apoyó en la mesa y se entregó a aquellos mugidos que eran sus carcajadas. Le temblaban las manos de tal manera, que casi no podía abrir los telegramas.

—¡Noé, Noé! —Jadeaba con la cara congestionada, mientras lord John y yo sonreíamos por cortesía y Summerlee, movía su cabeza como un chivo con expresión de burla.

Por último, sin cesar en sus efusiones de buen humor, Challenger, empezó a abrir los telegramas. Nosotros nos acercamos a la ventana y nos entretuvimos contemplando el magnífico panorama que era realmente digno de contemplarse.

La carretera, que describía suaves curvas, nos había conducido hasta una gran elevación, de unos setecientos pies. La residencia de Challenger se alzaba al borde de la colina, y desde su fachada del Sur, en la que se abría la ventana del despacho, dominábase una inmensa extensión de campiña hasta donde las suaves curvas de los Llanos del Sur formaban un horizonte ondulante. En una hendidura de la línea de colinas, una niebla de humo indicaba la situación de Lewes. Bajo nuestros pies se extendía una ondulante llanura de brezales, en la que estaba enclavado el césped de un vivo color verde correspondiente al campo de golf de Crowborough, punteado por todas partes por las manchitas de jugadores. Un poco hacia el Sur, entre un espacio

abierto de los bosques, distinguíamos un trozo de la línea del ferrocarril principal de Londres a Brighton. Por último en primer plano, un pequeño patio cercado, en el que guardaban el automóvil en que vinimos de la estación.

Challenger lanzó una exclamación que nos hizo abandonar la contemplación de aquel plácido paisaje. Había leído los telegramas y luego había formado con ellos un montón encima de la mesa. Su cara, ancha y áspera, es decir, lo que de ella era visible por encima del colchón de su barba, se había teñido de un vivo color rojo; parecía encontrarse sometido a una fuerte excitación.

—Pues bien, caballeros —dijo, como si estuviese hablando a un gran auditorio—: he aquí una reunión interesante que se celebra bajo circunstancias que yo puedo calificar de sin precedentes. ¿Puedo preguntarles si han observado algo de particular durante su viaje desde Londres a esta casa?

—Lo único que yo he observado —contestó Summerlee con agria sonrisa— es que nuestro joven amigo aquí presente no ha mejorado de maneras en el transcurso de los años. Lamento tener que decir que durante el viaje me ha dado serios motivos de queja, y faltaría a la franqueza que le debo si no dijese que me ha quedado en el ánimo una impresión por demás desagradable.

—Bueno, bueno; la verdad es que todos nos ponemos en ocasiones un poco pesados —dijo lord John—. Nuestro amigo no quiso lastimar a nadie. Después de todo se trata de un internacional; de modo que si le da por emplear media hora en describir un partido de fútbol, tiene más derecho a ello que otras muchas gentes.

—¡Media hora para describir un partido! —exclamé indignado—. Pero ¡si ha sido usted el que se ha pasado media hora contando una historia inacabable relativa a no sé qué búfalo! Aquí está el profesor Summerlee que me puede servir de testigo.

—La verdad es que no se cual de ustedes dos se puso más cargante —dijo Summerlee—. Le aseguro, Challenger, que no toleraré en mi vida que vuelvan a hablarme de fútbol o de búfalos.

—Pero ¡si yo no he dicho una sola palabra de fútbol! —protesté.

Lord John lanzó un silbido estridente, y Summerlee movió la cabeza con expresión triste.

—Es en verdad deplorable. ¡Desde por la mañana! —exclamó—. Mientras yo permanecía sentado, sumido en un silencio triste, meditando...

—¡Dice en silencio! —exclamó lord John—. Pero ¡si nos ha estado dando una función de variedades con sus imitaciones de animales! Más que un hombre, parecía usted un incansable gramófono de cuerda.

Summerlee se irguió en son de airada protesta y dijo con expresión avinagrada:

—Lord John, está usted de guasa.

—¡Por vida de..., que este es un caso de locura! —exclamó lord John—. Cada uno de nosotros parece saber lo que hicieron los otros dos, y ninguno está enterado de lo que él mismo hizo. Vamos a acoplarlo todo desde el principio. Nos metimos en un vagón de primera clase para fumadores; sobre esto no hay duda, ¿verdad? Acto

seguido nos enredamos en una discusión a propósito de la carta del amigo Challenger en el *Times*, ¿no es cierto?

—De modo que se liaron a discutir, ¿eh? —retumbó nuestro anfitrión, y sus párpados empezaron a cerrarse.

—Usted, Summerlee, dijo que no podía existir ni un átomo de verdad en sus afirmaciones.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Challenger, enarcando el pecho y acariciándose la barba—. De modo que ni un átomo de verdad, ¿eh? Yo diría que antes de ahora he escuchado idénticas palabras. ¿Y se me permite preguntar qué argumento esgrimió el grande y célebre profesor Summerlee para aniquilar al pobre individuo que se había arriesgado a expresar una opinión en un tema de posibilidades científicas? Veamos si antes de hacer polvo a ese desdichado Don Nadie se digna exponer algunas de las razones que le han llevado a formar una opinión contraria.

Mientras Challenger hablaba con su habitual tono de ironía, doblaba el busto, se encogía de hombros y extendía su manazas.

—La razón es muy sencilla —replicó el obstinado Summerlee—. Sostuve que si el éter que rodea a la Tierra era tan tóxico en una zona de la misma que llegaba a producir síntomas peligrosos, no parecía probable que viajásemos tres personas en un vagón de ferrocarril inmunes por completo a sus efectos.

Aquel argumento no hizo otra cosa que provocar el ruidoso alborozo de Challenger. Sus carcajadas llegaron a hacer que todo cuanto había en el despacho se estremeciese y temblase.

—Esta no es la primera vez que nuestro amigo Summerlee pierde el contacto con la realidad de la situación —dijo por fin, enjugándose el sudor de la frente—. Pues bien, caballeros: no encuentro manera mejor de apoyar mis puntos de vista que haciéndoles una relación de lo que yo mismo he llevado a cabo esta mañana. Les será a ustedes mucho más fácil pasar por alto cualquier alteración mental cuando sepan que ha habido momentos en los que yo mismo me he sentido desequilibrado. Tenemos en esta casa, de ama de llaves, desde hace varios años, a una tal Sara, con cuyo apellido nunca quise ocupar mi memoria. Es una mujer de aspecto severo y que impone respeto, muy estirada y recatada, sumamente fría por temperamento, y en la que nunca hemos observado síntoma alguno de emoción. Estaba yo desayunándome solo (porque mi señora no suele salir por la mañana temprano de su habitación); y de pronto tuve la ocurrencia de que sería muy divertido, además de instructivo, el comprobar si la imperturbabilidad de esa mujer tenía algún límite. Derribé un pequeño florero que había en el centro del mantel, toqué el timbre y me escondí debajo de la mesa. Entró ella en el comedor, y al ver que no había nadie, debió de imaginarse que yo me había retirado al despacho. Tal y como yo había calculado, se acercó a la mesa y se inclinó para volver a colocar de pie el florero. Tuve la visión de una media de lana y de una bota. Adelanté la cabeza y le clavé los dientes en la pantorrilla. El éxito del experimento superó todos los cálculos. Se quedó durante unos

segundos como paralizada, mirando hacia mi cabeza que veía debajo. De pronto lanzó un chillido, se desembarazó de un tirón y salió del comedor a todo correr. Yo salí tras ella pensando en darle alguna explicación, pero Sara siguió como una flecha por la avenida de entrada, y algunos minutos después pude distinguirla con mis prismáticos de campaña corriendo a pies para qué os quiero, en dirección al Suroeste. Les cuento la anécdota por el valor que tiene. La dejo caer dentro de sus cerebros y espero que germine. ¿Resulta instructiva? ¿No les sugiere nada? ¿Qué piensa usted a ese respecto, lord John?

Lord John movió muy serio su cabeza, y dijo:

—Si no sabe contenerse, un día de estos va usted a encontrarse metido en un buen lío.

—¿Y a usted, Summerlee, no se le ocurre nada.

—Que debería usted abandonar el trabajo en el acto, Challenger, y tomarse tres meses de vacaciones en un balneario de Alemania —contestó el interrogado.

—¡Profunda sentencia, muy profunda! —exclamó Challenger; Veamos, joven amigo, si tiene usted la suerte de expresarse sabiamente allí donde de tal manera han fracasado quienes le aventajan en años.

Y di en el clavo. Lo digo con modestia, pero di en el clavo. Desde luego, para ustedes, que saben lo que ocurrió, no es ningún problema; pero la cosa no era tan sencilla cuando todo aquello resultaba un enigma. Pero lo cierto es que se me ocurrió repentinamente, con la fuerza del más absoluto convencimiento.

—¡Intoxicación! —exclamé.

Al mismo tiempo que pronunciaba esta palabra vi en mi imaginación, con la claridad de un relámpago, todo lo ocurrido aquella mañana: lord John y a su búfalo, mi llanto histérico, la conducta insultante del profesor Summerlee, los extraños sucesos de Londres, la riña en el parque, la manera de conducir del chofer, la disputa en el depósito de oxígeno. De golpe, todo encajaba en la situación.

—Desde luego —volví a exclamar—. Se trata de una intoxicación. Todos estamos intoxicados.

—Así es —dijo Challenger, frotándose las manos—. Todos estábamos intoxicados. Nuestro planeta se ha zambullido en la zona tóxica del éter y va profundizando en ella a una velocidad de varios millones de millas por minuto. Nuestro joven amigo ha definido la causa de todas nuestras perturbaciones y perplejidades en una sola palabra: «Intoxicación».

Nos contemplamos en un silencio asombroso. No se nos ocurría ningún comentario que estuviese a la altura de la situación.

—Es posible frenar y controlar esa clase de síntomas recurriendo a una inhibición mental —dijo Challenger—. Desde luego, no puedo esperar que esta se encuentre en ustedes tan desarrollada como en mí, porque supongo que se desarrolla en una cantidad proporcional a la energía del funcionamiento mental de cada persona. Sin embargo, se observa hasta en nuestro joven amigo aquí presente. Después de aquel

pequeño estallido de buen humor que tanta alarma produjo a mi ama de llaves, me senté y me puse a razonar conmigo mismo. Me dije que jamás, hasta hoy, me habían acometido impulsos de morder a ninguna persona de mi servidumbre. Se trataba, pues, de un impulso anormal. En un instante comprendí lo que sucedía. Me tomé el pulso y me encontré con que tenía diez pulsaciones por encima de lo normal, y que mis reflejos eran más intensos. Hice un llamamiento a mi yo más elevado y más sano, al auténtico G. E. Ch., que permanecía sereno e inconquistable detrás de todas aquellas perturbaciones simplemente moleculares. Hice un llamamiento a él, como digo, para que estuviese al acecho de las idiotas jugarretas mentales que ese tóxico podía ocasionarme. Comprobé que era yo el amo. Me sentí capaz de examinar y de controlar mi mente desordenada. Fue un ejemplo notable del triunfo de la inteligencia sobre la materia que más íntimo contacto mantiene con el alma. Casi estaba por decir que el alma fallaba y que era la personalidad mía la que la dirigía. Y así me ocurrió que, al bajar mi esposa de su habitación, sentí el impulso de esconderme detrás de la puerta para asustarla pegando un grito cuando ella entrase, pero logré dominarme y la recibí con todo respeto y moderación. También logré dominar por ese mismo procedimiento una comezón irresistible que me impulsaba a graznar como un pato. Más tarde bajé para pedir el automóvil, y me encontré con que Austin estaba absorto a seguir los pasos del ama de llaves. Todo lo contrario, le di un golpecito en el hombro y le encargué que el coche estuviese dispuesto con tiempo para ir a la estación a recibirles a ustedes. En este mismo instante estoy sintiendo una terrible tentación de agarrar a Summerlee de su estúpida barbilla blanca y sacudirle violentamente la cabeza hacia atrás y hacia adelante. Y, sin embargo, ya me ven ustedes cómo me domino. Permítanme que me recomiende a ustedes como un ejemplo que deben imitar.

—En cuanto se me presente el búfalo —dijo lord John.

—Y yo en cuanto se me ocurra lo del partido de fútbol.

—Es posible que esté usted en lo cierto, Challenger —dijo Summerlee con voz de arrepentimiento—. Reconozco que tengo una tendencia mayor hacia la crítica que hacia lo constructivo, y que no soy de los que se inclinan fácilmente hacia cualquier nueva teoría, especialmente cuando es tan fantástica y fuera de lo corriente como la suya. Sin embargo, cuando me pongo a pensar en todo lo ocurrido esta mañana y pienso en el comportamiento de mis compañeros, resulta fácil creer que hay que echar la culpa de su conducta a cierta clase de tóxico de propiedades desconocidas.

Challenger dio a su colega algunas palmaditas cariñosas en el hombro, y dijo:

—Vamos progresando, vamos progresando sin duda alguna.

Summerlee le preguntó con humildad:

—Y dígame, ¿cómo ve usted la situación?

—Con su permiso, quiero decirles algunas palabras acerca de este asunto —se sentó encima de la mesa, dejando que sus piernas cortas y gruesas colgasen, balanceándose—. Estamos siendo espectadores de un drama tremendo y espantoso.

En mi opinión estamos asistiendo al fin del mundo.

¡El fin del mundo! Nuestras miradas se volvieron hacia el ventanal y nos quedamos contemplando la belleza estival de la campiña, las grandes zonas en declive cubiertas de brezos, las hermosas casas de campo, las apacibles granjas y los jugadores que se divertían en el campo de golf. ¡El fin del mundo! Habíamos escuchado muchas veces aquella frase, pero al pensar que pudiera encerrar un sentido práctico inmediato, de que no se refiriese a una fecha indeterminada, sino a hoy, a ahora mismo, era algo tremendo que producía consternación. Nos había invadido a todos una sensación de solemnidad, y esperamos en silencio que Challenger siguiese hablando. Su espacio dominante y su expresión infundían tan enérgica solemnidad a sus frases, que se esfumó por el momento ante nosotros todo lo que de rudo y de absurdo había en aquel hombre, y surgió ante nuestra vista como un ser mayestático y superior a la talla del hombre corriente. Yo, por lo menos, recordé al punto con agrado que, desde nuestra entrada en el despacho, aquel hombre había estallado por dos veces en atronadoras carcajadas, y me dije para mis adentros que la independencia mental tenía, desde luego, sus límites. La crisis no podía ser, pues, ni tan grave ni tan apremiante.

—Imagínense ustedes —nos dijo— un racimo de uvas recubiertas de bacilos infinitesimales, pero nocivos. El jardinero lo somete a un proceso de desinfección. Tal vez desea que las uvas sean más limpias. Quizás necesita aquel espacio para criar nuevos bacilos menos nocivos que los anteriores. Introduce el racimo en el tóxico y estos desaparecen. Yo opino que nuestro Jardinero está a punto de hundir nuestro sistema solar y el bacilo humano en un tóxico desinfectante. Este minúsculo embrión mortífero que se retuerce y contorsiona en la capa exterior de la Tierra será instantáneamente aniquilado por un proceso de esterilización.

De nuevo se hizo el silencio pero al punto el teléfono acabó con él. Challenger dijo con áspera sonrisa:

—Seguro que es uno de nuestros bacilos que chilla pidiendo socorro. Empiezan a caer en la cuenta de que el Universo puede seguir existiendo perfectamente sin ellos.

Por unos momentos salió del despacho. Recuerdo que ninguno de los tres pronunciamos una sola palabra durante su ausencia. La situación parecía estar por encima de cualquier comentario.

—El funcionario de Sanidad de Brighton —dijo Challenger al regresar—. Según parece, y por alguna razón desconocida, los síntomas se agravan con mayor rapidez en los puntos situados al nivel del mar. Los setecientos pies de altura a que nosotros nos encontramos nos proporcionan ciertas ventajas. Por lo visto, la gente se va enterando ya de que soy la primera autoridad en la materia. Se lo debo seguramente a mi carta al *Times*. La persona con quien hablé cuando llegamos era el alcalde de una ciudad de provincias. Ya habrán oído lo que le he dicho, viendo el concepto exagerado que tenía de su propia vida. Le ayudé a hacer un reajuste de sus ideas.

Summerlee se había levantado y estaba ahora junto a la ventana. Sus manos



enjutas y huesudas temblaban por efecto de su emoción.

—Challenger —dijo muy serio—, el problema es demasiado grave para entretenernos en fútiles discusiones. No crea que quiero irritarlo si le hago algunas preguntas. Quiero preguntarle si en sus datos o en sus razonamientos no se ocultará alguna falacia. Fíjese cómo el sol brilla en el cielo azul con el mismo resplandor de siempre. Fíjese en los brezales, en las flores y en los pájaros. Fíjese en aquellos hombres que se divierten en el campo de golf y en aquellos labriegos que siegan el cereal. Nos asegura usted que quizá ellos y nosotros estamos al borde mismo de nuestra destrucción; que este día soleado puede ser el día del Juicio Final que desde hace tanto tiempo espera el género humano. Por lo que usted nos ha dicho hasta ahora, ¿en qué se basa para establecer esa espantosa teoría? En cierta anormalidad de las líneas del espectro, en rumores que llegan desde Sumatra y en cierta sorprendente excitación personal que hemos observado los unos con los otros. Este último síntoma no es tan marcado que tanto usted como nosotros no podamos dominarlo mediante el esfuerzo de nuestra voluntad. No se ande en miramientos con nosotros, Challenger, porque antes de ahora hemos visto ya la muerte muy de cerca y la hemos visto juntos. Diga todo lo que sabe, a fin de que nos hagamos un concepto exacto de la situación y de cuáles son nuestras perspectivas para el porvenir.

Aquella era una manera de hablar valerosa y noble, propia del espíritu firme y enérgico que se ocultaba detrás de todas las acritudes y angulosidades del viejo zoólogo. Lord John se levantó y le dio un apretón de manos.

—Suscribo todo lo que acaba de decir, sin quitar una tilde —dijo—. Y ahora, Challenger, a usted es a quien le toca decirnos cuál es la situación. Usted bien sabe que no somos gente asustadiza; pero cuando salimos de Londres con la idea de pasar un buen fin de semana en esta casa y no nos vemos metidos de rondón en el día del Juicio, creo que nos merecemos una pequeña explicación. ¿De qué peligro se trata, hasta qué punto llega su gravedad y de qué manera podemos hacerle frente?

Alto y fuerte, lord John recibía el resplandor del sol junto a la ventana, con su mano morena apoyada en la espalda de Summerlee. Yo estaba recostado en mi sillón, con el cigarrillo apagado entre los labios, en ese estado de ánimo en que no se piensa en nada y en que se perciben con extraordinaria nitidez todas las sensaciones. Quizás fuese una fase distinta de la intoxicación, pero ya habían cesado todos los impulsos delirantes, y me encontraba en un estado de ánimo de extraordinaria languidez, pero también de gran receptividad. Yo era un espectador. No parecía que nada de aquello pudiera afectarme. Pero resultaba fascinante el espectáculo de aquellos tres hombres fuertes enfrentándose a una crisis. Antes de contestar, Challenger inclinó su frente preocupada y se acarició la barba. Se advertía que deseaba pesar cuidadosamente sus palabras.

—¿Cuáles eran las últimas noticias cuando salieron ustedes de Londres? —preguntó.

—A eso de las diez estuve en la redacción de la *Gaceta* —dije yo—. Acababa de

recibirse un despacho de Reuter, enviado desde Singapur, anunciando que la epidemia parecía adquirir caracteres generales en Sumatra, y que, como consecuencia de ello, no se habían encendido los faros.

—Los acontecimientos parecen haber precipitado —dijo Challenger, echando mano al montón de telegramas—. Me encuentro en estrecho contacto con las autoridades y con los periódicos, de manera que convergen aquí las noticias de todas partes. La verdad es que se pide de una manera general e insistente que me traslade a Londres; pero yo no veo que se gane nada con ello. Según las noticias, la intoxicación empieza manifestándose en estados de excitabilidad; en París hubo esta mañana alborotos de gran violencia, y los mineros de Gales se encuentran en plena revuelta. Hasta donde parece deducirse de las pruebas que tenemos a mano, a esta etapa estimulante, que varía mucho según las razas y los individuos, sucede otra de exaltación y de lucidez mental... Me está pareciendo distinguir algunos síntomas en nuestro joven amigo aquí presente. A esa etapa, que dura un período de tiempo apreciable, sigue la del estado comatoso, que se agrava rápidamente hasta que sobreviene la muerte. Hasta donde alcanzan mis conocimientos de toxicología, se que existen ciertos venenos vegetales que atacan los nervios...

—Las plantas de la especie de las daturas —apuntó Summerlee.

—¡Magnífico! —exclamó Challenger—. Para dar un nombre a nuestro agente tóxico tendríamos que hacerlo con precisión científica. Llamémosle simplemente *daturon*. A usted, mi querido Summerlee, le corresponde el honor (¡ay, póstumo, pero no por eso menos exclusivo!) de haber dado nombre al destructor universal, al gran desinfectante del Supremo Jardinero. Podemos, pues, dar por sentado que los síntomas de intoxicación por el *daturon* son los que ya he indicado. Y como el éter es un medio universal, parece seguro que ese tóxico envolverá a todo el mundo y lo que imposibilitará cualquier clase de vida. Hasta ahora se ha mostrado caprichoso en cuanto a los lugares en que ha hecho sus efectos; pero esa diferencia es cuestión de unas pocas horas, de la misma forma que la marea cubre primero en su avance una franja de arena y más tarde otra, penetrando aquí y allá en corrientes irregulares, hasta que acaba sumergiéndolo todo. Respecto a la acción y a la forma en que se distribuye el *daturon*, existen, sin duda, leyes que habrían ofrecido profundo interés si dispusiésemos de tiempo para su estudio. Por lo que yo he podido observar las razas más retrasadas son las que primero se han visto afectadas. Llegan lamentables relatos desde África, y las tribus aborígenes de Australia han sido ya exterminadas. Hasta ahora, las razas del Norte han demostrado poseer mayor resistencia que las del Sur. Aquí hay un informe fechado en Marsella a las nueve y cuarenta y cinco de esta mañana. Van a oírlo textualmente: «Durante la noche ha reinado en toda la Provenza una excitación delirante. Los cosecheros de vino han provocado tumultos en Nimes. En Tolón se registra una sublevación de los socialistas. La población se sintió esta mañana acometida de una enfermedad seguida de coma. Gran número de muertos en las calles. Todos los negocios están paralizados, y reina un caos general.» Una hora

después, y de la misma fuente, llegó este otro: «Nos vemos amenazados por el completo exterminio. La gente no cabe en las iglesias y catedrales. El número de muertos es superior al de los que quedan con vida. Algo espantoso e inconcebible. La muerte parece que llega a producirse sin grandes sufrimientos, pero es rápida e inevitable.» De París ha llegado un telegrama del mismo estilo, aunque allí el desarrollo de la enfermedad es menos agudo. Las poblaciones de la India y de Persia parecen haber sido borradas del mundo de los vivos. La población eslava de Austria ha sucumbido, y, en cambio, la teutona apenas se ha visto afectada. Hablando en términos generales, parece que las poblaciones que viven en las llanuras o a orillas del mar han sentido más rápidamente que las de tierra adentro y las de las zonas altas los efectos del *daturon*, aunque los datos que poseo son limitados. Hasta en las alturas más pequeñas se observa esa diferencia en grande notable, y es posible que si queda algún superviviente de la raza humana, se le encontrará también esta vez en la cumbre de algún Ararat. Esta nuestra modesta colina puede ahora resultar una isla transitoria en un océano de catástrofe. A la velocidad con que está avanzando, bastarán unas horas para que todos quedemos sumergidos.

Lord Roxton se enjugó la frente, y dijo:

—Lo que no alcanzo a comprender es cómo puede usted permanecer sentado y riéndose, con ese montón de telegramas. He visto de cerca a la muerte con mucha frecuencia; pero eso de la muerte universal es espantoso.

—En cuanto a mis risas —contestó Challenger—, no se olviden de que yo, lo mismo que ustedes, no me he librado de los efectos de la excitabilidad cerebral producida por el *daturon*. En cuanto a lo del horror que parece inspirar a usted la muerte universal, yo quisiera decirle que es algo exagerado. Si le lanzasen a usted al mar, solo en una lancha y hacia un destino desconocido, quizá su corazón tendría motivos para desmayar. El aislamiento, desde luego, le produciría abatimiento. Pero si tuviese que hacer el viaje en un barco relativamente bueno, en el que fueran también todos sus parientes y amigos, experimentaría usted la sensación de que, por inseguro que fuese su destino, pasaría usted por un trance común a todos y simultáneo, lo que le permitiría mantenerse hasta el último instante en la misma estrecha comunión con ellos. Quizás una muerte solitaria sea cosa terrible: pero una muerte universal y, por lo que se ve, sin sufrimientos, no me parece que deba despertar temores. Yo, a decir verdad, simpatizaría con quien considerase perspectiva horrenda la de sobrevivir cuando todos los hombres sabios, célebres y grandes hubiesen desaparecido.

—¿Y qué propone usted que hagamos? —preguntó Summerlee, quien, por una vez al menos, asentía con la cabeza el razonamiento de su hermano en la ciencia.

—Que almorcemos —contestó Challenger, y en ese instante resonó por toda la casa la vibración sonora de un golpe de gong—. Las tortillas que prepara nuestra cocinera solo tienen rival en sus costillitas de cordero. Confiamos en que la perturbación cósmica no haya menguado sus magníficas condiciones. También hay

que salvar mi Scharzberger del noventa y seis, para lo cual cuento con la colaboración decidida de todos ustedes, sería lamentable que se perdiese el vino de una añada magnífica —se dejó caer al suelo desde la mesa en que había permanecido sentado mientras anunciaba el fin de nuestro planeta, y dijo:

—¡Ea!, puesto que el tiempo que nos queda es tan escaso, parece razonable que lo pasemos disfrutando de moderados placeres.

Fue, desde luego, una comida por demás alegre, aunque no consiguiésemos olvidarnos de lo espantoso de nuestra situación. En el último rincón de nuestras mentes se alzaba toda la solemnidad del acontecimiento, ensombreciendo nuestras expansiones. Desde luego, quien jamás se haya visto cara a cara con la muerte es quien con mayor miedo retrocede ante ella cuando llega el final. Ahora bien: la muerte había sido compañera familiar para los comensales varones durante una época extraordinaria de nuestras vidas. En cuanto a la dama, ella descansaba en el esposo enérgico y firme que la guiaba, dispuesta a llegar con él hasta el final del camino, fuera cual fuese. El futuro pertenecía a nuestro destino; el presente nos pertenecía a nosotros. Lo pasamos en amable camaradería y grata diversión. He dicho ya que nuestros cerebros funcionaban con extraordinaria lucidez. Yo mismo despedí destellos en ocasiones. En cuanto a Challenger, hay que decir que estuvo admirable. Nunca hasta entonces había podido medir yo la elemental grandeza de aquel hombre, el alcance y fuerza de su discurrir. Summerlee le acicateaba, coreándole con sus críticas agrídulces, y lord John y yo reíamos como espectadores del torneo; y la señora Challenger, con la mano puesta en el brazo de su esposo, gobernaba los mugidos del filósofo. La vida, la muerte, el destino, el fin del hombre, tales fueron los temas estupendos de aquella hora memorable, trascendentalizada, porque, a medida que avanzaba la comida, las súbitas exaltaciones de mi cerebro y los hormigueos de mis miembros me advertían que la marea invisible de la muerte iba ganando de una manera lenta y callada a nuestro alrededor. Me fijé en que lord John se llevó súbitamente las manos a los ojos, y que Summerlee se dejó caer por un momento en el respaldo de su silla. El aire que aspirábamos estaba cargado de fuerzas extrañas. Y, sin embargo, nos sentíamos felices y tranquilos. Austin puso los cigarrillos encima de la mesa y se disponía a retirarse.

—¡Austin! —le dijo su amo.

—¿Dígame, señor?

—Le doy las gracias por su fidelidad.

La cara nudosa del criado se animó con una sonrisa.

—Solo he cumplido con mi obligación, señor.

—Austin, creo que el día de hoy va a ser el del fin del mundo.

—Sí, señor. ¿Y a qué hora?

—Lo ignoro, Austin, Pero será antes de la noche.

—Muy bien, señor.

El taciturno Austin saludó y se retiró. Challenger encendió un cigarrillo,

aproximó su silla a la de su esposa y le cogió la mano.

—Ya sabes lo que ocurre, querida —le dijo—. También se lo he explicado todo a estos amigos. No sientes miedo, ¿verdad?

—No sufriremos, ¿verdad George?

—Sentirás los mismos efectos que los del gas de la risa de los dentistas. A decir verdad, cada vez que te lo inyectaron fue como si, en efecto, murieras.

—Produce una sensación agradable.

—Tal vez la muerte sea igual. La máquina, sin fuerza ya, del organismo físico no puede registrarla en el recuerdo, pero todos sabemos el placer mental que produce un ensueño y un éxtasis. Es posible que la Naturaleza haya construido una hermosa puerta, y que la haya cubierto con magníficas y brillantes colgaduras para que nuestras almas asombradas pasen por ella a la nueva vida. En todas mis exploraciones por la realidad cuando he llegado al tuétano de las cosas he descubierto siempre, sabiduría y bondad; ahora bien: si en alguna ocasión el aterrado mortal necesita ternura, es seguramente en el momento peligroso de pasar de una vida a otra vida. No, Summerlee, no acepto su materialismo, porque yo al menos soy una cosa demasiado magnífica para diluirme en simples elementos físicos, en un paquete de sales diversas y en tres cubos de agua. Aquí..., aquí —y al decirlo se golpeó la voluminosa cabeza con el puño enorme y velludo— hay algo de lo que se sirve la materia, pero que no es materia; algo que es capaz de aniquilar a la muerte, pero a lo que la muerte no podrá aniquilar jamás.

—Hablando de morir —dijo lord John—, yo soy un cristiano convencido; pero veo como una cosa muy natural aquella costumbre de nuestros antepasados de hacerse enterrar con sus hachas, arcos, flechas y demás, pensando en que seguirían viviendo de la misma manera que aquí habían vivido —y agregó, recorriendo a los comensales con una mirada pudibunda—: No sé si yo no me sentiría también más a gusto si me enterrasen con mi viejo rifle Express, del cuatrocientos cincuenta, y con mi escopeta corta, la de culata de caucho y uno o dos cargadores. Sí, es la fantasía de un chalado; pero ahí está. ¿Qué opina usted, *herr* profesor?

—Pues verá —dijo Summerlee—. Ya que quiere saber mi opinión, le diré que me parece un indefendible retroceso a la Edad de Piedra. Yo pertenezco al siglo veinte, y me agradaría morir como un hombre civilizado. No creo que me asuste la muerte más que a los aquí presentes, porque ya voy para viejo, y, ocurra lo que ocurra, no puedo esperar vivir mucho; pero va contra toda mi manera de ser el esperar sentado y sin lucha, como una oveja ante el carnicero. ¿Es cierto, Challenger, que no nos queda nada que hacer?

—Para salvamos, ¡nada! —contestó Challenger—. Para prolongar nuestras vidas, y de ese modo poder ser testigos de la inmensa tragedia antes que nos envuelva también a nosotros, quizás yo tenga una solución. He tomado ciertas medidas.

—¿El oxígeno?

—Exactamente. El oxígeno.

—Pero ¿de qué va a servir el oxígeno, tratándose de un envenenamiento del éter? El oxígeno, comparado con el éter, viene a ser algo así como un pedazo de ladrillo comparado con un gas. Se trata de planos diferentes de la materia. No hay manera de hacerlos incidir.

—¡Ea, Challenger! Usted no puede defender una proposición de esa clase.

—Mi buen Summerlee, no cabe duda de que este fluido tóxico es susceptible de ser influido por agentes materiales. Podemos apreciarlo en la manera y forma de propagarse la epidemia. *A priori*, no podemos esperarlo; pero es un hecho indiscutible. Por eso participo con gran convencimiento de la opinión de que un gas como el oxígeno, que aumenta la vitalidad y da capacidad de resistencia del cuerpo, podría probablemente retrasar la acción de ese otro que usted ha tenido la feliz idea de llamar el *daturon*. Es muy posible que yo esté equivocado; pero tengo toda clase de razones para suponer que mis razonamientos son correctos.

—Bien —dijo lord John—; si es cuestión de que nos metamos en tubo de esos en la boca, como un biberón, yo renuncio.

—No llegaremos a ese extremo —contestó Challenger—. Hemos tomado ciertas medidas (a mi señora se lo deben ustedes) para hacer su tocador todo lo impermeable al aire que sea posible, con los medios que contamos: *passe-partout* y papel charolado.

—¡Por Dios, Challenger! ¿No pensará impedir que penetre el éter valiéndose del papel charolado?

—Querido amigo, me parece observar un poco de mala intención en esa imposibilidad de comprender el verdadero alcance de mis palabras. No nos hemos tomado todo ese trabajo para impedir que penetre el éter, sino para impedir que se escape el oxígeno. Confío en que, si logramos mantener una atmósfera hiperoxigenada hasta cierto punto, quizás consigamos mantener en actividad nuestros sentidos. No es gran cosa, pero ya es algo.

—¿Durará eso mucho?

—No tengo la menor idea. No abriremos los recipientes hasta que los síntomas resulten insoportables. Entonces iremos soltando poco a poco el gas, pero no más de lo estrictamente necesario. Quizás con eso ganemos algunas horas, o quizá algunos días, durante los cuales dirigiremos desde el interior de la habitación nuestras miradas hacia un mundo en el que la vida se habrá agostado. De esa forma retrasaremos nuestro destino final, y pasaremos por la extraordinaria experiencia de ser la extrema retaguardia del género humano en su marcha hacia lo desconocido. Y ahora les ruego que me echen una mano para trasladar las bombonas. Creo que la atmósfera se está haciendo sofocante.

## SUMERGIDOS

La habitación destinada a ser el escenario de nuestra inolvidable experiencia era una salita notoriamente femenina, de unos dieciséis pies cuadrados. A un lado de la misma, separado por una cortina de terciopelo rojo, estaba el vestidor del profesor, que comunicaba con un espacioso dormitorio. Pero, para efectos de nuestro experimento, se convertirían todos en una sola habitación. Una puerta y el marco de la ventana habían sido ya sellados con papel barnizado, de manera que podía decirse que estaban aisladas. La otra puerta, que daba al descansillo, tenía un montante que podía abrirse tirando de una cuerda, siempre que resultase indispensable dar alguna ventilación. En cada uno de los ángulos de la habitación había un grueso arbusto dentro de un cubo.

—Es cuestión delicada y vital desembarazarnos del exceso de bióxido de carbono sin malgastar nuestro oxígeno —dijo Challenger, mirando hacia las bombonas que estaban colocadas una junto a otra apoyadas en la pared—. De haber dispuesto de más tiempo, habría concentrado toda la fuerza de mi inteligencia en el problema; pero tendremos que arreglamos como podamos. Los arbustos resultarán de utilidad. Dos de los cilindros de oxígeno están dispuestos para entrar en funcionamiento inmediatamente, a fin de que las circunstancias no nos cojan desprevenidos. Al mismo tiempo, y como la crisis puede presentarse súbitamente, convendría que no nos alejásemos mucho de la habitación.

Tenía esta una ventana amplia y de poca altura que daba a un balcón. El panorama que desde allí se distinguía era el mismo que habíamos tenido ocasión de admirar desde el despacho. Al examinarlo ahora, no advertíamos señal alguna de perturbación. Bajo mis ojos había una carretera que tras muchas curvas conducía hacia la base de la colina. En aquel instante subía dificultosamente cuesta arriba un coche procedente de la estación, uno de esos coches prehistóricos que únicamente han sobrevivido en nuestras aldeas. Más abajo todavía, una niñera empujaba un cochecito en el que iba un niño, y llevando a otro de la mano. Las estrías azules de humo de las chimeneas de las casitas de campo daban al amplio panorama un aire de vida rutinaria y de comodidades hogareñas. En todo el cielo azul y en toda la tierra envuelta en los rayos de un sol resplandeciente no se distinguía signo alguno que anunciase una catástrofe. Los segadores trabajaban otra vez en los sembrados, y los jugadores de golf, seguían surcando el césped de su campo. Dentro de mi propio cerebro experimentaba un torbellino extraordinario, y era tal la vibración de mis nervios excitados, que la indiferencia de aquellas gentes me dejó atónito.

—Por lo visto, esa gente no presenta síntoma alguno de la intoxicación —dije, apuntando hacia el campo de golf.

—¿Usted no es jugador de golf? —preguntó lord John.

—No, nunca me ha entusiasmado.

—Pues bien, mi querido amigo, si hubiese usted jugado, sabría que una vez se inicia una partida, tendría que venirse abajo el mundo para que se interrumpa. ¡Hola! Ya tenemos otra vez el teléfono que llama.

Después del almuerzo, de vez en cuando el tintineo insistente del teléfono reclamó varias veces la presencia del profesor. Este nos informaba de las novedades ocurridas a medida que le iban llegando. La historia del mundo no había registrado jamás noticias tan terroríficas. Aquella amenaza siniestra venía reptando desde el Sur como una marea mortal. Egipto había pasado ya por su fase delirante y había entrado en el estado comatoso. Después de un frenesí salvaje, durante el cual lucharon entre sí furiosos los clericales y los anarquistas, España y Portugal quedaron sumidas en el más completo silencio. Ya no se recibían cables procedentes de América del Sur. Los estados sureños de Norteamérica habían caído víctimas del *daturon* después de tremendos disturbios raciales. En los Estados al norte de Maryland, los efectos eran poco pronunciados, y apenas resultaban perceptibles en el Canadá. Una tras otra, habían sido afectadas Bélgica, Holanda y Dinamarca. Desde todos los puntos del globo llegaban mensajes desesperados a los grandes centros del saber, a los químicos y a los médicos de fama mundial, implorando sus consejos. También sobre los astrónomos caía un diluvio de preguntas. No era posible hacer nada, porque se trataba de un fenómeno universal y superior al conocimiento humano. Era una muerte, sin dolor, pero irremisible, la muerte para los jóvenes y para los ancianos, para los débiles y para los fuertes, para los ricos y para los pobres, sin esperanza ni posibilidad de evitarla. Tales eran las noticias que nos llegaban a través del teléfono, en mensajes aislados y enloquecidos. Las grandes ciudades conocían ya el destino que les esperaba, y, por lo que nosotros veíamos, se preparaban a hacerle frente con dignidad y resignación. Y, sin embargo, allí estaban aquellos jugadores de golf y aquellos segadores, retozando como corderos bajo la sombra del cuchillo. Resultaba asombroso. Pero ¿cómo iban a saberlo? La catástrofe se nos había echado encima con una zancada de gigante. ¿Qué es lo que traían los periódicos de la mañana que fuese capaz de despertar su alarma? Y ya eran las tres de la tarde. Mientras mirábamos debió de correr algún rumor, porque los segadores echaron a correr, alejándose de los sembrados. Algunos jugadores regresaban a la casa del Club. Corrían como quien busca refugio cuando cae un aguacero. Los cadis les seguían a toda prisa. Pero algunos de ellos siguieron jugando. La niñera se había dado vuelta y empujaba apresuradamente el cochecito cuesta arriba. Observé que se llevaba la mano a la frente. El cielo era propio de un perfecto día veraniego, una bóveda inmensa de azul uniforme, salvo algunas nubes en forma de borrego que asomaban por encima del límite de la llanura. Si la Humanidad tenía que morir aquel día, moriría, por lo menos, en un lecho resplandeciente. Sin embargo, todo aquel agradable encanto de la Naturaleza daba un aspecto todavía más lamentable a tan terrorífica y total destrucción. ¡Era una residencia demasiado hermosa para que nos viésemos



expulsados de ella de manera tan rápida y violenta!

El teléfono sonó de nuevo. De pronto oí la retumbante voz de Challenger, que me gritaba desde el vestíbulo:

—¡Malone, le llaman a usted!

Corrí hacia el aparato. Era míster McArdle, que me hablaba desde Londres. Su voz familiar me decía:

—Malone, ¿es usted? En Londres están ocurriendo cosas espantosas. Por el amor de Dios, vea usted si el profesor Challenger es capaz de decirnos si hay forma de remediarlo.

—El profesor no puede aconsejar nada, señor —le contesté—. Considera la crisis como universal e inevitable. Nosotros disponemos aquí de cierta cantidad de oxígeno; pero eso no hará otra cosa que retrasar nuestro destino durante algunas horas.

—¡Oxígeno! —gritó la voz angustiada—. No hay tiempo para buscarlo. Desde que usted abandonó el despacho esta mañana, la redacción está completamente desorganizada. La mitad del personal ha perdido el conocimiento. Yo mismo siento una gran pesadez. Desde mi ventana veo Fleet Street cubierta de gente caída por el suelo. El tráfico está totalmente interrumpido. A juzgar por los últimos telegramas, todo el mundo...

La voz de mi interlocutor se había ido apagando, y de pronto se calló. Un instante después oí a través del teléfono el golpe apagado de un cuerpo que caía, como si mi interlocutor hubiese golpeado su mesa con la cabeza.

—¡Míster McArdle! ¡Míster McArdle! —grité, sin obtener respuesta.

Al colgar el auricular, lo hice consciente de que nunca más volvería a oír su voz.

En aquel mismo instante, al dar el primer paso para alejarme del teléfono, se nos vino encima el fenómeno. Era como si estuviésemos bañándonos en el mar con el agua hasta los hombros y de pronto una ola nos hubiese sumergido por completo. Sentí como si una mano invisible se hubiese cerrado suavemente alrededor de mi garganta y estuviese exprimiendo fuera de mí la vida toda. Sentí una enorme presión sobre mi pecho, mi cabeza no cabía dentro de mi cráneo, empezaron a zumbarme los oídos con gran fuerza y delante de mis ojos percibí brillantes relampagueos. Corrí tambaleándome y me agarré a la barandilla de la escalera. En aquel mismo instante tuve la terrible visión de Challenger, que pasó por mi lado corriendo y dando bufidos como un búfalo herido, con su cara roja como la púrpura, los ojos saltándosele de las órbitas y los cabellos erizados. Llevaba terciada al hombro a su mujercita, que parecía insensible. Tropezando, cayendo, levantándose, gateando, avanzó escaleras arriba, huyendo a pura fuerza de voluntad por entre aquella atmósfera maléfica hasta la habitación, que les ofrecía un refugio pasajero. Al ver aquel esfuerzo, me precipité también escaleras arriba, gateando, tropezando, aferrándome a la barandilla, hasta que caí de bruces en el descansillo superior, medio insensible. La garra de acero de lord John me levantó por el cuello de mi chaqueta, y un momento después me encontré tendido de espaldas, incapaz de hablar y de moverme, sobre la alfombra del

tocador. A mi lado yacía la mujer, y Summerlee estaba hecho un ovillo en un sillón junto a la ventana, con la cabeza tocando casi las rodillas. Como en sueños vi a Challenger, como un escarabajo monstruoso, reptando muy despacio por el suelo, y, un instante después, oí el suave siseo del oxígeno que se escapaba de una bombona. Challenger hizo dos o tres inspiraciones profundísimas, y sus pulmones se dilataron con ruidosos estertores al llenarse del gas vital.

—¡Es eficaz! —gritó, jubiloso—. ¡Yo tenía razón!

Se había vuelto a poner en pie, ágil y fuerte. Con un tubo en su mano corrió hacia su mujer y se lo aplicó en la boca. A los pocos segundos dejó escapar un grito, se movió y se incorporó. Entonces Challenger se volvió hacia mí, y yo tuve la sensación de que la marea vital se infiltraba por mis arterias, llevando el calor a todo mi cuerpo. La razón me dijo que solo se trataba de un corto respiro, y, sin embargo, a pesar de la despreocupación con que hablamos acerca de su valor, una hora de vida me pareció entonces cosa inestimable. Jamás he sentido un estremecimiento de goce sensual como el que derramó por todo mi ser aquella inundación de vida. Despareció el peso que oprimía mis pulmones, se aflojó la presión sobre mis sienes y mi frente, y me envolvió por completo una dulce sensación de paz y de bienestar suave y lánguido. Permanecí echado, contemplando cómo Summerlee revivía por efecto del mismo remedio, llegando por último el turno a lord John. Este se puso en pie con gran agilidad, y me dio la mano para que me levantase, mientras Challenger levantaba a su esposa y la acostaba sobre un sofá.

—¡Oh George, y cuánto siento que me hayas vuelto a la vida! —exclamó, agarrándole de una mano—. Tenías razón; la puerta de la muerte estaba adornada con magníficas y resplandecientes cortinas; una vez pasado el sentimiento de ahogo, todo fue indescriptiblemente acariciador y hermoso. ¿Por qué me has hecho volver a la fuerza?

—Porque deseo que los dos atravesemos juntos esa puerta. Hemos vivido juntos tantos años, que resultaría triste que nos separásemos en el momento supremo.

Por unos instantes percibí en aquella voz a un nuevo Challenger, a un Challenger muy distinto del hombre arrogante, agresivo y batallador que tan pronto asombraba como disgustaba a sus colegas. Aquí, en la penumbra de la muerte, se descubría al Challenger íntimo, al hombre que había sabido conquistar y retener el amor de una mujer. De pronto cambió su manera de ser, y se sintió nuevamente como nuestro resuelto capitán.

—He sido el único entre todo el género humano que vio y anunció esta catástrofe —dijo con una voz en la que vibraba el júbilo del científico triunfante—. En cuanto a usted, mi buen Summerlee, confío en que habrán desaparecido sus últimas dudas en lo referente a la significación de la borrosidad de las líneas del espectro, y que ya no sostendrá usted la opinión de que mi carta al *Times* se basaba en una patraña.

Por una sola vez nuestro colega no respondió a su reto. Siguió jadeando en su asiento, y estiró sus miembros largos y delgados, como si quisiera adquirir la

seguridad de que seguía perteneciendo a este planeta. Challenger se acercó al tubo de oxígeno, y el silbido del gas fue apagándose hasta quedar convertido en un siseo muy suave.

—Es preciso que administremos bien nuestras provisiones —dijo—. La atmósfera de este cuarto se encuentra hiperoxigenada, y me imagino que ninguno de nosotros experimenta ya los síntomas desconsoladores. Solo realizando experimentos podemos llegar a fijar la cantidad de oxígeno que basta para neutralizar el gas tóxico. Veamos, pues.

Por espacio de cinco minutos permanecemos en silenciosa tensión, observando nuestras propias sensaciones. En el instante mismo en que yo sentí de nuevo una angustiosa presión sobre mis sienes, la señora de Challenger gritó desde su sofá que estaba a punto de desmayarse. Su esposo abrió el tubo de oxígeno.

—En las épocas anteriores a la era científica —dijo—, acostumbraban tener en todos los submarinos una ratita blanca, porque su organismo, de mayor sensibilidad, advertía el enviciamiento de la atmósfera antes que lo percibiesen los marinos. Tú, querida, vas a ser nuestra ratita blanca. He aumentado el suministro de gas, y ya estás mejor.

—Sí, me siento mejor.

—Quizás hemos dado con la mezcla conveniente. Cuando hayamos comprobado con exactitud el mínimo de gas que nos basta, podremos calcular el tiempo que nos queda de vida. Por desgracia, hemos consumido gran parte del primer cilindro para nuestra reanimación.

—¿Y eso qué importa? —preguntó lord John, que permanecía en pie junto a la ventana con las manos en los bolsillos—. Puesto que tenemos que marchar, ¿qué se adelanta con aferrarnos a la vida? Usted no cree que exista una probabilidad de salvación, ¿verdad?

Challenger sonrió y movió la cabeza denegando.

—Pues entonces, ¿no creen ustedes que hay mayor dignidad en dar nosotros el salto, sin esperar a que nos den el empujón? Si la cosa no tiene remedio, yo propongo que hagamos nuestros rezos, cerremos el oxígeno y abramos la ventana.

—¿Por qué no? —exclamó, valerosa, la dama—. Querido George, lord John está en lo cierto, es preferible hacer lo que nos dice.

—Me opongo con todas mis fuerzas —exclamó Summerlee con voz quejumbrosa—. Cuando nos toque morir, muramos sin temor; pero el anticipar de una manera deliberada la muerte me parece a mí un acto disparatado e injustificable.

—¿Qué dice a esto nuestro joven amigo? —preguntó Challenger.

—Creo que debemos llegar hasta el fin.

—Y yo participo firmemente de la misma opinión —dijo él.

—Pues si tú dices eso, George, yo pienso como tú —exclamó la señora.

—Bueno, bueno; la verdad es que yo lo exponía como un punto de vista —dijo lord John—. Si todos ustedes quieren llegar hasta el final, yo les acompañaré. La cosa

resulta endiablamente interesante, de eso no cabe duda alguna. He tenido en mi vida mi buena parte de aventuras, y todas las emociones que hayan podido tener la mayoría de los hombres, pero este final es la nota más alta.

—Partiendo de la continuidad de la vida... —dijo Challenger.

—Lo cual es mucho suponer... —exclamó Summerlee.

Challenger se le quedó mirando con expresión de silenciosa censura.

—Partiendo de la continuidad de la vida —dijo con su tono más didáctico—, nadie puede afirmar qué oportunidades de observación nos esperan desde lo que podríamos llamar el plano espiritual hasta el plano material. Hasta para el ser más obtuso debe resultar evidente —al decirlo clavó su mirada en Summerlee— que cuando mayores posibilidades tenemos de vigilar y de formar juicios sobre los fenómenos materiales es mientras permanecemos con vida. Solo, pues, manteniéndonos con vida durante algunas horas más, podremos llevar con nosotros a nuestra vida futura un concepto claro del más extraordinario acontecimiento ocurrido en el mundo, y creo poder decir que en el Universo. A mí me parecería deplorable que nos priváramos ni siquiera por un solo minuto de tan asombrosa experiencia.

—Participo enérgicamente de esa opinión —exclamó Summerlee.

—Aprobado por unanimidad —dijo lord John—. ¡Por vida de..., que ese pobre diablo de chófer suyo que está en el patio ha hecho ya el último viaje con su automóvil! ¿Servirá de algo el hacer una salida y traerlo dentro?

—Sería una completa locura —exclamó Summerlee.

—En efecto, lo sería —dijo lord John—. A él no le serviría de nada, y solo lograríamos que el oxígeno se diluyese por toda la casa, suponiendo que pudiésemos regresar con vida. ¡Santo Dios! Fíjense en los pajarillos que hay debajo de los árboles.

Acercamos cuatro sillas al ventanal, mientras la señora permanecía en el diván con los ojos cerrados. Recuerdo que se me ocurrió de pronto la grotesca idea, a la que dio quizá mayor viveza la atmósfera pesada que estábamos respirando, de que ocupábamos cuatro butacas de primera fila y estábamos presenciando el último acto del drama del mundo.

En primerísimo plano, bajo nuestra mirada estaba el pequeño patio, con el automóvil a medio limpiar en el centro. Austin, el chófer, acababa de recibir por fin su último despido: yacía caído de bruces junto a la rueda, y tenía en la frente un gran moretón negro, como si al caer hubiese golpeado el estribo o el guardabarros. Aún tenía en una mano la manguera con que estaba lavando el coche. En un ángulo del patio crecían dos árboles, y al pie de los mismos veíanse varias patéticas bolitas de plumas de las que sobresalían minúsculas patitas inmóviles. La guadaña de la Muerte lo había segado todo: lo grande y lo pequeño.

Más allá de la cerca del patio, contemplamos las curvas de la carretera que conducía hacia la estación. Al pie de ella, caídos en montón y con los cuerpos revueltos unos con otros, veíase un grupo de segadores de los sembrados. Más arriba,

la niñera yacía con la cabeza y los hombros recostados en el declive del ribazo cubierto de césped. Había sacado del cochecito al bebé, y este era ahora en sus brazos un inmóvil bulto de embozos. Muy cerca de la niñera, una manchita que se distinguía sobre la cinta de la carretera, señalaba el sitio en que estaba tendido el muchachito. Más cerca todavía de nosotros, estaba el caballo del coche, caído de rodillas entre las varas, y muerto. El cochero, con los brazos inertes, colgaba por delante del guardabarros lo mismo que un grotesco y feo espantapájaros. Vimos confusamente en el interior del coche a un joven sentado. La portezuela estaba medio abierta, y el joven estaba agarrado a la manilla como si en el último instante hubiese querido saltar fuera. En el plano intermedio veíase el césped del campo de golf, salpicado, lo mismo que por la mañana, de negras figuras de jugadores, inmóviles ahora sobre el prado, o entre los brezos que los circundaban. En uno de los *greens* veíanse ocho cuerpos; es decir, dos parejas con sus cuatro cadis, que habían resistido jugando hasta el último instante. Por la bóveda azul del firmamento no volaba ni un ave, ni en todo el ancho del campo que se extendía ante nuestra vista se movía hombre ni animal. El sol del atardecer derramaba su sosegado resplandor; pero la inmovilidad y el silencio de la muerte universal lo envolvían todo..., y a esa muerte íbamos pronto a reunirnos también nosotros. Aquella hoja frágil de vidrio que impedía la salida del oxígeno y contrarrestaba el envenenamiento del éter, por el momento nos resguardaba y nos aislaba de la catástrofe general. Pero cuando el oxígeno se acabara, yaceríamos jadeantes sobre aquella alfombra color cereza del tocador, y se completaría el destino de toda la raza humana y de toda la vida sobre la tierra. Permanecemos largo rato contemplando aquel trágico mundo, poseídos de un sentimiento demasiado solemne para hablar.

—Allí debe de estar ardiendo una casa —dijo, por último, Challenger, señalándonos una columna de humo que se alzaba por encima de los árboles—. Creo que serán muchas las que ardan, quizá ciudades enteras, si pensamos en las muchas personas que habrán caído muertas con luces encendidas en la mano. El hecho mismo de que se produzca la combustión indica que la proporción de oxígeno en la atmósfera es la normal, y que es el éter al que hay que echar la culpa de lo que ocurre. Vean ustedes otra hoguera allí en lo alto de la colina de Crowborough. O mucho me equivoco, o se trata del edificio del Club de Golf. Escuchen cómo da la hora el reloj del campanario de la iglesia. A los filósofos les interesaría quizá el ver cómo la máquina sobrevive a la raza que la fabricó.

—¡Por vida de...! —exclamó lord Roxton—. ¿Qué puede ser aquella columna de humo? ¡Un tren!

Oímos el estrépito de un tren en marcha, y de pronto apareció ante nosotros. Me pareció que avanzaba a una velocidad fantástica. No podíamos saber de dónde venía, ni donde se dirigía. Solo por un milagro podía salvar una distancia larga. Pero pronto íbamos a enterarnos de su destino. La línea estaba ocupada por otro tren carbonero. Contuvimos el aliento al observar que el tren en marcha avanzaba por la misma línea.

El choque fue espantoso. La máquina y los coches saltaron unos sobre otros, formando un montón de astillas y hierros retorcidos. Empezaron a surgir lenguas ondulantes de fuego de entre aquel destrozo, hasta que todo se convirtió en una hoguera. Por espacio de media hora, permanecemos contemplando aquel espectáculo grandioso, sin casi pronunciar palabra.

—¡Pobre gente, pobre gente! —exclamó, al fin, la señora Challenger, y dejó escapar un gemido, agarrada al brazo de su marido.

—Querida, los pasajeros que iban en el tren estaban ya tan insensibles como el carbón que transportaba el tren con el que chocaron, o como el carbón que ellos mismos son ahora —le dijo Challenger, acariciándole la mano—. Cuando salió de la estación Victoria, era un tren en el que viajaban seres vivos, pero mucho antes que se produjese el choque era ya un tren conducido por muertos y en el que solo viajaban muertos.

—Algo similar debe estar ocurriendo en todo el mundo —dije, porque surgió en mi imaginación una serie de fantásticas visiones—. Piensen en los barcos que navegaban por el mar, sus máquinas seguirán funcionando hasta que sus calderas se apaguen, o hasta que embarranquen a toda máquina contra alguna bahía. Y también en los barcos veleros, cómo sus velas hinchadas conducirán su cargamento de marineros muertos, hasta que su casco se pudra y el agua se filtre en el interior por las juntas del maderamen, y desaparezcan uno a uno en el fondo de las aguas. Quizás de aquí a un siglo continúe el Atlántico moteado de viejos cascos que marchan al garete.

—Y los trabajadores en el interior de las minas de carbón —dijo Summerlee con un desmayado rumor de risa—. Si por casualidad vuelven a existir geólogos en el mundo, tendrán que idear extrañas teorías para explicar la existencia del hombre en los estratos carboníferos.

—Yo sé muy poco de esas cosas —comentó lord John—; pero me parece que, después de lo de ahora, la tierra tendrá un cartel de «se alquila; vacío». ¿Quién volverá a vivir en ella una vez que haya sido borrada de su superficie todo ápice de vida?

—El mundo estaba vacío antes de la aparición del hombre —contestó, con gravedad, Challenger—. Se pobló de acuerdo con leyes cuya iniciación es incomprensible para nosotros ¿Por qué no habría de ocurrir otra vez lo mismo?

—Mi querido Challenger, no es posible que usted crea lo que dice.

—Profesor Summerlee, yo no tengo por costumbre decir cosas en las que no creo. Su observación resulta fútil —se mesó la barba y entornó los párpados.

—Ha vivido usted como un dogmático empedernido, y como un dogmático empedernido quiere usted morir —dijo Summerlee con amargura.

—Y usted, señor, ha vivido como un obstruccionista carente de imaginación, y jamás podrá abandonar sus convicciones.

—Ni los más encarnizados de sus críticos me acusarán jamás de falta de

imaginación —replicó Summerlee.

—¡Palabra de honor que morirán ustedes como quienes son si emplean la última bocanada de oxígeno en decirse cosas desagradables el uno al otro! ¿Qué importancia puede tener el que vuelva o no a poblarse el mundo? Con toda seguridad eso no ocurrirá en vida nuestra.

—Esa observación suya, delata sus notables limitaciones —dijo Challenger con severidad—. El espíritu verdaderamente científico no se encuentra atado a sus propias condiciones del tiempo y del espacio. Levanta para su propio uso un observatorio en la línea que limita el presente y lo separa del pasado infinito y del infinito futuro. Desde ese punto seguro se lanza hasta el principio y hasta el fin de todas las cosas. En cuanto a la muerte, la inteligencia científica muere en su puesto, trabajando de una manera normal y metódica hasta el fin. No le preocupa cuestión tan minúscula como su propia disolución física, como no le preocupan todas las demás limitaciones en el plano de lo material. ¿Estoy o no en lo cierto, profesor Summerlee?

Summerlee refunfuñó su conformidad a regañadientes.

—Estoy de acuerdo, pero con ciertas reservas —dijo.

—La inteligencia científica ideal —prosiguió Challenger—, y lo pongo en tercera persona para que no parezca que estoy demasiado satisfecho de mi mismo; la inteligencia científica ideal debe ser capaz de descubrir un punto de conocimiento abstracto en el intervalo que media entre la caída del pensador desde un globo y el momento en que se estrella en la tierra. Hombres de esa fibra tan sólida son los que se necesitan para conquistar la Naturaleza y para formar la guardia personal de la verdad.

—Me imagino que esta vez la Naturaleza puede más —dijo lord John, mirando por la ventana—. He leído algunos artículos editoriales afirmando que ustedes los sabios la dominan, pero por esta vez, ella se está tomando el desquite.

—Simplemente se trata de una derrota pasajera —dijo Challenger con gran convicción—. ¿Qué son unos cuantos millones de años en el gran ciclo del tiempo? Fíjense ustedes en que el mundo vegetal ha sobrevivido. Miren las hojas de ese plátano. Los pájaros murieron, pero el árbol florece. De esta vida vegetal de los pantanos y de las ciénagas surgirá con el tiempo la microscópica babosa reptante como avanzada de la inmensa hueste de la vida, de la que nosotros cinco tenemos por el momento la obligación extraordinaria de actuar como última retaguardia. Una vez que se haya afirmado la ínfima forma de vida, el advenimiento final del hombre es tan seguro como que de la bellota ha de brotar el roble. Una vez más se iniciará el antiguo ciclo.

—¿Y el *daturon*? —pregunté—. ¿No agostará la vida en su propio germen?

—Este tóxico de ahora puede ser un simple estrato o capa formada en el éter, una especie de corriente del golfo maléfica que cruza el inmenso océano en el que nosotros flotamos. Puede llevar a establecerse la tolerancia, adaptándose la vida misma a la nueva agitación. El simple hecho de que nosotros podamos defendernos

con solo una hiperoxigenación relativamente pequeña de nuestra sangre es, sin duda, una prueba en sí misma de que no se necesitaría un cambio muy grande para que la vida animal fuese capaz de resistir al *daturon*.

La humareda que salía de la casa situada más allá de los árboles estalló ahora en llamaradas. Podíamos distinguir las altísimas lenguas de fuego que dardeaban el aire.

—Es algo ciertamente espantoso —murmuró lord John, más impresionado que lo que yo le había visto en ninguna otra ocasión.

—Bueno, después de todo, ¿qué importancia tiene eso? —comenté yo—. El mundo está muerto. El mejor sistema de enterrar es la cremación.

—Si esta casa se incendiase, nuestro final, se abreviaría.

—Estoy prevenido contra ese peligro, he advertido a mi señora que tomase las medidas para resguardarse del mismo —dijo Challenger.

—Todo está a salvo querido. Pero otra vez empiezo a sentir el dolor de cabeza. ¡Qué atmósfera más espantosa!

—Es preciso que la renovemos —dijo Challenger, inclinándose sobre su cilindro de oxígeno.

—Está prácticamente vacío —prosiguió—. Ha durado casi tres horas. Son cerca de las ocho. Podremos pasar la noche cómodamente. Calculo que nuestro fin se producirá a eso de las nueve de mañana por la mañana. Contemplaremos nuestra salida de sol, porque este solo saldrá para nosotros.

Se volvió hacia el segundo cilindro, y abrió durante medio minuto la claraboya de encima de la puerta. El aire se fue haciendo perceptiblemente mejor, pero nuestros síntomas se agudizaron, y entonces Challenger volvió a cerrarla, diciendo:

—Por cierto, no solo de oxígeno vive el hombre. Ha llegado y hasta incluso ha pasado la hora de la cena. Les aseguro, caballeros, que cuando les invité a mi casa me propuse que mi cocina se elogiase por sí misma. Sin embargo, en tales circunstancias haremos lo que podamos. Tengo la seguridad de que estarán de acuerdo conmigo en que sería un disparate que consumiésemos con demasiada rapidez el aire que respiramos, encendiendo una estufa de petróleo. Cuento con algunas provisiones de fiambres, pan y embutidos, que coronadas por un par de botellas de clarete nos sacarán del paso. Gracias, querida mía, que ahora como siempre demuestras ser la reina de las amas de casa.

Verdaderamente resultó admirable la forma en que la señora Challenger, poseída del respeto de sí misma y del sentido de la dignidad propio de las amas de casa británicas, en pocos minutos adornó la mesa central con un mantel de nívea blancura, sobre el cual colocó las servilletas, y sirvió una comida sencilla con toda la elegancia de la civilización, sin que faltase en el centro de la mesa una lámpara eléctrica en forma de antorcha. También resultó maravilloso comprobar que conservábamos nuestro apetito.

—Esto nos da la medida de nuestra emoción —dijo Challenger, con la expresión de tolerancia que adoptaba para que su inteligencia científica descendiese a explicar



los hechos humildes—. Hemos atravesado una gran crisis emocional, lo que produce una perturbación molecular, que, a su vez, es preciso reparar. Un gran pesar o una gran alegría producen por fuerza un intenso apetito, no como suelen escribir los novelistas.

—Por eso los campesinos en los funerales suelen celebrar grandes festines —me aventuré a decir.

—Exactamente. Nuestro joven amigo ha encontrado un ejemplo ilustrativo excelente. Permítame que le sirva una rebanada de lengua.

—Eso mismo ocurre entre los salvajes —dijo lord John, sirviéndose un trozo de carne de vaca que había cortado—. Yo he presenciado el entierro de un jefe, allá, en el nacimiento del río Aruwumi, y se comieron un hipopótamo que pesaría lo que toda la tribu. En la Nueva Guinea hay tribus que se comen al mismo llorado difunto, simplemente por cuestión de una última limpieza. Pues bien: yo me imagino que este banquete funeral que nosotros estamos celebrando es el más curioso de cuantos he asistido en mi vida.

—Lo raro del caso —dijo la señora Challenger— es que, por más que quiero, me resulta imposible sentir pena por los que han muerto. Mi padre y mi madre residían en Bedford. Sé que han muerto; pero en medio de esta tremenda tragedia universal no me produce un vivo dolor la muerte de ninguna persona individualmente, ni siquiera la suya.

—Mi anciana madre vivía en su casita de campo en Irlanda —dije yo—. Aún la estoy viendo junto a la ventana, con su mantón y su cofia de encaje, recostada con los ojos cerrados en un antiguo sillón de respaldo alto, y tiene a su lado las gafas y un libro. ¿Por qué voy a dolerme de su muerte? Ella ha muerto, y yo estoy muriendo, y es posible que en otra vida me encuentre más cerca de mi madre que lo que Inglaterra está de Irlanda. Sin embargo, me duele que su cuerpo querido ya no exista.

—Por lo que se refiere al cuerpo —comentó Challenger—, nosotros no nos dolemos ni de los trozos de uñas ni del pelo que nos cortan, a pesar de que ambas cosas formaban parte de nosotros mismos. Tampoco el hombre que ha perdido una pierna siente nostalgia por ella. El cuerpo físico ha sido para nosotros más bien una fuente de dolor y de fatigas. Es el índice constante que señala nuestras limitaciones. ¿Por qué, pues, hemos de lamentar que se desprenda de nuestra personalidad psíquica?

—Si es posible que se desprenda efectivamente —refunfuñó Summerlee—. Pero en todo caso, la muerte universal es un espectáculo horrendo.

—Ya expliqué antes —dijo Challenger— que una muerte universal tiene que ser por su misma naturaleza mucho menos terrible que la muerte de una persona aislada.

—Lo mismo ocurre en un campo de batalla —hizo notar lord John—. Si usted viese aquí en el suelo a un hombre con el pecho destrozado y con un orificio sangrante en la cara, se sentiría enfermo. Pues bien: yo he visto en el Sudán a diez mil hombres tumbados y muertos, sin experimentar esa clase de sensación. Cuando

estamos haciendo historia, la vida de un solo hombre, sea el que sea, es demasiado insignificante para preocuparnos por ella. Y cuando mueren de golpe un millar de millones de personas, como ha ocurrido hoy, resulta imposible elegir de entre todas ellas a un individuo que a nosotros nos interesa.

—Ojalá que hubiésemos acabado ya —dijo la señora con profundo anhelo—. ¡Qué asustada estoy, George!

—Cuando llegue el momento, tú serás la más valiente de todos nosotros, mujercita mía. Yo he sido para ti un marido tumultuoso, amor mío; pero ten presente que G. E. Ch. es como lo hicieron, y no puede ser de otra manera. Bien mirado, ¿verdad que no querrías a otro que yo?

—A nadie en todo el ancho mundo, corazón —contestó ella, echándole los brazos a aquel cuello de toro.

Nosotros tres nos apartamos hasta la ventana, y nos quedamos atónitos ante el espectáculo que se nos ofreció a la vista.

Había cerrado la noche, y el mundo muerto estaba amortajado de tinieblas. Pero allá, en la línea recta, sobre el horizonte del Sur, brillaba una franja de un lívido color escarlata que se encendía y se achicaba con enérgicas pulsaciones de vida, saltando de pronto hasta un cénit de carmesí para luego apagarse y convertirse en una resplandeciente línea de fuego.

—¡Lewes está ardiendo! —exclamé.

—No, lo que está ardiendo es Brighton —dijo Challenger, acercándose a nosotros—. Se distingue la joroba de las ondulaciones de los llanos sobre el fondo resplandeciente. Esa hoguera se encuentra muchas millas más allá. Con seguridad arde la ciudad entera.

En distintos puntos del horizonte se divisaban varios resplandores rojos, y en la línea del ferrocarril ardían aún brasas del montón de restos de los trenes; pero todos ellos no pasaban de ser puntitos de luz en comparación con la hoguera inmensa que borboteaba más allá de las colinas. ¡Qué reportaje se hubiera podido escribir para la *Gaceta*! ¿Se presentó jamás a un periodista oportunidad como aquella con tan escasas posibilidades de aprovecharla, el notición de los noticiones, sin que nadie pudiera apreciar el mérito periodístico? Repentinamente surgió en mí el viejo instinto de hacer un relato de las cosas. Si aquellos hombres de ciencia eran capaces de mantenerse tan leales hasta el fin a la tarea de sus vidas, ¿por qué no había de ser yo tan constante como ellos, dentro de mi humilde tarea? Posiblemente ningún ser humano tuviese ocasión de leer mi trabajo pero, de todos modos, había que pasar de una manera u otra aquella larga noche, y ya que me sentía incapaz de conciliar el sueño, mis notas me ayudarían a llenar aquellas horas fatigosas y a concentrar mis pensamientos. Por eso en este momento tengo delante de mí el libro de notas con sus páginas garrapateadas, que escribí atropelladamente sobre mis rodillas a la luz pálida y desfalleciente de una de nuestras lámparas eléctricas. Si yo fuese un auténtico literato, quizá estaría a la altura del momento. Sin embargo, es posible que las

emociones largamente sentidas y las tribulaciones de aquella noche espantosa sirvan a pesar de todo para llevar a otras inteligencias la incertidumbre del que se enfrenta con la muerte.

## DIARIO DE UNOS MORIBUNDOS

¡Qué raras resultan estas palabras garrapateadas en la cabecera de la página en blanco de mi cuaderno! Y todavía parece más extraño que sea yo, Edward Malone, quien las haya escrito. Yo, que no hace ni doce horas que salí de mis habitaciones de Streatham sin la menor idea de todas las maravillas que el día me tenía reservadas. Vuelvo la vista a todo el encadenamiento de las circunstancias, mi entrevista con McArdle, la primera nota de alarma dada por Challenger en el *Times*, el absurdo viaje en el tren, el almuerzo agradable, la catástrofe, y finalmente esto a lo que hemos venido a parar, que seamos únicamente nosotros los supervivientes de un planeta muerto, aunque también estemos tan seguros de cuál ha de ser nuestro destino, que puedo yo mirar estas líneas, escritas por un impulso mecánico de mis hábitos profesionales y que jamás serán leídas por ojos humanos, como las palabras de una persona que ya está muerta. ¡Tan próxima se encuentra esa persona a la frontera de sombras por la que desaparecieron ya todos los hombres, con excepción de un pequeño círculo de amigos! Ahora comprendo toda la sabiduría y la verdad de las palabras de Challenger cuando aseguró que la auténtica tragedia se produciría en el momento en que tan solo quedáramos nosotros.

Pero no existe probabilidad alguna de que nosotros sobrevivamos. Nuestro segundo cilindro de oxígeno ya se está agotando, y podemos calcular casi con exactitud los minutos que restan de nuestra existencia.

Challenger nos ha obsequiado con una conferencia que ha durado un cuarto de hora largo. Estaba tan excitado que bramaba y mugía como cuando habló en el Queen's Hall<sup>[1]</sup> a un auditorio de hombres de ciencia escépticos. El auditorio al que arengaba en esta ocasión era, desde luego, extraordinario: su esposa, que lo aprobaba todo y que ignoraba por completo el alcance de sus palabras, Summerlee, sentado en la penumbra, quejumbroso y disconforme, pero interesado; lord John, cómodamente recostado en un rincón y algo aburrido por todo aquello; y yo, junto a la ventana y contemplando la escena con una atención lejana, como si todo fuese un sueño o algo ajeno a mis intereses personales. Challenger estaba sentado frente a la mesa central, y la luz eléctrica se proyectaba sobre el portaplacas que tenía bajo un microscopio que había traído de su estudio. El pequeño círculo de luz blanca que se proyectaba desde el espejo dejaba la mitad de su cara, áspera y barbuda, brillantemente iluminada, y la otra mitad en sombras profundas.

Al parecer, los últimos tiempos venía trabajando en el estudio de las formas de vida más rudimentarias. Y lo que en este momento excitaba su curiosidad era que en la placa que había preparado para su examen el día anterior encontró todavía vivas las amebas.

—Véanlo ustedes mismos —repetía una y otra vez, presa de gran excitación—.

Summerlee, haga el favor de acercarse para que pueda convencerse por sus propios ojos. Malone, ¿quiere tener la amabilidad de comprobar lo que digo? Esas cosas minúsculas de forma de husillos que hay en el centro son diatomeas, y no interesan porque se trata probablemente de partículas vegetales más que animales. Pero en el lado derecho pueden ver una ameba, indudablemente, que se mueve perezosamente a través del campo de visión. Con el tornillo superior podrán ajustarlo. Véanlo ustedes mismos.

Summerlee accedió, mostrándose de acuerdo. Yo también me acerqué; distinguí una figura que parecía estar hecha de cristal molido que se movía de una manera pegajosa a través del círculo iluminado. Lord John se manifestó dispuesto a creerle diciendo:

—No voy a tomarme el trabajo de ver si está viva o muerta. No nos conocemos ni siquiera de vista, ¿por qué lo voy a tomar a pecho? Me imagino que a ese animalillo le tendrá sin cuidado nuestra salud.

Aquello me hizo reír, y Challenger me lanzó una mirada fría y quisquillosa como para petrificarme.

—La impertinencia de las personas medio educadas ofrece a la ciencia un estorbo mayor que la incomprensión de los ignorantes —dijo—. Si lord John Roxton quisiera dignarse...

—No seas tan quisquilloso querido George, —le dijo su esposa, acariciando con su mano la negra melena que caía sobre el microscopio—. ¿Qué nos va ni viene en que las amebas vivan o hayan muerto?

—Nos interesa muchísimo —contestó Challenger refunfuñando.

—Bueno, hablemos de eso —exclamó lord John con una sonrisa de simpatía—. Es un tema de conversación como cualquier otro. Si usted cree que me he mostrado excesivamente displicente con el animalito ese, o que he lastimado de alguna manera sus sentimientos, estoy dispuesto a presentarle mis disculpas.

—Por mi parte —hizo notar Summerlee— no veo por qué razón atribuye usted tanta importancia al hecho de que siga con vida. La ameba se encuentra en la misma atmósfera que nosotros, y, por consiguiente, el veneno no actúa sobre ella. Si se encontrase fuera de esta habitación; habría muerto al igual que toda la vida animal.

—Sus observaciones, mi buen Summerlee —contestó Challenger con inmensa condescendencia. (¡Oh, si yo pudiera pintar aquella cara imperiosa y arrogante iluminada por el círculo brillante de luz reflejada por el espejo del microscopio!)—. Sus observaciones me demuestran que solo abarca usted la situación de una manera incompleta. Este ejemplar lo monté ayer, y fue cerrado herméticamente, de modo que nuestro oxígeno no puede llegarle. Ahora bien: el éter sí que ha penetrado, al igual que en todo el resto del Universo. Por consiguiente, la ameba ha sobrevivido al veneno. Podemos, pues, sacar la consecuencia de que cuantas amebas existan fuera de esta habitación, en lugar de estar muertas, según usted afirmó equivocadamente, han sobrevivido a la catástrofe.

—Pues ni aun con todo eso —dijo lord John— siento tentaciones de lanzar un hurra para celebrarlo. ¿Qué importancia tiene ese hecho?

—Pues simplemente que eso nos permite afirmar que el mundo está aún vivo. Si usted estuviera dotado de imaginación científica, este hecho le serviría para saltar hacia el porvenir, y podría contemplar de aquí a unos cuantos millones de años, que no son sino un instante en el inmenso fluir de las edades, al mundo hormigueando otra vez de seres vivientes, animales y hombres, que surgirán de esta minúscula raíz. Ve usted un incendio en un pradera, y las llamas borran toda huella de hierba y de plantas sobre la superficie de la tierra, dejando únicamente un calvero ennegrecido. Cree usted forzosamente que ha de quedar convertido para siempre en un yermo. ¡En absoluto! Allí han quedado las raíces fecundas, y si usted pasa por aquel lugar al cabo de pocos años, ya no podrá decir dónde se esconden aquellas negras cicatrices. Aquí, en esta minúscula criatura, se encuentran las raíces de las que ha de brotar el mundo animal, y gracias a la fuerza íntima de desarrollo, y a la evolución, desaparecerá seguramente con el tiempo todo rastro de esta crisis incomparable en que nos vemos ahora envueltos.

—¡Todo esto resulta endiabladamente interesante! —dijo lord John, acercándose y mirando por el microscopio—. De modo que a este pequeño animalillo hemos de poner el número uno de los retratos de la familia. ¡Luce un gemelo de camisa bonito y de regular tamaño!

—Ese punto negro es el núcleo —dijo Challenger con la expresión de una niñera que enseña el abecedario a un bebé.

—Bien, pues entonces no tenemos por qué sentirnos tan solitarios —dijo lord John, echándose a reír—. Sobre la faz de la tierra existen otros seres vivientes, aparte de nosotros.

—Challenger —dijo Summerlee—, parece que usted da por supuesto que este mundo fue creado para que en él se diese y se mantuviese la vida humana.

—¿Me quiere usted decir, qué otro objetivo pudo haber? —preguntó Challenger, enfurruñándose ante el tono de contradicción.

—A veces pienso que únicamente la monstruosa presunción del hombre nos hace pensar que este escenario fue montado para uso exclusivo del género humano.

—Sobre ese punto no podemos adoptar una postura cerrada; pero sin llegar a eso que usted llama monstruosa presunción, bien podemos decir que somos los seres más elevados de la Naturaleza.

—Los más elevados de los que nosotros tenemos conocimiento.

—Eso, no hace falta ni decirlo.

—Piense usted en los millones, y posiblemente en los miles de millones, de años durante los cuales la Tierra giró vacía por el espacio, o si no vacía, por lo menos sin señal o pensamiento alguno de la raza humana. Imagínese la usted barrida por la lluvia, y abrasada por el sol, y azotada por el viento durante todo ese tiempo. Calculando geológicamente, el hombre, es un recién llegado. ¿Por qué ha de darse,

pues, por supuesto que toda esa estupenda preparación se hiciera nada más que pensando en él?

—Pues entonces, ¿en beneficio de quién o de qué se hizo?

Summerlee se encogió de hombros, y contestó:

—¿Qué sabemos nosotros? Por alguna razón superior a nuestra comprensión. Es como si la espuma que se forma en la superficie del océano se imaginase que este había sido creado para producirla y sustentarla, o como si un ratoncillo de una catedral se imaginase que el edificio había sido construido con el propósito de que le sirviese de residencia.

He transcrito palabra por palabra sus razonamientos; pero el diálogo degeneró en una disputa ruidosa, entrecortada de una jerga científica en la que entraban palabras de muchas sílabas. Sin duda que era un honor oír cómo dos talentos de aquella categoría discutían sobre cuestiones tan relevantes; pero como siempre estaban en desacuerdo, las personas sencillas como lord John y yo sacamos muy poco provecho de semejante exhibición; el uno neutralizaba al otro, y nosotros no adelantábamos nada.

Ha cesado ya el alboroto; Summerlee está hecho un ovillo en su sillón; Challenger sigue moviendo los tornillos de su microscopio, y acompaña su acción con un profundo e inarticulado gruñido, parecido al del mar después de una tormenta. Lord John se acerca a donde yo estoy, y ambos miramos hacia las profundidades de la noche.

Las estrellas resplandecen en toda su nitidez. Brilla una pálida luna nueva, la última sobre la cual podrán posarse jamás unos ojos humanos. Ni siquiera en la clara atmósfera de la meseta de Sudamérica he contemplado tal resplandor. Quizás esta alteración del éter ejerza alguna influencia sobre la luz. Sigue ardiendo la pira funeraria de Brighton, y allá por el Oeste en la lejanía se distingue una mancha escarlata, que significa que acaso ocurre una catástrofe en Arundel, en Chichester, o posiblemente en Portsmouth. Miro, medito, y de cuando en cuando tomo alguna nota. El aire está impregnado de suave melancolía. Juventud, belleza, caballerosidad, amor, ¿todo ha de acabar en esto? La Tierra, iluminada por el resplandor de las estrellas, parece un país de ensueños en el que reinan la paz y el sosiego. ¿Quién sería capaz de imaginársela como un Gólgota espantoso, sembrado por los cadáveres de toda la Humanidad? Y, de pronto, rompo a reír.

—¡Vaya! —Me dice lord John, mirándome muy sorprendido—. No vendrá mal un chiste en esta hora difícil. ¿De qué se trata?

—Se me ha ocurrido pensar en todos los grandes problemas que no han sido resueltos —le contesté—. En los problemas a los que hemos dedicado tanto esfuerzo y tanto trabajo. Por ejemplo, en la rivalidad angloalemana, o en la cuestión del golfo Pérsico, que tanto interesaba a mi director. ¿Quién iba a imaginarse, cuando tanto nos acalorábamos y nos irritábamos, que no tardarían en resolverse por sí mismos?

De nuevo quedamos en silencio. Me imagino que cada uno de nosotros está

pensando en los amigos que se nos han adelantado. La señora Challenger solloza suavemente, y su marido le habla entre susurros. Mi imaginación me representa a las más inesperadas personas, y a todas las veo rígidas y exangües como el pobre Austin en el patio. Por ejemplo, McArdle, sé con toda certeza que estará caído de bruces sobre su mesa, con una mano en el teléfono, porque le oí caer. También a Beaumont, el director, me lo imagino tendido sobre la alfombra turca, azul y encarada, con la que adornaba su santuario. Y mis compañeros, en la sala de los informadores: Macdona, Murray y Bond. Seguramente que murieron entregados de lleno a su trabajo, teniendo en la mano sus blocs de notas, rebosantes de vivaces impresiones y de sorprendentes acontecimientos. Sí, porque yo estaba viendo cómo a uno le despacharon a entrevistarse con los medios, al otro a Westminster, y al otro a Saint Paul. ¡Qué magníficos titulares a toda plana intuyeron seguramente en su grandiosa visión postrera, titulares que jamás llegarían a materializarse en tinta de imprenta! Me parecía estar viendo a Macdona entre los médicos. «Harley Street confía», Mac tuvo siempre debilidad por los breves y restallantes. «Nunca desespere dice Mister Suley Wilson, el célebre especialista». «Nuestro corresponsal encontró al eminente hombre de ciencia sentado en la terraza de su casa, donde se había refugiado de una muchedumbre de pacientes aterrorizados que había tomado por asalto su consultorio. El célebre médico, de una manera que demostraba claramente que no se le ocultaba la gravedad inmensa de la situación, se negó a admitir que estuviesen cerrados todos los caminos de la esperanza.» Así empezaría su reportaje Mac. Quedaba Bond, al que enviarían probablemente a Saint Paul. ¡Ciertamente hubiera sido un gran tema para él! «Desde una pequeña galería situada debajo de la cúpula, miré hacia abajo y descubrí aquella apretada masa de Humanidad desesperada, arrastrándose servil en este último instante a los pies del Poder, que de manera tan obtusa había olvidado. De aquella muchedumbre oscilante llegaba hasta mis oídos un lamento apagado de súplica y de terror, un grito trémulo de petición de socorro al Ser Desconocido, que, etc.»

Realmente, era un final magnífico para un informador de prensa, aunque, al igual que yo, muriese sin sacarle partido ¿Qué no habría dado el pobre Bond por ver sus iniciales «J. H. B.» al pie de un reportaje como aquel?

Pero ¡qué simplezas estoy escribiendo! La verdad es que solo trato de entretener este mal rato. La señora Challenger ha pasado al vestidor, y el profesor nos dice que se ha dormido. Él, por su parte, permanece sentado frente a la mesa central, tomando notas y consultando libros, con el mismo sosiego que si tuviese por delante años de plácida tarea. Para escribir usa una chillona pluma de ave que parece estar mofándose de cualquiera que no esté de acuerdo con lo que escribe el profesor.

Summerlee se ha quedado dormido en su asiento, dejando escapar de vez en cuando un ronquido característicamente molesto. Lord John está recostado con las manos en los bolsillos y los ojos cerrado. Yo no alcanzo a comprender que se pueda dormir en una postura como esa.



Las tres y media de la madrugada. Acabo de despertarme sobresaltado. Mi última nota la escribí a las once y cinco. Lo recuerdo porque di cuerda a mi reloj y anoté la hora. De modo, pues, que he malgastado cinco horas del reducido espacio de vida que nos queda. ¿Quién lo hubiera dicho? Pero me encuentro mucho más entonado y dispuesto para hacer frente a mi destino o, por lo menos, intento convencerme de que lo estoy. Sin embargo, cuanto más en su plenitud está el hombre, y más cerca de su pleamar está la marea de su vida, parece lógico que se muestre más reacio a morir ¡Cuán sabia y misericordiosa es la Naturaleza al disponer las cosas de manera que el ancla de la vida se vaya soltando de muchas de sus imperceptibles trabas, para cuando su conciencia se vea arrastrada desde su insostenible fondeadero terrenal hasta el mar del más allá!

La señora Challenger sigue en el vestidor. El profesor se ha quedado dormido en su asiento. ¡Qué cuadro! Su enorme busto se apoya en el respaldo, sus manazas velludas están entrelazadas encima del chaleco, y tiene la cabeza tan caída hacia atrás que no alcanzo a distinguir sino la maraña de su áspera barba frondosa por encima del cuello de su chaqueta. Todo él se estremece con la vibración de sus ronquidos. De vez en cuando, Summerlee acompaña con sus notas de tenor las de bajo profundo de Challenger. También duerme lord John, encogido sobre un costado, en un sofá de mimbre. La primera luz fría del alba acaba de filtrarse en la habitación, y todo parece gris y triste.

Contemplo la salida del sol, de ese sol nefasto que iluminará un mundo sin vida. La Humanidad se extinguió, desapareció en un solo día; pero los planetas siguen girando alrededor del sol, las mareas suben y bajan, el viento susurra y toda la Naturaleza sigue su curso; hasta la modesta ameba, según parece, sin que se observe la más pequeña señal de quien se tituló a sí mismo rey de la creación. Allá en el patio tendido en tierra con los brazos abiertos yace Austin; su cara tiene un fulgor blanquecino a la luz del alba, y la boca de la manga de riego continúa como una prolongación de su mano muerta. La totalidad del género humano parece representada en esa figura mitad cómica, mitad patética, que yace impotente junto a la máquina que antes era dirigida por él.

Aquí terminan las notas que tracé en aquellos momentos. De allí en adelante, los acontecimientos se sucedieron con tal rapidez y fueron tan dramáticos, que no hubo manera de transcribirlos; pero quedaron grabados tan limpiamente en mi memoria, que no se me escapó ningún detalle.

Sentí un ligero ahogo y volví la vista hacia los cilindros de oxígeno, lo que pude ver me produjo un sobresalto. Las arenas de nuestras vidas se agotaban rápidamente. Durante la noche, Challenger había enchufado el tubo al cuarto cilindro, después de agotado el tercero. Era evidente que este también se estaba agotando. Otra vez experimenté la terrible opresión en mis sienes. Corrí hacia los cilindros, desenrosqué la boquilla del cuarto cilindro y la enchufé en nuestra última reserva. Al hacerlo me dio un pellizco la conciencia, porque tuve la sensación de que, si mantenía inactiva

mi mano, fallecerían todos ellos mientras dormían. Pero rechacé tal idea al escuchar la voz de la señora, que gritaba desde el vestidor:

—¡George, George, me ahogo!

—No tenga miedo, señora —le contesté, al mismo tiempo que los demás se ponían en pie—. Acabo de abrir otro cilindro.

En un momento como aquel no pude evitar una sonrisa a la vista del espectáculo que ofrecía Challenger restregándose los ojos con sus enormes puños velludos. Semejaba un bebé barbudo que acaba de despertarse. Summerlee, igual que un hombre con tercianas; el temor físico, al darse cuenta de la situación, se sobrepuso por un momento al estoicismo del hombre de ciencia. Lord John, en cambio, estaba tan fresco y sereno como si acabase de despertar para una partida de caza. Miró el tubo, y dijo:

—Quinto y último. Bueno, muchacho, no me diga que se ha entretenido escribiendo sus impresiones en esos papeles, con la rodilla por mesa.

—Solo he hecho algunas anotaciones para matar el rato.

—No creo que nadie, como no sea un irlandés, haga tal cosa. Tendrá usted que esperar a que nuestra ameba crezca, si quiere contar con un lector. Por el momento, no creo que tenga donde guardar tanto material de lectura. Bien, *herr* profesor, ¿qué perspectivas tenemos?

Challenger miraba por la ventana hacia los grandes bancos de bruma matinal que flotaban sobre el paisaje. Aquí y allá, algunas colinas boscosas asomaban como islas cónicas por encima de un mar de yerba.

—Podría servirnos de mortaja —dijo la señora de Challenger, que había vuelto a entrar en el cuarto de vestir—. Aquí tienes, George, aquella canción que tú cantabas: «Repicar para lo viejo que se va; repica para lo nuevo que ha llegado.» Era como una profecía. Pero están ustedes tiritando, amigos míos. Yo he pasado la noche bien abrigada bajo una colcha, y ustedes pasando frío en sus sillas. Voy a poner remedio en seguida.

La valerosa mujer desapareció otra vez; a los pocos minutos oímos el hervor de una cacerola, y poco después entró con cinco tazas de cacao humeante en una bandeja.

—Beban esto —nos dijo—, se sentirán mucho mejor.

Y así fue. Summerlee pidió permiso para encender su pipa, y todos fumamos cigarrillos. Creo que nuestros nervios se sosegaron, pero fue un error, porque la atmósfera del cuartito se hizo irrespirable. Challenger tuvo que abrir la claraboya.

—¿Cuánto durará esto, profesor?

—Quizá tres horas —contestó con un ligero encogimiento de hombros.

—A mí me solía dar miedo —dijo su esposa—, pero cuanto más me voy acercando al momento, más fácil me parece. ¿No crees que deberíamos rezar, George?

—Reza tú, querida, si así lo deseas —contestó el corpulento marido con acento

cariñoso—. Todos tenemos nuestras maneras de rezar. Mi oración consiste en acatar con plena conformidad todo lo que mi destino me tenga reservado, el acatarlo gozosamente. Es ese un punto en el que parece que se funden la religión más elevada y también la ciencia más elevada.

—Realmente yo no podría definir mi actitud mental como conformidad, y mucho menos como conformidad gozosa —refunfuñó Summerlee, retirando un poco la pipa de su boca—. Me someto porque no tengo más remedio. Confieso que querría vivir un año más, con objeto de dar fin a mi tarea de clasificación de los fósiles calcáreos.

—Su obra inacabada significa poca cosa —dijo solemnemente Challenger— en comparación con el hecho de que mi *magnus opus*, *La escala de la vida*, se encuentra todavía en sus primeras etapas. En ese libro, que haría época pretendía condensar mis pensamientos, mis lecturas y mis experiencias; es decir, todo cuanto sé y valgo. Sin embargo, según he dicho, acato gozoso mi destino.

—Creo que todos hemos dejado algunos cabos sueltos —dijo lord John—. ¿Cuáles son los que usted deja, muchacho?

—Estaba preparando un volumen de versos —le contesté.

—¡Vaya! Por lo menos, de eso se libra el mundo —dijo lord John—. Todo tiene siempre alguna compensación, si bien se mira.

—¿Y usted? —le pregunté.

—Pues mire: yo lo tenía todo arreglado y dispuesto. Había prometido a Merivale marchar al Tíbet en primavera para cazar un leopardo de las nieves. Usted sí que lo sentirá, señora Challenger, ahora que acaba de arreglar este lindo hogar.

—Allí donde esté George tengo yo mi hogar. Pero ¡qué no daría yo por poder pasear por última vez juntos en esas magníficas llanuras, respirando el aire puro de la mañana!

Sus palabras encontraron eco en nuestros corazones. El sol había roto por entre las brumas que lo ocultaban y toda la ancha zona del Wead se hallaba bañada en resplandores de oro. Sentados dentro de nuestra oscura y envenenada atmósfera, aquel panorama campestre, glorioso, puro, acariciado por el viento, aparecía como un ensueño de belleza. La señora Challenger dio suelta a su anhelo íntimo extendiendo el brazo hacia aquella visión.

Nosotros acercamos nuestras sillas y formamos semicírculo junto a la ventana. La atmósfera estaba ya muy cargada. Me pareció que las sombras de la muerte se cernían a nuestro alrededor: los últimos seres de nuestra raza. Era como una cortina invisible que se iba cerrando por todas partes.

—Creo que este cilindro dura menos de lo debido —dijo lord John, haciendo una inspiración profunda para llenar los pulmones.

—La cantidad de gas que contiene cada cilindro es variable —dijo Challenger— y depende de la presión y del cuidado que se ha tenido al embotellarlo. Me inclino a la opinión de usted, Roxton, este cilindro es defectuoso.

—De manera que nos han estafado la última hora de nuestras vidas —comentó,

con amargura, Summerlee—. Es un magnífico ejemplo final de la sordidez de la época en que nos tocó vivir. Bien, Challenger, le ha llegado a usted el momento de estudiar subjetivamente los fenómenos que acompañan a la disolución física.

—Siéntate en el taburete, junto a mis rodillas, y dame tu mano —dijo Challenger a su esposa—. Creo, amigos míos, que no es aconsejable que sigamos por más tiempo respirando esta atmósfera insoportable. ¿Verdad que tú no lo deseas, corazón?

La esposa dejó escapar un leve gemido y apoyó el rostro contra las piernas de Challenger. Lord John dijo:

—Yo recuerdo haber visto a la gente bañándose en el Serpentin durante el invierno. Cuando todos están ya dentro, quedan uno o dos en la orilla tiritando, envidiando a los que ya se dieron el chapuzón. Los últimos son los que peor lo pasan. Yo estoy a favor de que nos demos la zambullida y acabemos ya.

—¿Abriré la ventana, haciendo frente al éter?

—Mejor morir intoxicados que ahogados.

Summerlee cabeceó su reacia conformidad y alargó su mano enjuta a Challenger, diciéndole:

—A su tiempo hemos tenido nuestras disputas, pero eso ya pasó. Éramos buenos amigos y en el fondo nos respetábamos mutuamente. ¡Adiós!

—¡Adiós, querido amigo! —dijo lord John—. La ventana está sellada y no es posible abrirla.

Challenger se inclinó y levantó a su esposa, apretándola contra su pecho, mientras ella le rodeaba el cuello con sus brazos. Luego dijo con gravedad:

—Malone, haga el favor de darme esos prismáticos.

Se los entregué.

—¡Nos entregamos de nuevo en manos del Creador que nos hizo! —gritó con voz de trueno, y lanzó los gemelos contra el cristal de la ventana.

Cuando tintineaban aún los fragmentos de cristales rotos, nos dio en pleno rostro una sana bocanada de aire que soplaba, fresco y puro.

No sé cuánto tiempo permanecemos en silencio asombrados, pero recuerdo que volví a escuchar como en sueños la voz de Challenger, que gritaba:

—Nos encontramos de nuevo en condiciones normales. El mundo ha salido de la zona ponzoñosa. Nosotros somos los únicos ejemplares del linaje humano que se han salvado.

## EL MUNDO MUERTO

Todos permanecemos respirando profundamente, sin movernos de nuestras sillas, mientras la brisa suave y húmeda del Sudoeste, después de refrescarse en el mar, hacía ondear las cortinas de muselina y abanicaba nuestros rostros encendidos. No sé cuánto tiempo estuvimos así, más tarde, ninguno de nosotros pudo coincidir con los demás sobre aquella cuestión. Nos sentíamos desconcertados, atontados, seminconscientes. Habiendo reunido todo nuestro valor para morir, aquella nueva realidad, pavorosa y súbita, de que teníamos que seguir viviendo después de sobrevivir a toda la raza de la que formábamos parte, nos conmovió con la sacudida de un golpe físico y nos dejó abatidos. Después, y de una manera gradual, el mecanismo que había quedado en suspenso empezó de nuevo a ponerse en movimiento; las lanzaderas de la memoria empezaron a trabajar y las ideas volvieron a entretorse en nuestras mentes. Vimos con claridad nítida e implacable las relaciones entre el pasado, el presente y el futuro; la clase de vida que habíamos llevado y la clase de vida que nos tocaría vivir en adelante. Cada cual volvió los ojos con silencioso espanto hacia los de sus compañeros y encontró en ellos idéntica mirada de respuesta. En lugar de sentir el júbilo que podía esperarse en unos hombres que habían estado a punto de morir, nos sentimos sumergidos por una ola terrible de la más negra depresión. Todo cuanto en el mundo habíamos amado había sido barrido hacia el océano inmenso, infinito y desconocido, nos habíamos quedado aislados en esta isla desierta del mundo, sin compañeros, sin esperanzas y sin aspiraciones. Tendríamos que pasar algunos años vagando como chacales entre las tumbas de la raza humana, hasta que llegase nuestro fin, tardío y solitario.

—¡Es espantoso, George, espantoso! —exclamó la señora, ahogada en sollozos—. ¿Por qué no habremos muerto con los demás? ¿Por qué nos salvaste? Tengo la sensación de que nosotros somos los verdaderos muertos y de que todos los demás están con vida.

El ceño de Challenger estaba contraído mientras concentraba su pensamiento, y una de sus manazas hirsutas oprimía las manos de su esposa. Yo me había fijado en que siempre que ella se encontraba en alguna dificultad alargaba las manos hacia el profesor, lo mismo que una niña hacia su madre.

—Sin llegar en el fatalismo hasta el punto de «no resistir» —dijo—, siempre he podido comprobar que la sabiduría más elevada consiste en acatar la realidad.

Se expresaba lentamente y su voz tenía un tono sentimental.

—Pues yo no acato —dijo Summerlee con acento resuelto.

—No creo que tenga la menor importancia el que usted acate o no acate —comentó lord John—. No tiene más remedio que aceptarlo, lo mismo si lo hace dando puñetazos o tumbado en el suelo; de modo que importa un rábano que se conforme o

no. No recuerdo que nadie nos haya pedido permiso cuando empezó todo este jaleo, y no creo tampoco que nadie nos lo pida ahora. ¿En qué altera, pues, la realidad lo que pensemos o dejemos de pensar?

—Entre lo uno y lo otro hay la misma diferencia que entre el ser feliz o el ser desgraciado —dijo Challenger, sumido en sus pensamientos y dando todavía golpecitos cariñosos en la mano de su esposa—. Se puede nadar a favor de la corriente, conservando la paz del alma y de la inteligencia, y se puede nadar a contracorriente, fatigándose y lastimándose. Lo que ocurre está por encima de nuestras posibilidades; de manera que aceptémoslo tal como viene y no hablemos más.

—Pero ¿qué diablos vamos a hacer? —pregunté yo, alzando mis ojos con desesperación hacia el firmamento azul y carente de vida—. Yo, por ejemplo, ¿qué puedo hacer? No existen periódicos, de modo que ahí encuentra punto final mi profesión.

—No ha quedado ningún animal vivo al que cazar, tampoco puede haber guerras, de manera que también la mía no tiene ya objeto —dijo lord John.

—No hay tampoco quien estudie, y, por tanto, huelga ya mi profesión —exclamó Summerlee.

—Pero yo tengo a mi esposo y tengo mi hogar, de modo que doy gracias al cielo de que mi vocación tenga en qué emplearse —dijo la dama.

—Tampoco mi profesión deja de tener un objetivo —comentó Challenger—, porque la ciencia no ha muerto, y esta misma catástrofe nos brindará muchísimos problemas apasionantes que investigar.

Challenger había abierto ya de par en par las ventanas y contemplaba el paisaje silencioso e inmóvil.

—Déjenme pensar —prosiguió—. Fue ayer a eso de las tres cuando el mundo penetró por completo en la zona ponzoñosa hasta el punto de quedar completamente sumergido en ella. Ahora son las nueve de la mañana. La cuestión que se plantea es esta: ¿a qué hora salió el mundo de esa zona tóxica?

—Al rayar el alba la atmósfera estaba irrespirable —dije yo.

—Y también más tarde —dijo la señora de Challenger—. Eran las ocho cuando yo sentí con fuerza el mismo ahogo que al amanecer.

—Es de suponer, pues, que el mundo salió de la zona ponzoñosa inmediatamente después de las ocho. Podemos deducir que el mundo ha permanecido por espacio de diecisiete horas embebido en el éter emponzoñado. Durante todo ese tiempo el Supremo Jardinero ha esterilizado el moho humano que se había desarrollado en la superficie de su fruto. Es posible que la desinfección haya resultado incompleta; es decir, ¿habrán podido sobrevivir otras personas aparte de nosotros?

—Lo mismo me estaba preguntando yo —dijo lord John—. ¿Por qué hemos de ser nosotros los únicos?

—Es absurdo suponer que haya sobrevivido nadie aparte de nosotros —dijo

Summerlee con convencimiento—. Fíjense, el tóxico fue tan virulento, que un joven como Malone, fuerte como un toro y con el sistema nervioso bien templado, apenas pudo subir las escaleras y cayó inconsciente en el descansillo. ¿Qué probabilidad habrá tenido nadie de resistir, no digo diecisiete horas, sino ni siquiera diecisiete minutos?

—A menos que alguna otra persona advirtiese lo que acontecía y tomase precauciones al igual que nuestro querido profesor.

—Me parece muy poco probable —dijo Challenger, mesándose la barba y entornando sus párpados—. No es probable que en una misma generación se den dos casos de personas en las que se combinen la capacidad de observación, de deducción y de imaginación previsoras que a mí me permitió eludir el peligro.

—Según usted todos los seres humanos han muerto, sin duda alguna, ¿no es cierto?

—Muy pocas dudas caben al respecto. Sin embargo, hay que tener presente que el tóxico dejaba sentir sus efectos de abajo hacia arriba, siendo posiblemente menos virulento en las capas superiores de la atmósfera. Sin embargo, resulta extraña semejante propiedad, y nos ofrece una de esas características que nos brindan tema de estudio fascinante para el futuro. Según eso, si hubiésemos de buscar supervivientes, tendríamos que buscar en alguna aldea del Tíbet o en alguna granja de los Alpes, a muchos miles de pies de altura sobre el nivel del mar.

—Lo que, en resumen, quiere decir que, no existiendo ferrocarriles ni barcos de vapor, da lo mismo hablar de supervivientes en la Luna —dijo lord John—. No obstante lo que yo me pregunto es si este fenómeno ha desaparecido por completo, o si aún cabe esperar algún efecto secundario.

Summerlee estiró el cuello para recorrer con la mirada el horizonte, y dijo titubeando:

—Parece que la atmósfera está limpia y el tiempo es bueno, aunque ayer también ofrecía idéntico aspecto. No estoy completamente seguro de que el peligro haya desaparecido.

Challenger se encogió de hombros, y dijo:

—Nuevamente debemos adoptar un punto de vista fatalista. Si alguna otra vez el mundo ha pasado por esta situación, lo cual resulta perfectamente posible, debió de ser hace muchísimo tiempo. Por consiguiente, podemos esperar con criterio razonable que transcurrirá también muchísimo tiempo antes de que se repita.

—Todo eso está muy bien —dijo lord John—; pero cuando ocurre un temblor de tierra, casi siempre le sigue otro terremoto. Creo que haríamos bien en estirar las piernas y respirar el aire puro mientras podamos. Como nuestra provisión de oxígeno está agotada, nos da lo mismo que, si vuelve a repetirse, nos sorprenda fuera que dentro.

Resultaba extraordinaria la insensibilidad absoluta que se había apoderado de nosotros como reacción tras de las tremendas emociones de las últimas veinticuatro

horas. Esa insensibilidad era de índole mental y física, un sentimiento profundamente arraigado de que nada tenía importancia, de que todo esfuerzo resultaba aburrido e ineficaz.

Hasta el mismo Challenger cayó víctima de esa insensibilidad, y permaneció en su asiento con su enorme cabeza apoyada entre sus manos y absorto en lejanos pensamientos hasta que entre lord John y yo le agarramos uno de cada brazo, lo levantamos poniéndole de pie. Por toda contestación recibimos su mirada furiosa y el refunfuño de un mastín irritado. Sin embargo, una vez fuera de nuestro angosto refugio y amparados por la limpia atmósfera cotidiana, fuimos recobrando de manera gradual nuestra energía de siempre.

Pero ¿por dónde teníamos que empezar a actuar en un mundo convertido en un cementerio? ¿Se habría encarado el hombre alguna vez con problema semejante desde el alba de los tiempos? Ciertamente teníamos aseguradas para algún tiempo nuestras necesidades físicas, e incluso nuestras comodidades. No teníamos que hacer otra cosa que apoderarnos de los depósitos de alimentos, de las cosechas de vino guardadas en las bodegas y de todos los tesoros de arte. Pero ¿qué íbamos a hacer? Desde luego, se nos ofrecían algunas ocupaciones. Bajamos a la cocina y trasladamos a las dos mujeres del servicio a sus respectivas camas. Parecía que habían fallecido sin sufrimientos, la una en una silla junto al fuego, y la otra en el suelo del cuarto de fregar. Acto seguido transportamos desde el patio al pobre Austin. Sus músculos tenían la rigidez de una tabla, sometidos al *rigor mortis* más exagerado, y la contracción de las fibras había cuajado su boca en una risa de burla cruel. Era este un detalle que se observaba en la mayoría de los que habían muerto por efecto del *daturon*. Adondequiera que íbamos salían al encuentro caras de expresión burlona que parecían mofarse de la espantosa situación en que nosotros habíamos quedado, y que miraban con risa silenciosa y maligna a los desdichados supervivientes de la raza humana.

—Escúchenme —dijo lord John, que se paseaba con desasosiego por el comedor mientras nosotros tomábamos un refrigerio— no sé lo que les pasará a ustedes, pero yo materialmente no puedo, no puedo quedarme aquí sentado y sin hacer nada.

—Veamos si se digna usted sugerirnos lo que deberíamos hacer —le contestó Challenger.

—Salir por ahí a ver qué es lo que ha ocurrido.

—Estoy totalmente de acuerdo.

—Pero no en esta aldea. Desde la ventana podemos ver todo lo que hay que ver en ella.

—¿Y adónde quiere que nos dirijamos?

—¡A Londres!

—Conforme —refunfuñó Summerlee—. Quizás sea usted capaz de una caminata de cuarenta millas; pero yo creo no poder realizarla y Challenger, que es paticorto, estoy seguro de que no llegaría a tanto.



Aquello molestó muchísimo al profesor.

—Si usted se limitase a comentar sus propias características corporales, encontraría mucho tema de observación —exclamó.

—No lo dije con intención de ofenderle, mi querido Challenger —contestó nuestro indiscreto amigo—. No se le puede hacer responsable de la conformación de su cuerpo. Si la Naturaleza le ha dotado de un tronco voluminoso y corto, por fuerza ha tenido también que dotarle de piernas cortas.

La indignación impidió contestar a Challenger que no podía hacer otra cosa que gruñir, parpadear y encrespase. Lord John se apresuró a intervenir antes que la disputa pasase a mayores, diciendo:

—Habla usted de ir a pie. ¿Por qué habríamos de hacer el viaje caminando?

—¿Quiere usted dar a entender que podríamos hacerlo de otro modo? —preguntó Challenger, a punto de estallar otra vez.

—¿Es que le ha pasado algo al automóvil? ¿Por qué no habríamos de utilizarlo?

—Yo no sé conducir —dijo Challenger, acariciando meditabundo su barba—. Sin embargo, usted está en lo cierto al suponer que el entendimiento humano, en sus más elevadas manifestaciones, debería mostrarse lo bastante flexible para adaptarse a todo. Su idea es excelente, lord John. Yo mismo los llevaré hasta Londres al volante del auto.

—Usted no hará tal cosa —exclamó Summerlee, muy resuelto.

—¡De ninguna manera, George! —exclamó también la señora—. Recuerda que lo intentaste una vez y que te diste contra la puerta del garaje.

—Fue una falta momentánea de concentración —respondió Challenger, imperturbable—. Asunto arreglado. Seré yo quien conduzca hasta Londres.

Lord John trajo un alivio a la situación preguntando:

—¿Qué marca es?

—Un Humber de veinte caballos.

—Lo llevo manejando muchos años. ¡Por vida de...! —agregó—. Jamás imaginé vivir como para llevar a toda la Humanidad dentro de un Humber. ¿Es de cinco plazas, verdad? Cojan lo que tengan que coger, yo les espero a las diez con el coche a la puerta.

Y, en efecto, a esa hora salió el coche del patio con ronroneos y ruidos metálicos, llevando a lord John al volante. Tomé asiento a su lado, mientras la señora, convertida en oportuno parachoques, se embutió entre aquellos dos varones coléricos en el asiento de atrás. Lord John soltó el freno, cambió rápidamente la palanca de primera a tercera, y partimos veloces para el viaje más extraordinario que ser humano alguno haya tenido oportunidad de efectuar.

Imagínense ustedes todo el encanto de la Naturaleza en aquel día del mes de agosto, el frescor del aire matinal, la dorada luminosidad del fulgor de un sol veraniego, el cielo límpido, el frondoso verdor de los bosques de Sussex, y las tonalidades de un vivo color púrpura de los llanos cubiertos de brezo. Al mirar a

nuestro alrededor y contemplar aquella belleza multicolor, ni por un momento recordamos la inmensa catástrofe acontecida, a no ser por el silencio solemne que lo envolvía todo. En las regiones densamente pobladas siempre se escucha una especie de suave zumbido de vida, tan ininterrumpido y profundo que dejamos de percibirlo, igual que les ocurre a los moradores de las poblaciones de la costa que pierden la conciencia del murmullo constante del oleaje. El piar de los pájaros, el zumbido de los insectos, el eco lejano de las voces, el mugir del ganado, los ladridos de perros a distancia, el retumbar de los trenes y el traqueteo de coches y carros, todo ello se funde en una nota de tono profundo y constante, que vibra en nuestros oídos sin que estos la perciban de ordinario. Ahora lo echábamos de menos. Aquel silencio de muerte resulta aterrador. Era tan solemne, tan impresionante, que el ronroneo y el traqueteo de nuestro automóvil sonaba a intolerable estremecimiento, a indecorosa desatención hacia aquel sosiego reverente que cubría cual sudario envolviendo por todas partes los restos de la Humanidad. Aquella dolorosa mudez y las altas nubes de humo que se alzaban aquí y allá de las casas de campo que aún ardían sin llama, nos helaban el corazón cuando contemplábamos el maravilloso panorama de la región del Weald.

Pero, además, ¡los cadáveres! Aquellos grupos de caras estiradas que mostraban los dientes al principio nos produjeron escalofríos de espanto. Tan aguda y penetrante fue la impresión que dejó en mí, que revivo otra vez el descenso por Station Hill, el momento de cruzamos con la niñera y los dos bebés, el espectáculo del caballo abatido entre las varas del coche, el cochero encogido en su pescante, del joven del interior, con la mano en la portezuela a punto de saltar al suelo. Más abajo, un grupo de segadores, revueltos unos con otros, con los miembros entrecruzados y los ojos muertos, rígidos vueltos hacia el cielo resplandeciente. Lo veo todo como si tuviera delante una fotografía. Pero, gracias a la Naturaleza misericordiosa, los sistemas nerviosos sobreexcitados dejaron pronto de reaccionar. Los individuos se fundieron en grupos; los grupos, en multitudes; las multitudes, en un fenómeno universal que acabamos pronto por aceptar como detalle inevitable de todo lo que veíamos. Únicamente aquí y allá, cuando un incidente brutal o grotesco hería nuestras pupilas, volvía el pensamiento con un súbito choque al alcance personal y humano de todo aquello. Sobre todo, resultaba doloroso el destino de los niños. Recuerdo que aquello nos producía la más fuerte sensación de injusticia intolerable. Cuando cruzamos frente a una gran escuela municipal y vimos el largo cortejo de cuerpecitos desparramados en la carretera que a ella conducía, sentimos ganas de llorar, y, en efecto, la señora Challenger lloró. Por lo visto, los aterrados maestros les dieron suelta, y los muchachos corrían a sus casas en el momento en que el *daturon* los envolvía en su red. Veíanse muchísimas personas asomadas a las ventanas de sus casas, abiertas de par en par. En Tunbridge Wells apenas si había alguna de esas personas que no pareciese estar mirando con expresión atónita y sonriente. La necesidad de aire, aquel mismo anhelo de oxígeno que únicamente nosotros habíamos

podido satisfacer, les hizo correr en el último instante hacia las ventanas. También las aceras estaban sembradas de hombres y de mujeres, sin sus sombreros, que habían salido precipitadamente a la calle. Muchos habían caído sobre la calzada. Tuvimos suerte de que lord John fuese un experto conductor, porque no resultaba fácil sortearlos. Cuando cruzábamos aldeas y pueblos teníamos que marchar a una velocidad de peatón, y recuerdo que frente a la escuela de Tunbridge tuvimos que detenemos algún tiempo para apartar a un lado varios cadáveres que nos cerraban el paso.

Del amplio panorama de muerte que se nos ofreció por las carreteras de Sussex y de Kent surgen al primer plano de mi memoria determinados cuadros. Uno de ellos, el de un resplandeciente automóvil que estaba en la parte exterior de la aldea de Southborough. Seguramente conducía a un grupo de excursionistas que regresaban de Brighton o de Eastbourne. Dentro del automóvil había tres mujeres vestidas descocadamente, las tres jóvenes y hermosas; una de ellas tenía sobre el regazo un perro pequinés. Las acompañaban un señor entrado en años, con aspecto de juerguista, y un joven aristócrata que tenía aún el monóculo en el ojo y el cigarrillo, reducido a ínfima colilla, entre los dedos de su mano pulcramente enguantada. La muerte se debió apoderar de ellos instantáneamente, dejándolos como clavados en sus asientos. Se hubiera dicho que estaban dormidos, salvo que el hombre entrado en años se había arrancado el cuello de la camisa en un esfuerzo por respirar. A un lado del automóvil cerca del estribo del coche, yacía encogido, un camarero que había dejado caer la bandeja haciendo pedazos los vasos que llevaba. Al otro lado del automóvil, dos vagabundos harapientos, hombre y mujer, yacían en el mismo lugar en que habían caído, y el hombre extendía aún su brazo descarnado pidiendo limosna, tal y como lo había hecho durante su vida. Había bastado un segundo para colocar al aristócrata, al camarero, al vagabundo y al perro en el mismo plano de protoplasma inerte en descomposición.

Recuerdo otro cuadro singular, que vimos a unas millas de distancia entre Sevenoaks y Londres. A la izquierda de la carretera se alza un enorme convento que tiene delante un prolongado declive de césped. En aquel declive se habían reunido varias alumnas de la escuela, arrodillándose para rezar. Delante de ellas veíase una hilera de monjas, y en lo alto del repecho un solo cadáver, que nos pareció sería el de la madre superiora. Al revés de lo que les había ocurrido a los alegres viajeros del automóvil, se habría dicho que en aquel lugar imaginaron el peligro y se dispusieron a una muerte hermosa todas juntas, las maestras y las alumnas, reunidas para dar su última lección.

Mi espíritu sigue todavía como atontado por tan terrorífico suceso, y busco en vano medios con que expresar las emociones que sentí. Quizás lo mejor y lo más prudente sea no intentarlo, limitándome a dejar constancia de los hechos. Incluso Summerlee y Challenger estaban como aplastados, y a nuestras espaldas no oíamos pronunciar una palabra, salvo cuando la señora dejaba escapar algún gemido. En

cuando a lord John, se hallaba demasiado atento al volante y a la difícil tarea de buscar camino libre en tales carreteras para poder dedicar su tiempo a la conversación, o para sentirse tentado a ella. Únicamente recurrió con aburrida reiteración a una frase que se quedó grabada en mi memoria, y que casi acabó por hacerme reír al pensar en que se trataba de un comentario en ese día del Juicio Final.

—¡Linda faena! ¿No?

Tal era la exclamación que dejaba escapar cuantas veces se exhibía delante nuestro alguna nueva y tremenda combinación de muertes y catástrofes.

—¡Linda faena! ¿No? —Fue lo que dijo cuando bajábamos por la cuesta abajo de la Station Hill de Rotherfield.

Y también soltó una «¡Linda faena! ¿No?», cuando pasaba dificultosamente por entre una soledad de muerte en la calle mayor de Lewisham y en la carretera vieja de Kent.

En aquel lugar fue donde tuvimos un súbito estremecimiento que nos dejó atónitos. Por la ventana de una humilde casa de esquina salía un pañuelo que ondeaba al viento sostenido por un brazo humano largo y delgado. Aquella asombrosa señal de vida detuvo nuestro pulso un instante, para luego latir alocadamente, mucho más que todas aquellas visiones de muerte inesperadas. Lord John acercó el auto al bordillo de la acera, y en un instante desapareció por la puerta abierta de la casa y subió por la escalera hasta el cuarto delantero del segundo piso, que era el lugar desde donde se hacía aquella señal.

Sentada en una silla, junto a la ventana abierta, encontramos a una mujer muy anciana, y a su lado, sobre otra silla, un cilindro de oxígeno, más pequeño, pero de forma idéntica a los que nos habían salvado la vida a nosotros. Volvió su cara seca, estirada, con gafas, hacia la puerta en la que nos habíamos agolpado todos, y nos dijo:

—Temí que me hubiesen abandonado aquí para siempre, soy inválida, no puedo moverme.

—Bien, señora —repuso Challenger—. Ha sido una suerte que la encontrásemos.

—Desearía preguntarles una cosa muy importante caballeros —dijo ella—. Y les ruego que me hablen con franqueza. ¿Qué efecto creen que tendrán estos sucesos en la cotización de las acciones del ferrocarril de Londres y del Noroeste?

Nos hubiéramos echado a reír a no ser por la trágica ansiedad con que se quedó esperando nuestra respuesta. La señora Burston, que así se llamaba, era una viuda anciana cuyo único ingreso dependía de un puñadito de acciones de aquella sociedad. Venía acomodando su vida de acuerdo con el alza o la baja de sus dividendos, y ella no podía concebir su existencia sino en función de la cotización de sus acciones. Fue inútil que tratásemos de explicarle que todo el dinero del mundo era suyo, no tenía nada más que tomarlo y que le sería completamente inútil una vez lo poseyera. Su viejo cerebro era incapaz de adaptarse a la nueva idea, y lloró ruidosamente pensando en que se había quedado sin sus acciones.

—Era todo cuanto poseía —gimoteó—. Si ya no existe, no vale la pena que yo

siga viviendo.

En medio de sus lamentaciones pudimos enterarnos de cómo había salvado la vida, planta anciana y frágil, cuando todo el bosque inmenso había sucumbido. Era una inválida incurable y padecía asma. Por su enfermedad, habíanle recetado oxígeno y en el momento de la crisis tenía a mano un cilindro. Según tenía por costumbre cuando sentía los ahogos, había utilizado su cilindro de oxígeno. Esto la alivió, y administrando bien su reserva, había logrado sobrevivir aquella noche. Por último, quedose dormida, y la despertó el zumbido de nuestro automóvil. Dado que era imposible llevarla con nosotros, cuidamos de dejarle a mano todo lo necesario para su subsistencia, prometiéndole volver lo más tarde dos días después. Luego la dejamos sin lograr consolarla por la pérdida de sus acciones.

A medida que nos fuimos acercando al Támesis, los obstáculos en las calles eran más grandes y más molestos. Con grandes dificultades pudimos cruzar el puente de Londres. El acceso al mismo por el lado de Middlesex se hallaba cerrado en toda su extensión por el tráfico que quedó congelado y que imposibilitaba todo avance en aquella dirección. Junto a uno de los muelles en las proximidades del puente ardía un barco, y el aire estaba lleno de pavesas y del olor fuerte y acre a quemado. Hacia el edificio del Parlamento veíase una nube de humo espeso; pero desde donde estábamos era imposible distinguir lo que ardía.

—No sé lo que ustedes pensarán —dijo lord John en el momento de parar el motor—; pero a mí me parece que el campo es más alegre que la ciudad. Este Londres muerto me resulta insoportable. Yo daría vuelta y regresaría a Rotherfield después de echar un vistazo.

—Confieso que no comprendo qué esperamos encontrar aquí —dijo el profesor Summerlee.

—Pese a todo —comentó Challenger, y su gruesa voz retumbaba de una manera extraña en aquel silencio—, resulta difícil concebir que de siete millones de personas solo haya sobrevivido a la catástrofe una anciana.

—Si hubieran sobrevivido otras personas, George, ¿cómo hacer para dar con ellas? Sin embargo, estoy de acuerdo contigo en que no debemos regresar sin hacer alguna tentativa.

Nos apeamos del automóvil, dejándolo junto al bordillo de la acera, y con bastantes dificultades avanzamos por la concurrida acera de King William Street, franqueando la puerta de unas grandes oficinas de seguros. Era un edificio que formaba esquina, lo elegimos porque desde allí se dominaba el panorama en todas direcciones. Subiendo por la escalera, atravesamos una sala que seguramente era la de los directores, ya que en ella encontramos a ocho ancianos sentados alrededor de una espaciosa mesa que había en el centro. La ventana estaba abierta, y todos salimos al balcón. Desde allí veíamos las concurridas calles de la City que irradiaban en todas direcciones, mientras que a nuestros pies la calzada aparecía negra de acera a acera, cubierta por las capotas de los taxis inmóviles. Casi todos ellos marchaban fuera de la

City, demostrando que los aterrados hombres de negocios habían realizado en el último instante una inútil tentativa por ir a reunirse con sus familias en los barrios exteriores o en el campo. Aquí y allá entre los coches más humildes, descollaba el gran automóvil reluciente de algún opulento magnate, encallado sin remedio entre el maldito torrente del tráfico interrumpido. A nuestros pies veíase uno de gran tamaño y aspecto lujoso, cuyo propietario, un anciano gordinflón, con la mitad del cuerpo fuera de la ventanilla, alargaba su mano carnosa y resplandeciente de diamantes, apremiando al chófer para que hiciese un último esfuerzo a fin de abrirse paso por entre aquel apiñamiento.

En medio de aquel torrente sobresalían como islas una docena de autobuses; los pasajeros que llenaban sus imperiales yacían amontonados los unos encima de los otros, como los juguetes de un niño en su cuarto de jugar. En el centro de la calzada, sobre un ancho pedestal de foco luminoso, un fornido guardia se mantenía en pie, con la espalda apoyada en una farola, en actitud tan natural, que resultaba difícil imaginar que era un muerto más, mientras que a sus pies yacía un harapiento vendedor de periódicos al lado de un montón de diarios. Un carro de reparto había quedado bloqueado entre la multitud, y distinguimos en grandes letras de negro sobre amarillo estos rótulos: «Incidente en los Loes. Un partido que se suspende.» Aquella era, sin duda, la primera edición, porque se veían otros cartelones con esta leyenda: «¿Se acerca el fin? Advertencia de un gran científico.» Y otro: «¿Tiene razón Challenger? Rumores persistentes.»

Challenger le señaló a su esposa este último cartelón que flotaba como una bandera sobre la multitud. Me fijé en cómo enarcaba el pecho y se acariciaba la barba contemplándolo. Complacía y halagaba a aquella alma compleja el pensar que Londres había muerto con su nombre y sus advertencias, presentes aún en el pensamiento de todos. De tal manera saltaban a la vista sus sentimientos, que despertaron un burlón comentario de su colega:

—En las candilejas hasta el último instante.

—Así parece —contestó muy satisfecho; pero luego contemplando el largo panorama de calles, todas envueltas en silencio y repletas de muertos agregó—: Bien; la verdad es que no veo qué se adelanta con que permanezcamos más tiempo en Londres. Sugiero que regresemos inmediatamente a Rotherfield y que, una vez allí, celebremos consejo para discutir cómo podemos emplear de la manera más provechosa los años que aún nos quedan de vida.

Tan solo quiero presentar un último cuadro de las escenas de la City muerta que nos llevamos en la memoria. Se trata de una visión rápida que tuvimos del interior de la vieja iglesia de St. Mary, que se levanta en el lugar donde nos esperaba nuestro automóvil. Abriéndonos paso por entre los cuerpos caídos en los escalones de la misma, empujamos la puerta y entramos. Era una espectáculo maravilloso. Toda la iglesia era una masa de cuerpos arrodillados en todas las posturas de oración y de humildad. En el último instante trágico, el pueblo aterrado, viéndose de pronto frente

a las realidades de la vida, las tremendas realidades que nos dominan incluso cuando vamos persiguiendo sombras, se había precipitado dentro de las viejas iglesias de la City que durante muchas generaciones apenas si habían logrado reunir una congregación de feligreses. Dentro de ellas se amontonaron todo lo apretadamente que les permitía su necesidad de arrodillarse; era tal su agitación, que muchos llevaban todavía puestos sus sombreros, mientras que un hombre joven, con ropas laicas, dominándolos desde el púlpito, parecía estar predicando en el justo instante en que todos murieron. El predicador estaba ahora, igual que Punch en su casilla de títeres, con la cabeza y los brazos flácidos colgando por encima del borde del púlpito. ¡Qué pesadilla! ¡La iglesia gris y polvorienta, las hileras de figuras angustiadas, la penumbra y el silencio envolviéndolo todo! De puntillas, hablando con ahogados cuchicheos, recorrimos la iglesia.

Tuve una súbita idea. En un ángulo, cerca de la puerta, se alzaba la pila bautismal, y detrás, un nicho profundo en el que colgaban las cuerdas con que los campaneros hacen sonar las campanas. ¿Por qué no habíamos de servirnos de ellas para enviar un mensaje por encima de todo el ámbito de Londres, a fin de atraer de ese modo la atención de cuantos pudieran estar vivos aún? Corrí hasta aquel lugar y tiré de la cuerda revestida de franjas de tela para mejor afianzar la mano. Me sorprendió lo difícil que resultaba el voltear la campana. Lord John me había seguido, y despojándose de su chaqueta me dijo:

—Por vida de..., que ha tenido usted una idea condenadamente oportuna. Deje que agarre la cuerda, y ya verá que pronto la movemos.

Pero ni aun así; la campana era tan pesada que hasta que Challenger y Summerlee no agregaron su peso al nuestro no escuchamos por encima de nuestras cabezas el sonoro retumbo y el estrépito que nos anunció que el enorme badajo estaba lanzando por los aires su música. Nuestro mensaje de camaradería, de esperanza, a cualquier ser humano que hubiese sobrevivido resonó por todo el ámbito del Londres muerto. Aquella llamada vibrante y metálica reanimó nuestros corazones, y nos entregamos con mayor ímpetu a la tarea; cada impulso hacia arriba de la cuerda nos levantaba dos pies por encima del suelo, pero todos juntos dábamos a una el tirón hacia abajo; Challenger, que era el de menor estatura, ponía en la empresa su enorme fuerza, saltando y cayendo igual que una rana gigante, croando a cada tirón que daba. Aquel era un momento como para que algún artista trazase un dibujo de los cuatro aventureros, antaño camaradas en muchos y extraordinarios peligros, y elegidos ahora por el Destino para pasar por una experiencia tan singular. Trabajamos durante media hora, el sudor nos corría por la cara, y los brazos y espaldas nos dolían debido al esfuerzo. A continuación, salimos al atrio de la iglesia y miramos en todas direcciones por las calles silenciosas y atascadas. Ni un solo sonido, ni el más pequeño movimiento, en respuesta a nuestra llamada.

—Es inútil. No hay supervivientes —exclamé.

Subimos al automóvil sin pronunciar una palabra más. Lord John maniobró para

que el auto diese media vuelta, enfilando hacia el Sur. Nos pareció que aquel capítulo había concluido. Estábamos muy lejos de prever el sorprendente nuevo capítulo que iba a empezar.

—No podemos hacer nada más —dijo la señora Challenger—. Por amor de Dios, George, regresemos a Rotherfield. Enloqueceré si permanecemos otra hora más en esta horrenda y muda ciudad.



## EL GRAN DESPERTAR

Y con esto llego al fin de este incidente extraordinario tan asombroso por su importancia, no solo en nuestras pequeñas vidas individuales, sino en la historia del género humano. Ya dije al empezar esta narración que, cuando se escriba la historia de lo ocurrido, este acontecimiento destacará seguramente entre todos los demás, al igual que una alta montaña entre sus alrededores. Nuestra generación puede afirmar que ha estado reservada para un destino asaz extraordinario, puesto que fue elegida para pasar por una experiencia tan maravillosa. Solo el porvenir nos demostrará la duración de sus efectos, es decir, hasta cuándo el género humano conservará la humildad y la reverencia que le ha enseñado este golpe tan violento que sacudió sus cimientos. Creo que se puede afirmar con seguridad que las cosas ya no volverán a ser exactamente como eran. Resulta imposible comprobar nuestra impotencia y nuestra ignorancia, y hasta qué punto estamos sostenidos por una mano invisible, mientras no llega el momento en que esta mano parece que se cierra y que nos estruja. La muerte se ha cernido inminente sobre nosotros. Sabemos que eso mismo puede volver a ocurrir en cualquier momento. Esa áspera realidad ensombrece nuestras vidas, pero ¿quién es capaz de negar que el sentido del deber, el sentimiento de sobriedad y de responsabilidad, la estimación de la seriedad y de la finalidad de la vida, el firme anhelo de progresar y de mejorar espiritualmente se han desarrollado bajo esa sombra, hasta el punto de haberse contagiado a toda nuestra sociedad, de un extremo a otro? Es algo que está por encima de todas las sectas y de todos los dogmas. Es más bien un cambio de perspectiva, un cambio en nuestro sentido de la proporción, una vivísima comprobación de que somos criaturas insignificantes que se desvanecen, que existen por una tolerancia y que están a merced del primer viento frío que sopla desde lo desconocido. Pero, si bien es cierto que el mundo ha adquirido una seriedad mayor gracias a este conocimiento, no creo que por ello sea un lugar más triste. Todos estamos de acuerdo, desde luego, en que los placeres del presente, aunque más morigerados y moderados, son más profundos y más inteligentes que el ajetreo bullicioso y alocado que antaño solía con frecuencia llamarse diversión — digo antaño, aunque me refiero a una época recientísima, pero que hoy resulta inconcebible—. Aquellas vidas vacías, malgastadas en visitar y ser visitados sin motivo alguno, en las preocupaciones de mantener un tren de vida complicado e innecesario, en preparar y consumir platos y manjares complicados y difíciles, todas ellas han encontrado sosiego y salud en la lectura, en la música, en la grata unión familiar producida por una división más sencilla y más saludable del tiempo de que disponen. Disfrutando de mayor salud y de mayores satisfacciones, esas vidas son más ricas que antes, incluso después de haber pagado al fondo común una suma mayor de contribuciones para elevar el nivel de vida en estas islas.

Se ha discutido bastante sobre cuál fue la hora exacta del gran despertar. La mayoría está de acuerdo en que, con independencia del adelanto o retraso de los relojes, han podido influir ciertos elementos locales en la acción del *daturon*. Desde luego, en cada zona la resurrección tuvo lugar prácticamente de manera simultánea. Son numerosos los testigos que afirman que el Big Ben marcaba en ese instante las seis y diez minutos. El Astrónomo Real la ha fijado en las seis y doce minutos, hora de Greenwich. Por otro lado, Laird Johnson, observador muy capacitado de East Anglia, la fija en las seis y veinte. En las Hébridas fue más tarde, a las siete. Por lo que a nosotros respecta, no cabe duda alguna, porque yo me encontraba sentado en el despacho de Challenger en ese momento, y tenía delante de mí su bien comprobado cronómetro. Fue a las seis y cuarto.

Un abatimiento enorme abrumaba nuestros ánimos. El efecto acumulativo del espectáculo espantoso que habíamos presenciado durante nuestro viaje pesaba sobre mi alma como una losa de plomo. Dada mi exuberante vitalidad física y mi energía, cualquier clase de ensombrecimiento mental resultaba un hecho poco frecuente. Poseo esa característica propia de los irlandeses de saber percibir un destello de alegría por encima de cualquier tristeza. Pero en aquella ocasión la oscuridad era abrumadora y sin ningún rayo de luz. Mis compañeros se hallaban en la planta baja trazando sus planes para el porvenir. Yo me senté junto a la ventana abierta con la barbilla apoyada en la mano y mis pensamientos concentrados en nuestra dolorosa situación. ¿Continuaríamos viviendo? Esa era la pregunta que yo había empezado a plantearme. ¿Era posible vivir en un mundo muerto? De la misma manera que, según una ley física, el cuerpo mayor atrae al menor, ¿no sentiríamos nosotros una atracción arrebatadora ejercida por aquella inmensa hueste de Humanidad que había pasado a lo desconocido? ¿De qué forma nos llegaría el final? ¿No entraríamos de nuevo en otra zona ponzoñosa? ¿No quedaría la Tierra inhabitable a consecuencia de los productos mefíticos de aquella podredumbre universal? O, finalmente, ¿no acabaría nuestra espantosa situación por afectar y desequilibrar nuestras mentes? ¡Un grupo de locos en un mundo muerto! Meditaba yo sobre esa última terrible posibilidad, cuando oí un leve ruido que me obligó a mirar la carretera que tenía debajo. ¡El caballejo subía por la cuesta tirando del coche!

En el mismo instante tuve conciencia del gorjear de los pájaros, de un carraspeo en el patio que tenía a mis pies, y de un fondo de movimientos en el paisaje. Sin embargo, recuerdo que fue aquel caballejo absurdo, flaco y decrepito el que retuvo mi atención. Jadeando, subía por la pendiente, muy despacio.

Acto seguido mis pupilas se fijaron en el cochero que estaba sentado y erguido en el pescante, y, por último, al joven que se asomaba a la ventanilla bastante excitado y daba a gritos una orden. ¡Sin lugar a dudas, todos ellos se encontraban agresivamente llenos de vida!

¡Todo el mundo estaba vivo nuevamente! ¿Acaso había sido todo ello una ilusión? ¿Podía concebirse que todo aquel incidente de la zona ponzoñosa no hubiese

sido sino un complicado sueño? Mi cerebro sobresaltado se inclinó por un momento a creerlo. Pero bajé la vista y descubrí en mi mano la ampolla, cada vez mayor, que en ella había levantado la cuerda de la campana de la City. Entonces, todo aquello había ocurrido en realidad. Sin embargo, aquí estaba el mundo resucitado, aquí teníamos a la vida que nuevamente había sumergido al mundo en plena pleamar. Mis ojos fueron recorriendo el inmenso paisaje, descubriendo la vida en todas direcciones y moviéndose, con gran asombro mío, dentro de las mismas rutinas en que se había detenido. Allí estaban los jugadores de golf. ¿Era posible que siguiesen con la misma partida? Sí, allí estaba uno de los jugadores iniciando el juego desde el punto de partida, y aquel otro grupo sobre el césped verde apuntaba, sin duda, hacia el agujero. Los segadores volvían lentamente a su trabajo. La niñera dio un cachete a uno de los dos niños y empezó a empujar el cochecito cuesta arriba. Todos habían reanudado despreocupadamente el hilo de su vida en el mismo punto en que lo habían dejado.

Corrí escaleras abajo; la puerta del vestíbulo estaba abierta, y pude oír las voces de mis compañeros expresando su asombro y sus felicitaciones. ¡Qué apretones de mano se daban y de qué manera se reían todos a una, y cómo la señora de Challenger, sin poder dominar su emoción, nos besó a todos antes de arrojarse, por último, en los brazos de oso de su marido!

—¡No es posible que todos ellos estuviesen dormidos! —exclamó lord John—. ¡Que el diablo se lo lleve todo, Challenger! ¿No irá usted a creer que toda esa gente estaba nada más que dormida, con aquellos ojos vidriosos, los miembros rígidos y la espantosa sonrisa de muerte en sus caras?

—Tan solo cabe una posibilidad: que se trate de lo que llamamos catalepsia —dijo Challenger—. Siempre ha existido, aunque no es una enfermedad muy común. Habitualmente se la confunde con la muerte. Cuando hace aparición la catalepsia, la temperatura desciende, desaparece la respiración, los latidos del corazón no se perciben; en una palabra: es la muerte, solo que una muerte pasajera —cerró los ojos y dejo caer una sonrisa bobalicona—. Hasta la mente más comprensiva es incapaz de concebir una plaga universal de catalepsia como esta que hemos visto.

—Si gusta, póngale la etiqueta de catalepsia —hizo notar Summerlee—. Después de todo, solo se trata de un vocablo, y nosotros sabemos de ello tan poco como acerca del gas tóxico que la ha producido. Todo lo más que podemos decir es que un emponzoñamiento del éter ha producido una muerte pasajera.

Austin estaba sentado en el estribo del automóvil, completamente encogido. Era su tos la que yo había oído desde el piso de arriba. Se apretaba la cabeza entre las manos en silencio, pero de pronto empezó a mascullar entre dientes, como si hablara consigo mismo, al mismo tiempo que examinaba el coche con la mirada.

—¡Vaya estúpido! —gruñó—. ¡No puede dejar las cosas tal como las encuentra!

...

—¿Qué le ocurre, Austin?

—Que han dejado los engrasadores destapados, señor. Alguien ha estado andando

en el coche, supongo que habrá sido el joven jardinero.

Lord John demostró en la expresión de su rostro su culpabilidad.

—No sé qué es lo que me ha pasado —prosiguió Austin, poniéndose tambaleante en pie—. Cuando estaba lavando el coche sentí una cosa rara. Creo recordar que me caí junto al estribo, pero juraría que no dejé abiertas las espitas de los engrasadores.

Tuvimos que explicar al atónito Austin lo que le había ocurrido a él y a todo el mundo. También se le explicó el misterio de que los engrasadores estuviesen abiertos. Nos escuchó con expresión de profundo recelo cuando le contamos que un aficionado había conducido su automóvil; pero su recelo se trocó en vivo interés al oír relatadas en pocas frases nuestras aventuras en un Londres dormido. Recuerdo el comentario que hizo al terminar la narración.

—¿Pasaron ustedes junto al Banco de Inglaterra, señor?

—Sí, Austin.

—¿Con todos los millones que tenía dentro y estando todo el mundo dormido?

—Así es.

—¡Lástima de no haber ido con ustedes! —gimió, y se puso otra vez a lavar el coche con expresión de abatimiento.

De pronto rechinaron unas ruedas sobre la gravilla. El viejo coche se había detenido delante de la puerta de Challenger. Vi cómo el joven ocupante del vehículo saltaba al exterior. Un instante después, la doncella, que estaba tan despeinada y despistada como si en aquel instante se hubiese despertado del sueño más profundo, se presentó con una tarjeta en una bandeja. Al leerla Challenger dio un feroz bufido, y pareció que sus cabellos negros se erizaban de ira.

—¡Un periodista! —refunfuñó; pero luego con una sonrisa de excusa dijo—: Después de todo, es natural que todo el mundo tenga prisa por saber lo que pienso de semejante acontecimiento.

—No puede ser cierto —dijo Summerlee—. Ese hombre se encontraba dentro de su coche en la carretera antes que sobreviniese la crisis.

Miré la tarjeta: «James Baxter, corresponsal en Londres del *New York Monitor*».

—¿Va a recibirlo? —pregunté a Challenger.

—Ni hablar.

—¡George, deberías ser más amable y atento con los demás! Lo que hemos pasado debería haberte enseñado algo.

Challenger movió su cabeza obstinada, a derecha e izquierda refunfuñando:

—¡Menuda raza venenosa! ¿No es cierto, Malone? ¡Es la peor casta de hombres que ha producido la civilización moderna, una herramienta propicia para los charlatanes y un estorbo para los hombres respetables! ¿Acaso tuvieron jamás una frase amable para mí?

—¿Y acaso tuvo usted jamás una frase amable para ellos? —le contesté—. ¡Ea!, señor, se trata de un extranjero que ha hecho un viaje para visitarlo. Estoy seguro de que no se mostrará descortés con él.

—Bien, bien —refunfuñó—; venga usted conmigo y encárguese de mantener la conversación. Protesto de antemano ante tan intolerable intromisión en mi vida privada.

Me siguió igual que un mastín irritado y agresivo, mascullando y refunfuñando entre dientes.

El joven y apuesto norteamericano sacó su cuaderno de notas y se zambulló instantáneamente en el tema, diciendo:

—Señor, he venido a visitarle porque a nuestros lectores de Norteamérica les agradaría muchísimo conocer más detalles acerca del peligro que, en opinión de usted, apremia de manera inminente a la humanidad.

—Que yo sepa, no hay en este momento ningún peligro que apremie de manera inminente a nadie —contestó con brusquedad Challenger.

—Me refería, señor, a la probabilidad de que el mundo pudiera sumergirse en una zona venenosa de éter.

—En este momento no preveo semejante peligro —dijo Challenger.

El periodista que cada vez daba muestras de mayor perplejidad, preguntó:

—Estoy hablando con el profesor Challenger, ¿no es cierto?

—En efecto, señor; así me llamo.

—Pues entonces no acabo de entender cómo puede usted decir que no existe semejante peligro. Me estoy refiriendo a una carta suya, publicada con su firma en el *Times* de esta mañana.

Ahora le tocó poner cara de sorpresa a Challenger.

—¿De esta mañana? —contestó—. Esta mañana no se ha publicado el *Times* en Londres.

—No me cabe duda alguna —dijo el norteamericano con ligero acento de reconvencción— que reconocerá usted que el *Times* de Londres es un periódico diario —sacó un número del bolsillo interior de su chaqueta—. Aquí tiene la carta a que me refiero.

Challenger glogloteó de risa y se frotó las manos, diciendo:

—Empiezo a comprender. ¿De modo que usted la ha leído esta mañana?

—Sí, señor.

—¿Y se puso inmediatamente en camino para celebrar una entrevista conmigo?

—En efecto.

—¿No ha notado usted nada de particular en su viaje desde Londres?

—Pues verá: si he de serle franco, he encontrado a la gente más alegre y en general más tratable que de costumbre. El mozo de equipajes se puso a contarme una historia muy curiosa, y eso no me ha ocurrido jamás en este país.

—¿Nada más?

—Pues no, señor; no recuerdo nada.

—Veamos: ¿a qué hora salió usted de la estación Victoria?

El norteamericano sonrió.

—Profesor, he venido aquí para hacerle algunas preguntas; pero al parecer se han invertido los papeles como en aquel acertijo de «¿quién pesca a quién, el negro al pez o el pez al negro?» Resulta que es usted el que lleva la iniciativa.

—Porque me interesa el asunto. ¿Recuerda usted la hora?

—Desde luego. Serían las doce y media.

—¿Y la llegada?

—Las dos y cuarto.

—¿Alquiló usted un coche?

—Sí.

—¿Qué distancia cree usted que hay desde la estación a mi casa?

—Según mis cálculos, cerca de las dos millas.

—¿Y qué tiempo cree usted que tardó en recorrerlas?

—Pues verá: quizá media hora, por culpa del caballo asmático que tiraba del coche.

—Según eso, deberían ser las tres.

—Sí, o tal vez un poco más.

—¿Quiere mirar?.

—¡Cómo! —exclamó—. Se le acabó la cuerda. Este caballo ha superado todas las marcas. Ahora que me fijo, el sol está ya muy bajo. Pues, la verdad, aquí hay algo que no comprendo.

—¿No recuerda si le ha ocurrido algo extraño cuando subían por la cuesta de la colina?

—Sí, creo recordar que me entró un gran sueño, y, ahora que lo pienso, recuerdo que quise decirle algo al cochero, sin conseguir que me hiciese caso. Supongo que sería por el calor; pero experimenté un instante de mareo. Nada más.

—Ahí tiene usted lo que piensa todo el género humano —me dijo Challenger—. Todos sintieron un momento de mareo. Nadie se ha percatado aún de lo ocurrido. Todos habrán reanudado sus interrumpidas ocupaciones de la misma manera que Austin ha seguido con su manguera y los jugadores de golf con el juego en que estaban enfrascados. Su director, Malone, seguirá publicando su periódico, y se quedará muy asombrado al encontrarse con que le falta un número. Sí, joven amigo —agregó, dirigiéndose esta vez al informador norteamericano con un súbito acceso de divertida simpatía—; tal vez le interese saber que el mundo ha atravesado una zona ponzoñosa que avanza en remolino por el océano del éter como una especie de corriente del golfo. Tenga también la amabilidad de tomar nota, por lo que pueda convenirle, de que hoy no es viernes, veintisiete de agosto, sino sábado, veintiocho de agosto, y que usted ha permanecido sin sentido en el interior de su coche durante veintiocho horas en la cuesta de la colina de Rotherfield.

Y, sin más, voy a concluir esta narración, que no es, como probablemente lo habrán ustedes advertido, sino una versión más completa y más detallada del relato que se publicó en la edición del lunes de la *Gaceta Diaria*, un relato reconocido

universalmente como el éxito más grande del periodismo de todos los tiempos, que hizo que se vendiesen no menos de tres millones y medio de ejemplares de aquel número. En mi despacho, dentro de un marco, tengo colgado en la pared aquel magnífico titular:

Durante veintiocho horas el mundo ha estado en coma

#### UN SUCESO SIN PRECEDENTES

*Challenger tenía razón. —Nuestro informador se salva—. Emocionante relato.— La habitación oxigenada.— Fantástica excursión en automóvil.— Londres, muerto.— Sustitución de la página que falta. Enormes incendios y pérdidas de vidas  
¿SE REPETIRÁ?*

Bajo aquel magnífico encabezamiento venían nueve columnas y media de texto con el primero, último y único de los relatos de la historia de nuestro planeta durante un día largo de su existencia, hasta donde un modesto observador fue capaz de anotarlo. Challenger y Summerlee han escrito sobre el tema y en colaboración una monografía científica; pero solo yo pude escribir un relato periodístico. Desde luego, podría entonar el *nunc dimittis*. Después de aquello, cualquier otra noticia parece vulgar y sin interés en la carrera de un periodista.

Sin embargo, no quiero terminar con sensacionalismos ni simples notas de un éxito personal. Prefiero copiar los sonoros párrafos con que el más importante de los diarios cerraba su admirable artículo editorial sobre lo ocurrido, un artículo que todo hombre razonable haría bien en archivar para consultarlo. Decía el *Times*:

«Perogrullada de la que se ha abusado mucho es la afirmación de que el género humano es muy poca cosa frente a las fuerzas del cosmos que nos rodea. Desde los antiguos profetas y hasta los filósofos contemporáneos nos ha llegado siempre ese idéntico mensaje, tal afirmación acabó perdiendo algo de su actualidad y convicción. Hacía falta una lección, un hecho tangible, para que todos nos convenciésemos. Acabamos de salir de una prueba de esa clase, saludable, pero terrible. Nuestras mentes no han vuelto del todo en sí por lo súbito del golpe, y nuestros ánimos se encuentran más templados después de haber comprobado nuestras limitaciones y nuestra impotencia. El mundo ha pagado un precio espantoso por esa lección. Todavía no poseemos el relato completo de la catástrofe, pero los incendios que han destruido Nueva York, Orleáns y Brighton constituyen por sí mismos una de las tragedias más grandes de la historia de la Humanidad. Cuando hayamos terminado de contar los accidentes de ferrocarril y de navegación, obtendremos lectura dolorosa, aunque existen pruebas de que, en la mayoría de los casos, los conductores de trenes y los maquinistas de vapores lograron apagar la fuerza motriz antes de caer víctimas del tóxico. Pero, por grandes que hayan sido los daños materiales, tanto en vidas como en riqueza, no es lo que constituye en el día de hoy la máxima preocupación de nuestros espíritus. Con el tiempo se olvidará todo eso. Lo que no se olvidará y lo que seguirá, o deberá seguir, obsesionando nuestras imaginaciones, es esta revelación de las posibilidades del Universo; esta destrucción de nuestra satisfecha ignorancia; esta demostración de lo angosta que es la senda de nuestra existencia material y de los abismos que se abren a su alrededor. La solemnidad y la humildad forman en el día de hoy la base de nuestras emociones. ¡Ojalá sean esos los fundamentos sobre los que una Humanidad más seria y reverente construya otro templo más digno!».

# EL DÍA QUE LA TIERRA AULLÓ





Recuerdo haber oído mencionar a mi amigo Edward Malone al profesor Challenger, con quien había tomado parte en varias empresas arriesgadas. Sin embargo, me encuentro tan atareado y está mi casa tan recargada de pedidos, que apenas si sé algo de lo que pasa en el mundo fuera del círculo de mis ocupaciones. Recuerdo, en términos generales, que se me hablaba de Challenger como un hombre de temperamento intransigente y de carácter intolerante y violento. Me sorprendió, pues, muchísimo recibir una carta de negocios de dicho caballero redactada en los siguientes términos:

«13 bis, Enmore Gardens.  
Kensington.

«Muy señor mío: Precisando contratar los servicios de un técnico en apertura de pozos artesianos. No quiero ocultarle que la opinión que tengo sobre los técnicos no es muy elevada, pues he podido comprobar, por lo general, que los hombres que, como yo, están dotados de una mente bien equilibrada son capaces de tener sobre los problemas un criterio más sólido y más amplio que los especialistas en una materia (que, por desgracia, hacen de ella una simple profesión) y por ello de visión más estrecha. Sin embargo, estoy dispuesto a darle una oportunidad. Repasando la lista de los técnicos en pozos artesianos, me llamó la atención un detalle extraño, estaba por decir absurdo, el nombre y apellido de usted. Después supe que mi joven amigo, míster Malone, es también amigo suyo. Le escribo, pues, para comunicarle que me agradaría celebrar una entrevista con usted, y que si usted reúne los requisitos que yo exijo, y soy bastante exigente, quizás me animase a encargarle un asunto de gran importancia. Por el momento solo puedo adelantarle que se trata de algo sumamente secreto, que solo puede ser tratado personalmente. Por ello le ruego, que anule inmediatamente cualquier compromiso que tenga, y venga a visitarme a la dirección anteriormente indicada el viernes, a las 10,30 de la mañana. En la puerta hay un quitabarros y una esterilla, y mi señora en esto es muy exigente.

»Quedo, señor, de Vd. afmo.,

*George Edward Challenger.»*

Entregué la carta a mi primer escribiente para que la contestase, y este lo hizo comunicándole que míster Peerles Jones acudiría gustoso a la cita que le daba. Era una contestación perfectamente correcta, pero que empezaba con esa frase: «Recibí su carta (sin fecha),» lo que provocó una segunda epístola del profesor:

«Señor —decía en una letra que parecía una cerca de alambre de espino—: observo que hace hincapié con desagrado en el insignificante detalle de que mi carta no estaba fechada. Me permito llamar su atención sobre el hecho de que, en recompensa a un esfuerzo monstruoso, nuestro Gobierno tiene la costumbre de estampillar con un matasellos redondo los sobres, lo que indica la fecha en que las cartas han sido echadas al correo. Si el que usted recibió no lo tenía o la fecha estaba ilegible, debe cursar su queja a las autoridades postales. Mientras tanto, le agradecería que limitase sus observaciones exclusivamente al asunto sobre el que yo le consulto, absteniéndose de comentar los detalles formales de mi correspondencia.»

Por aquel detalle comprendí al punto que tenía que habérmelas con un lunático; de modo, pues, que antes de seguir adelante, me pareció conveniente consultar a mi amigo Malone, que lo era desde los tiempos en que jugábamos al rugby con el equipo de Richmond. Seguía siendo el mismo irlandés simpático de siempre, y le divertió mucho aquella mi primera escaramuza con Challenger.

—No le des importancia, muchacho —me dijo—. A los cinco minutos de conversación con el profesor tendrás la sensación de que lo han desollado vivo. No hay en el mundo persona más desagradable.

—¿Y por qué le aguanta la gente?

—No le aguantan. Si hicieses un recuento de todos los pleitos que le han puesto por libelo y de todas las peleas y juicios de faltas por agresión...

—¡Agresión!

—Verás. Al profesor le importaría un rábano echarte por las escaleras si llegáis a diferir sobre algún tema. Es un hombre de las cavernas vestido de chaqué. Yo me lo imagino con una maza en la mano y un trozo de pedernal mellado en la otra. Hay gentes que han nacido un siglo después del que les correspondía; pero Challenger ha nacido con un retraso de milenios. Pertenece a la época neolítica.

—¡Y es todo un profesor!

—¡Ahí está lo asombroso! Es el cerebro más privilegiado de Europa, y detrás de ese cerebro hay una energía capaz de convertir en realidad todos sus sueños. Hacen todo cuanto es posible por frenarlo, porque sus colegas le temen como a la peste; pero es como si unos cuantos barquitos de pesca tratasen de detener al *Berengaria* en marcha. No se da por enterado, y sigue navegando a todo vapor.

—Bien —le contesté—. De todo eso deduzco una cosa: que no quiero tratos con él. Anularé la cita.

—No hagas tal cosa. Irás a verle en el minuto exacto..., fíjate bien, en el minuto exacto, porque si te adelantas o llegas con retraso tendrás que oírle.

—¿Y por qué he de ir?

—Voy a explicártelo. En primer lugar, no tomes demasiado en serio lo que acabo de decirte acerca del buen Challenger. Todos cuantos intiman con él acaban queriéndole. La verdad es que el viejo oso no ofrece peligro. Todavía recuerdo cómo llevó a cuestas a un bebé indio atacado de viruelas en un trayecto de cien millas, desde el fondo de las selvas hasta las orillas del río Madeira. Es grande en todo. Si lo abordas de una manera correcta, no te importunará.

—No pienso darle esa oportunidad.

—Pues cometerás una tontería. ¿Has oído hablar alguna vez del misterioso pozo que está excavando al Sur en Hengist Down?

—Tengo entendido que se trata de unas prospecciones secretas en busca de minas de carbón.

Malone me guiñó un ojo.

—Bien, puedes creer lo que plazca, pero yo estoy en el secreto del viejo, aunque no puedo decir una palabra hasta que él lo autorice. Puedo, sí, decirte algo que apareció ya en la Prensa. Cierta señor Betterton, que hizo su fortuna con el caucho, dejó a Challenger hace algunos años todo cuanto poseía, con la condición de que debía emplear la herencia en interés de la ciencia. Se trataba de una suma enorme, varios millones. Challenger entonces compró una finca en Hengist Down, Sussex. Se

trata de tierras sin valor en el extremo norte de la región del yeso, y adquirió una gran extensión y la cercó. En el centro de esos terrenos había una gran hondonada, y allí fue donde Challenger empezó a realizar una excavación. Anunció —y al decir esto, Malone me hizo otro guiño— que en Inglaterra había petróleo y que él iba a demostrarlo. Construyó una pequeña aldea modelo en la que estableció una colonia reducida de trabajadores bien pagados, a los que obligó a jurar que no dirían una palabra. La hondonada tiene también una alambrada, además de la general que cerca la propiedad, y está guardada por sabuesos. Varios reporteros han estado a punto de perder la vida, y perdieron desde luego los fondillos de sus pantalones, atacados por los perros. Es una empresa magna, que corre a cargo de la firma de *Sir Thomas Morden*, pero también estos señores se han comprometido a guardar el secreto. Parece evidente que ha llegado la hora de que entren a colaborar los especialistas en pozos artesianos. No me digas que no es una tontería no aceptar un trabajo como ese, interesante, aleccionador, y acompañado de un cheque de muchas cifras como recompensa. Y además doy por sentado que tendrás la ocasión de conocer al hombre más asombroso de cuantos has conocido en tu vida.

Las razones de Malone me convencieron y el viernes por la mañana marché camino de Enmore Gardens. Puse especial cuidado en no llegar con retraso y veinte minutos antes de la hora señalada me encontraba ya delante de la casa. Me quedé esperando en la calle, cuando de pronto me fijé en un Rolls-Royce con una flecha de plata por mascota que había delante de la puerta. Creí reconocerlo. Era, sin duda, el de Jack Devonshire, el joven socio de la gran razón social Morden. Yo sabía por experiencia que era una persona muy educada y mejor hablada. Por eso me chocó vivamente verle salir de la casa de una manera brusca, y, una vez fuera, alzar las manos al cielo y exclamar con exaltación: «¡Maldito sea! ¡Maldito sea!»

—¿Qué le ocurre, Jack? Parece usted malhumorado esta mañana.

—¡Hola, Peerles! ¿También está usted metido en este negocio?

—Es posible que llegue a estarlo.

—Es como para sacar de quicio a cualquiera.

—A usted, por lo visto ya le ha sacado.

—Pues claro que sí. Figúrese que el mayordomo me ha comunicado este mensaje: «El profesor desea que le diga que se encuentra en este momento bastante atareado comiendo un huevo, y que si vuelve usted a otra hora más oportuna es muy probable que lo reciba.» Imagínese que yo vengo a cobrar cuarenta y dos mil libras que nos debe.

Solté un silbido.

—¿Y no lo consigue usted?

—No se trata de eso, porque nos paga muy bien. He de hacer justicia al gorila ese diciéndole que es muy generoso en cuestiones monetarias. Pero paga cuando quiere y como quiere, sin que le importe nada. De todos modos, pruebe usted fortuna y a ver qué tal le sale.

Se metió en su auto alejándose sin más.

Mirando de cuando en cuando el reloj, esperé a que llegase la hora cero. Aunque bien puedo decir que soy un individuo bastante fuerte y que he competido en los pesos medios del Club de Boxeo de Belsize, jamás había esperado una entrevista con tanta emoción como aquella. No es que me preocupase el temor de una agresión física, porque confiaba en que sabría defenderme si aquel lunático me agredía; mi emoción era una mezcla de miedo a un escándalo público y de temor a perder un contrato lucrativo. Pero todo resulta más fácil cuando deja de trabajar la imaginación y empieza la acción. Cerré mi reloj y me dirigí a la puerta. Me abrió un viejo mayordomo de cara tallada en madera, un hombre cuya expresión, o falta de expresión, me hizo pensar que estaba curado de espantos y que nada en el mundo sería capaz de sorprenderle ya.

—¿Tiene cita el señor?— me preguntó.

—Naturalmente.

Miró una lista que tenía en la mano.

—¿Su nombre, señor?... Sí, desde luego, míster Peerles Jones... A las diez y treinta. Perfectamente. Hemos de tomar precauciones, míster Jones, los periodistas no nos dejan en paz. Ya sabrá usted que el profesor no quiere trato alguno con la prensa. Por aquí, señor. El profesor Challenger está preparado para las visitas.

Instantes después me vi en su presencia. Mi amigo, Ted Malone, ha descrito al hombre en su historia de *El mundo perdido* mucho mejor de lo que yo sabría hacerlo, de modo, pues, que a ella me remito. Todo lo que percibí fue un enorme busto detrás de una mesa de caoba, con unas grandes barbas negras de forma de azada y dos grandes ojos grises medio cubiertos por unos párpados insolentes, entornados. Su cabezota estaba algo echada hacia atrás, sus barbazas erizadas hacia adelante y todo su aspecto en conjunto producía una impresión de arrogante intransigencia. Era como un cartel que dijese: «¿Qué diablos quiere usted?» Dejé mi tarjeta encima de la mesa.

—¡Ah, sí! —exclamó, recogiendo la tarjeta y manipulándola como si le desagradase el olor de la misma—. De modo que usted es Míster Jones..., Míster Peerles<sup>[2]</sup> Jones. Agradezca a su padrino la ocurrencia pues ese divertido nombre de pila llamó mi atención hacia usted.

—Profesor Challenger, he venido a tratar de negocios y no a discutir acerca de mi nombre de pila —le dije con toda la dignidad de que fui capaz.

—Vaya, vaya, míster Jones, parece que es usted persona muy susceptible. Hay que andarse con cautela al tratar con usted, míster Jones. Por favor, siéntese y cálmese. He leído un folleto acerca de la posibilidad de cultivar la península del Sinaí. ¿Lo escribió usted?

—¡Naturalmente, puesto que yo lo firmo!

—Muy bien, muy bien, aunque no siempre ocurra eso, ¿verdad? Pero acepto sin más su afirmación. No carece de ciertos méritos su obra. Bajo la pesadez del estilo, brillan aquí y allá algunas ideas. Sí, no faltan gérmenes de ideas de cuando en

cuando. ¿Es usted casado?

—No, señor.

—En tal caso, ya existe cierta posibilidad de que guarde usted un secreto.

—Si yo prometiese guardarlo, lo guardaría sin ningún género de dudas.

—Eso dice usted. Malone, mi joven amigo —hablaba de Ted como si este fuese un chico de diez años—, tiene buen concepto de usted. Asegura que puedo confiar en usted. Pero aquí se trata de algo de importancia extraordinaria, porque estoy metido en uno de los más trascendentales experimentos de la Humanidad. Quizás el más grande experimento de todas las épocas. Le pido que participe en ese secreto.

—Será para mí un honor.

—Lo es, desde luego. Reconozco que no habría dado participación en mis trabajos a nadie, a no ser porque la índole gigantesca de la empresa requiere el concurso de la más elevada capacidad técnica. Obtenida, pues, su promesa de secreto inviolable, paso al asunto en cuestión: la Tierra en que vivimos es en sí un organismo viviente, dotado, según creo, de circulación, respiración y sistema nervioso propio.

Evidentemente, me hallaba ante un lunático.

—Observo que su cerebro no responde —prosiguió—, pero poco a poco irá aceptando la idea. Fíjese en cómo un margal o un brezal sugieren la idea del lomo velludo de un animal gigantesco. Existe de un extremo a otro de la naturaleza cierta analogía. Piense usted en los alzamientos y descensos de la Tierra, que son indicio de la lenta respiración del ser en cuestión. Por último, observe los estremecimientos y arañosos que a nuestros sentidos liliputienses les parecen terremotos y convulsiones.

—¿Y qué me dice de los volcanes? —pregunté.

—¡Pues sí! Que corresponden a los brotes de fiebre de nuestros cuerpos.

El cerebro me daba vueltas tratando de encontrar alguna respuesta a tan estrafalarias afirmaciones.

—¡La temperatura! —exclamé—. Pero ¿no es cierto que sube rápidamente a medida que se profundiza en el interior de la Tierra, y que el centro de la misma es de fuego líquido?

Hizo a un lado mi afirmación con un vaivén de la mano.

—Posiblemente sepa usted que la Tierra está achatada por los polos. Eso se enseña en las escuelas primarias y hoy en día es obligatoria la asistencia a las mismas. Eso significa que el polo está más cerca del centro de cualquier otro punto del globo, ¿verdad?

—Todo ello es completamente nuevo para mí.

—Claro que lo es. Constituye el privilegio de los pensadores originales el exponer ideas que resultan nuevas y que de ordinario son mal recibidas por la gente vulgar. Veamos, señor, ¿qué es esto?

Me mostró un objeto pequeño que había cogido de la mesa.

—Yo diría que es un erizo de mar.

—En efecto lo es, —exclamó con exagerada expresión de sorpresa, lo mismo que

un niño que ha hecho una habilidad—. Es un erizo de mar, un *echinus* corriente. La Naturaleza se repite en muchas formas, con independencia de tamaños. El erizo de mar es un modelo, un prototipo de nuestra Tierra. Fíjese en que es aproximadamente circular, pero achatado en los polos. Consideremos, pues, a la Tierra como a un inmenso *echinus*. ¿Qué tiene usted que objetar a eso?

Mi principal objeción era que todo aquello resultaba demasiado absurdo para ser discutido, pero no me atreví a decírselo. Rebusqué una idea menos terminante, y contesté:

—Un ser viviente necesita alimentarse. ¿Dónde iba a encontrar la Tierra para sustentar su inmenso cuerpo?

—Excelente observación, excelente —dijo el profesor con aires de inmensa condescendencia y superioridad—. Tiene usted visión rápida de lo evidente, aunque sea la comprensión lenta para implicaciones más sutiles. ¿De qué se alimenta la Tierra? Volvamos otra vez a nuestro amiguito el erizo de mar. El agua que lo rodea por todas partes fluye por los conductos tubulares de este animalito proporcionándole alimento.

—Según eso, cree usted que el agua...

—No, señor. El éter. La Tierra padece en un camino circular por los campos del espacio, y a medida que se mueve, el éter penetra en ella y la atraviesa alimentándola. Todo un rebaño de pequeños erizos de mar, Venus, Marte y demás planetas realizan la misma tarea. Cada cual tiene su campo donde pastar.

Aquel hombre estaba ciertamente loco, resultaba imposible discutir con él. Aceptó mi silencio como conformidad y me sonrió de la manera más generosa. Luego prosiguió:

—Veo que ya vamos comprendiendo. La luz empieza a penetrar en su cerebro. Al principio deslumbra, pero nos acostumbramos pronto a ella. Le ruego me preste atención mientras le hago un par de observaciones sobre este animalito que tengo en mi mano... Vamos a suponer que en este caparazón exterior duro se moviesen algunos insectos infinitamente pequeños. ¿Se daría cuenta el erizo de su existencia?

—Yo diría que no.

—Pues de idéntica manera podemos suponer que la Tierra no tiene la más remota idea de la forma como es utilizada por la raza humana. Es completamente ajena a la existencia de esta excrescencia de vegetación y de la evolución de estos minúsculos animaluchos que ha ido recogiendo sobre sí durante sus viajes alrededor del Sol, igual que un viejo bajel va reuniendo percebes en su casco. Así están las cosas en la actualidad, pero yo me propongo alterarlas.

Me lo quedé mirando atónito:

—¿Que se propone usted alterarlas?

—Me propongo conseguir que la Tierra se entere que existe por lo menos una persona, George Edward Challenger, que hay que tener en cuenta, mejor dijo, que reclama su atención. Hasta ahora jamás recibió una exigencia de esta clase.

—¿Y cómo piensa arreglárselas, para conseguirlo?

—Ahí es donde entramos en cuestión. Ha tocado usted el meollo. Quiero llamar nuevamente su atención hacia este interesante animalito que tengo en mi mano. Bajo su caparazón protector, es todo nervios y sensibilidad. ¿No resulta evidente que si un minúsculo parásito quisiese llamar la atención del *echinus* abriría un agujero en el caparazón para poder así estimular su aparato sensorial?

—Evidentemente.

—Le daré otro ejemplo: el de la pulga o el mosquito que exploran la superficie del cuerpo humano. Quizás no advertimos su presencia. De pronto hunden su trompa en nuestra piel, que es nuestro caparazón, y nos recuerdan de manera desagradable que no estamos completamente solos. Seguramente ya empieza a intuir usted mis proyectos. La luz penetra en la oscuridad.

—¡Válgame Dios! ¿Es que se propone usted atravesar la corteza terrestre con un pozo?

Cerró los ojos con inefable complacencia y dijo:

—Tiene usted delante al hombre que será el primero en agujerear esa piel córnea. Incluso podría hablar en pasado y decir que la atravesó.

—¡Que ha hecho usted eso!

—Gracias a la eficaz ayuda de Morden y Compañía, creo que puedo decir que la he atravesado. Varios años de trabajo sin interrupción, llevado a cabo mediante el empleo de todas las herramientas conocidas para taladrar, barrenar, y de toda clase de explosivos, nos han conducido por último a nuestra meta.

—¡No irá usted a decirme que ha perforado la corteza terrestre de parte a parte!

—Si esas palabras denotan asombro, las admito. Si denotan incredulidad...

—En modo alguno, señor.

—Acepte mi afirmación sin más: hemos atravesado la corteza terrestre. Tenía exactamente un espesor de catorce mil cuatrocientas cuarenta y dos yardas, es decir, ocho millas aproximadamente. Quizás le interese saber que durante el transcurso de nuestras perforaciones hemos descubierto gran cantidad de capas carboníferas, que es posible que a la larga amorticen el coste de la empresa. La dificultad principal con que hemos tropezado fueron los manantiales de agua en las margas inferiores y en las arenas de Hastings, pero las hemos vencido. Hemos llegado ya a la última etapa, y esta última etapa es nada más ni nada menos que míster Peerles Jones. Usted, señor, hará el papel de mosquito y su perforadora artesiana hará el papel de aguijón. El cerebro ha cumplido su tarea. El pensador hace mutis por el foro. Entra el mecánico, el *Sin par*, con su mecha metálica. ¿Hablo con suficiente claridad?

—¡Habla usted de ocho millas! —exclamé—. ¿Sabe usted que las perforaciones artesianas hasta la fecha solo han podido alcanzar el límite de cinco mil pies? Sin tomar en cuenta la perforación realizada en la Alta Silesia, que está considerada como una maravilla.

—No ha interpretado bien mis palabras, míster Jones. O mi explicación no ha

sido apropiada, o su cerebro ha fallado; no quiero insistir en si ha sido lo uno o lo otro. Sé muy bien hasta dónde se puede llegar en cuestión de pozos artesianos, y no es probable que yo me hubiese gastado millones de libras en mi túnel colosal si me hubiese bastado con un agujero de seis pulgadas. Lo único que yo le pido es que tenga preparado un taladro lo más puntiagudo posible, de una longitud no superior a cien pies, y movido por un motor eléctrico. Un taladro ordinario de percusión accionado por un peso no sería suficiente para lo que necesitamos.

—¿Y por qué ha de estar movido por un motor eléctrico?

—Míster Jones, estoy aquí para dar órdenes, no para dar explicaciones. Quizás ocurra antes que terminemos la obra, digo que *quizás* que su vida misma dependa de que el taladro esté accionado a distancia por medio de la electricidad. Me imagino que puede hacerse, ¿no es cierto?

—Naturalmente.

—Entonces, dispóngalo todo. Todavía no ha llegado el momento de que usted haga acto de presencia allí, pero desde ahora mismo puede realizar sus preparativos. No tengo nada más que añadir.

—Pero necesito —le dije en tono de reconvención— que me informe usted qué clase de suelo he de perforar. Hay que utilizar distintos taladros según se haya de perforar arena, arcilla o greda.

—Vamos a suponer que tenga que perforar gelatina —contestó Challenger—. Sí, vamos a suponer por ahora que tenga usted que taladrar gelatina. Y ahora, míster Jones, como hay temas de importancia que requieren mi atención le doy los muy buenos días. Puede usted preparar una fórmula de contrato estipulando lo que cobrará, y entregárselo a mi administrador.

Me dispuse a dejar la sala, pero antes de llegar a la puerta mi curiosidad pudo más que yo. El profesor estaba ya dándole furiosamente a la pluma, que chirriaba sobre el papel, y alzó la cara, irritado por mi interrupción.

—¿Qué pasa? Creí que ya se había ido.

—Únicamente deseo preguntarle, cuál puede ser la finalidad del experimento tan singular.

—¡Largo, señor, largo de aquí! —exclamó furioso—. Levante su mente por encima de las bajas necesidades mercantiles y utilitarias del comercio. Erradique de sí las miserables normas del negociante. La ciencia persigue el conocimiento. Nos lleve a donde nos lleve, nosotros hemos de ir en su busca. El saber de una vez para siempre lo que somos, por qué existimos y dónde nos encontramos, ¿no constituye en sí misma la más grande de todas las aspiraciones humanas? ¡Largo de aquí, señor, largo de aquí!

Su enorme cabeza se había inclinado otra vez sobre los papeles, confundiéndose con sus barbas. La pluma de ave rechinaba todavía con mayor fuerza. Me alejé, pues, de aquel hombre extraordinario. Mi cabeza se había convertido en un torbellino al pensar en el sorprendente negocio en que yo me veía asociado.



Al regresar a mis oficinas me encontré con Ted Malone que me estaba esperando para saber el resultado de mi entrevista. Su cara dibujó una ancha sonrisa, y me gritó:

—¿Qué? ¿Sin contratiempos? ¿Ni agresión ni golpes? Habrás actuado con un tacto extraordinario. ¿Qué opinas del querido viejo?

—Es el hombre más exasperante, insolente, intolerante y terco de cuantos he conocido en mi vida, pero...

—¡Exactamente! —exclamó Malone—. Todos acabamos con ese *pero*. Sí, señor, él es todo eso que dices y mucho más, pero todos comprendemos que a un hombre tan gigantesco no se le puede medir con nuestras reglas habituales, y que podemos aguantarle lo que no aguantaríamos a ningún otro ser viviente. ¿No es así?

—Aún no le conozco bastante para afirmar eso, pero confieso que si no se trata simplemente de un fanfarrón megalómano y si lo que dice es cierto, es un hombre al que es preciso colocar aparte de los demás. Pero ¿es cierto?

—¡Claro que es cierto! Challenger es hombre que demuestra lo que dice. Veamos ahora exactamente lo que sabes. ¿Te ha contado lo de Hengist Down?

—En líneas generales, sí.

—Bueno, créeme si te digo que se trata de una empresa colosal; colosal en su concepción y colosal en su ejecución. Odia a los periodistas, pero a mí me hace sus confidencias porque sabe que yo no publico sino lo que él me autoriza a publicar. Por esta razón estoy al corriente de sus proyectos, o por lo menos de algunos, porque es un pajarraco tan reservado que con él no se está nunca seguro de haber llegado al fondo. De todos modos, estoy en condiciones de darte la seguridad de que lo de Hengist Down es un proyecto real a punto de concluirse. Mi consejo es que aguardes acontecimientos y prepares mientras tanto tus taladros. O él o yo te traeremos noticias bien pronto.

Fue de Malone mismo de quien las recibí. Pocas semanas después pasó por mis oficinas, trayéndome un mensaje.

—Vengo de casa de Challenger —me dijo.

—Pareces el pez piloto de un tiburón.

—Me siento orgulloso de servirle en cualquier cosa. Ese hombre es un prodigio. Lo ha hecho todo perfectamente. Ahora te toca a ti, y acto seguido, él levantará el telón.

—Mientras no lo vea no lo creo, pero por mi parte lo tengo todo dispuesto y cargado en un camión, para ponerme en camino sin perder un instante.

—Hazlo pues. Le he hablado de ti como de un hombre de carácter formidable en cuanto se refiere a energía y puntualidad, de modo, que no me hagas quedar mal. Mientras tanto, saldremos por tren y te iré dando una idea de lo que es preciso realizar.

Era una encantadora mañana de primavera el día 22 de mayo, para ser exacto, cuando hicimos el viaje trascendental que me condujo a un escenario que está llamado a ser histórico. Malone me entregó en el camino una carta de Challenger que

yo debía considerar como sus instrucciones.

«Muy señor mío: A su llegada a Hengist Down se pondrá usted a las órdenes de míster Barforth, ingeniero jefe, que conoce mis proyectos. El joven amigo Malone, portador de la presente, se encuentra también en contacto conmigo. Hemos experimentado ya ciertos fenómenos en el pozo, desde los catorce mil pies de profundidad para abajo, que corroboran plenamente mis puntos de vista sobre la naturaleza del cuerpo planetario, pero se necesitará alguna prueba más sensacional antes que yo pueda confiar en despertar la amodorrada inteligencia del mundo científico moderno. Esa prueba es usted quien está destinado a proporcionárnosla. Conforme vaya usted descendiendo en los ascensores observará, dando por sentado que usted goza de la rara facultad de observación, que va cruzando sucesivamente estratos secundarios de greda, capas del carbón, algunas indicaciones del devoniano y del cambrio, y, por último, el granito, por el que nuestro túnel atraviesa en su mayor longitud. El fondo del pozo está actualmente cubierto de lona alquitranada, que usted se abstendrá de tocar, porque cualquier manipulación torpe en la cutícula interior de la Tierra podría producir resultados imprevisibles. A veinte pies de altura del fondo se han colocado dos fuertes vigas que cruzan el pozo y que están destinadas a actuar de estribo de sujeción de su taladro. Serán suficientes cincuenta pies de barrena, y veinte de ellos se proyectarán por debajo de las vigas, de modo que la punta de la barrena llegue casi hasta la lona embreada. Si en algo estima usted su vida, cuide de que no descienda más. Entonces quedarán otros treinta pies por encima de las vigas, y podemos dar por hecho que, cuando usted deje en libertad la barrena, no menos de cuarenta pies de esta se hundirán en la sustancia de la Tierra. Como se trata de un cuerpo muy blando, no creo que necesite usted fuerza taladradora y que será suficiente con soltar la barrena para que esta penetre por su propio peso en la capa que hemos dejado al descubierto. Creo que estas instrucciones son suficientes, pero estoy seguro de que necesitará usted más, puede solicitármelas por intermedio de mi joven amigo Malone.

*George Edward Challenger.»*

Resulta comprensible que al llegar a la estación de Storrington, me encontrase en un estado de gran excitación. Un destartalado Vauxhall, de treinta caballos, con señales de mucho uso, nos estaba esperando, y nos condujo dando saltos a lo largo de seis o siete millas por senderos y caminos que, a pesar de su aislamiento, estaban marcados por huellas profundas y mostraban todos los síntomas de un tráfico intenso y pesado. Un camión destrozado y volcado sobre la hierba nos recordó que alguien más había realizado un trayecto tan duro como el nuestro. Una pieza enorme de maquinaria, que parecían ser las válvulas y el pistón de una bomba hidráulica, sobresalía, completamente oxidada, de entre las matas de aliagas.

—Eso es cosa de Challenger —dijo Malone con sonrisa maliciosa—. Dijo que tenía un décimo de pulgada más de lo calculado, y ahí la dejó abandonada al margen de camino.

—Lo que le acarrearé un pleito, sin duda alguna.

—¡Un pleito! Amigo mío, debería haber un tribunal para nosotros solos. Tenemos material como para que no descansa un juez en un año. Y lo mismo digo de un Gobierno. Al condenado Challenger le importan todos un rábano. La Corona contra George Challenger y George Challenger contra la Corona. ¡Bonita danza infernal les espera a los dos, de tribunal en tribunal! Bueno, ya hemos llegado. ¡Hola, Jenkins! Puedes dejarnos pasar.

Un individuo corpulento, de curiosas orejas en forma de coliflor, miraba hacia el interior del coche con expresión de recelo. Al reconocer a Malone se tranquilizó y nos saludó.

—Perfectamente, míster Malone. Pensé que se trataba del de la agencia norteamericana Associated Press.

—¡Vaya! De modo que ya andan tras la pista.

—Ellos hoy y el *Times* ayer. ¡Vaya si están zascandileando por estos alrededores! Fíjense allí —nos señaló un punto negro sobre el horizonte lejano—. ¿Ve aquel brillo? Es el telescopio del *Daily News*, de Chicago. Sí, se han propuesto averiguar. Los he visto en filas, como si fuesen cuervos, hacia la torre del faro.

—¡Pobre pandilla de plumíferos! —exclamó Malone cuando cruzábamos el umbral de una puerta abierta en una formidable cerca de alambre de espino—. Yo, que lo soy, sé el mal rato que se pasa.

En aquel mismo instante escuchamos a nuestras espaldas un quejumbroso balido de «¡Malone! ¡Ted Malone!» Lo lanzaba un hombrecito rechoncho que acababa de llegar en una motocicleta y estaba forcejeando por desasirse de la zarpa hercúlea del guarda de la puerta.

—¡Ea, suélteme! —Farfullaba—. ¡Fuera manos! Malone, diga a este gorila que me suelte.

—Suéltelo, Jenkins. Es amigo mío —le gritó Malone—. ¿Qué ocurre? ¿Qué andas haciendo por aquí? Tú eres un gasta-aceras de Fleet Street. No tienes nada que hacer en las soledades de Sussex.

—Demasiado sabes a qué vengo —contestó el visitante—. Me han mandado que escriba un reportaje de lo que ocurre en Hengist Down, y no puedo volver al periódico sin una crónica.

—Lo siento, Roy; pero aquí no vas a sacar nada. Tendrás que quedarte afuera de la alambrada. Si quieres más detalles, vete a ver al profesor Challenger y que él mismo te dé permiso para entrar.

—Ya fui a verle esta mañana —contestó con acento lastimero el periodista.

—¿Y qué te dijo?

—Que me iba a tirar por la ventana.

—¿Y qué le contestaste?

—Le dije: «¿Es que no se abre la puerta?» Y para demostrarle que la puerta funcionaba, me escabullí por ella. No era cosa de entretenerme en discusiones. Me largué sin más. La verdad, Malone, me parece que andas en malas compañías; en Londres aquel torazo de barbas asirias, y aquí, este *thug* estrangulador que me ha echado a perder las películas que traía preparadas.

—No puedo ayudarte, Roy, créeme. En Fleet Street tienes fama de no haber fracasado nunca, pero esta vez sí que fracasará. Vuelve a tu redacción y espera unos días, yo te daré las noticias en cuanto el viejo lo permita.

—¿De modo que no hay forma de entrar?

—Ni pensarlo.

—¿Ni por dinero?

—Me extraña que tú lo preguntes.

—Aseguran que es el atajo para Nueva Zelanda.

—Será el atajo para el hospital si te empeñas en entrar, Roy. Bueno, adiós, nosotros tenemos mucho que hacer.

—Es Roy Perkins, corresponsal de guerra —dijo Malone mientras cruzábamos por la parte habitada de la finca—. Hemos acabado con la marca de invencible que ostentaba. Con su carita regordeta e inocente se abre paso en todas partes. Trabajamos un tiempo juntos en la misma Redacción. Mira —me dijo, señalándome un grupo de alegres casitas de rojos tejados—: ahí viven los hombres. Forman un grupo de obreros selectos, cobran salarios superiores a los corrientes. Deben ser solteros, abstemios y prestar juramento de guardar el secreto. No creo que hasta ahora se haya filtrado ninguna noticia. Aquel campo que ves allí es donde juegan a fútbol, y aquella casita aislada, su biblioteca y sala de recreo. Aquí está míster Barforth, el ingeniero jefe.

Un hombre alto, delgado, melancólico, de cara surcada por profundas arrugas de preocupación, había aparecido ante nosotros. Con voz lóbrega me dijo:

—Supongo que es usted el ingeniero de artesianos. Me anunciaron que vendría, celebro que haya llegado. La responsabilidad de todo esto me está alterando los nervios. No me importa decírselo. Perforamos y perforamos, y uno no sabe si va a brotar un surtidor de agua, un yacimiento de carbón, un chorro de petróleo o una lengua de fuego del infierno. Hasta ahora nos hemos salvado de esto último; pero, por lo que yo sé, quizás le toque a usted hacer la experiencia.

—¿Hace tanto calor ahí abajo?

—Sí, calor hace; eso no se puede negar. Sin embargo, quizás no más de lo que es de esperar, dada la presión y la carencia de espacio. Claro está que la ventilación es tremenda. Inyectamos el aire a presión hasta el fondo, pero los hombres solo pueden hacer dos turnos, por muy voluntariosos que sean. Ayer bajó el profesor y quedó muy complacido con todo. Podría usted acompañarnos a almorzar, después bajaremos para que lo vea por sí mismo.

Tras una comida frugal y precipitada, el gerente con gran asiduidad nos hizo la presentación de todo lo que encerraba su casa de máquinas y de toda la variada chatarra de desecho que había desperdigada sobre la hierba. A un lado vimos una enorme excavadora eléctrica Arrol, con la que se habían hecho rápidamente las primeras prospecciones. A su lado, una gran máquina que ponía en movimiento un cable continuo de acero con vagonetas que extraían sucesivamente los materiales arrancados desde el fondo del pozo. La casa de máquinas comprendía varias turbinas Escher Wyss, de gran potencia, que giraban a una velocidad de ciento cuarenta revoluciones por minuto y que accionaban unos acumuladores eléctricos de mil cuatrocientas libras de presión por pulgada cuadrada, en conexión con tuberías de tres pulgadas que penetraban en el interior del pozo y movían cuatro taladros de roca, del tipo Brandt, de broca hueca. Al lado de la casa de máquinas estaba la central eléctrica, que suministraba la corriente necesaria para una gran instalación, y junto a

la central, otro edificio para una turbina extra de doscientos caballos, destinada a accionar un aparato impulsor de aire, que lo enviaba por una tubería de doce pulgadas hasta el fondo del pozo. Todas aquellas maravillas me fueron mostradas por el orgulloso operador de las mismas, que recurrió a largas explicaciones técnicas y que estuvo a punto de aburrirme, como yo temo aburrir al lector. Pero se produjo una bienvenida interrupción cuando escuché el estrépito de ruedas y vi que llegaba mi camión Leyland, de tres toneladas, saltando y tropezando sobre el terreno cubierto de hierba. Traía mis herramientas y las secciones de tubería, en la cabina distinguí a mi capataz Peters y a un ayudante, muy tiznado y mugriento. Los dos hombres se pusieron en el acto a trabajar en la descarga del camión, almacenando bajo techado lo que traían. El gerente, Malone y yo los dejamos entregados a su trabajo y nos acercamos a la boca del pozo.

Todo aquello resultaba fantástico y de una magnitud mucho mayor de cuanto yo me había imaginado. Los vertederos del material extraído tenían la forma de herradura enorme que había alcanzado la elevación de una colina. En la concavidad de aquella herradura, compuesta de greda, arcilla, carbón y granito, se alzaba un erizamiento de columnas de hierro y de volantes, desde los que se accionaban las bombas y montacargas. Estaban en conexión con la casa de máquinas, edificio de ladrillo que cerraba la abertura de la herradura. Más allá se abría la boca del pozo, de unos treinta o cuarenta pies de diámetro, revestida y recubierta de ladrillo y cemento. Estiré el cuello y miré hacia las profundidades de aquel abismo tenebroso que me habían dicho que tenía ocho millas de profundidad, y sentí mareos al pensar lo que aquello significaba. El sol caía diagonalmente sobre el brocal, y solo pude distinguir algunos centenares de yardas de paredes de un blanco sucio de greda, revestidas aquí y allá de ladrillo en los lugares en que la superficie parecía menos estable. Sin embargo, mientras miraba, percibí allá, muy hondo, una minúscula mancha de luz, un simple puntito, que resaltaba claro y firme sobre el fondo negro.

—¿Qué es esa luz? —pregunté.

Malone se inclinó de la pared junto a mí, y me dijo:

—Es uno de los montacargas que sube. ¿Verdad que es maravilloso? Está todavía a una milla de distancia y esa débil lucecita es en realidad un arco voltaico de gran potencia. Solo tardará unos minutos en estar aquí.

En efecto, la cabecita de alfiler luminoso se fue dilatando y dilatando hasta que inundó el hueco del pozo con brillo tan plateado, que tuve que apartar los ojos del foco deslumbrante. Un instante después la jaula del ascensor se detuvo ruidosamente al nivel del descansillo, y cuatro hombres se arrastraron fuera de ella, marchando en dirección a la entrada.

—Casi agotados —dijo Malone—. No es cosa fácil el hacer un turno de dos horas a semejante profundidad. Ahí traen una parte de sus materiales. Creo que lo mejor que podemos hacer es bajar para que te hagas por ti mismo una idea de la situación.

Me condujo a un anexo junto a la casa de máquinas. Una serie de trajes

abombachados del más fino tusor colgaban de la pared. Siguiendo el ejemplo de Malone, me despojé de todas mis rojas y me vestí con uno de aquellos trajes, calzándome unas zapatillas de suela de caucho. Malone terminó de vestirse antes que yo y salió del vestuario. Un instante después escuché un barullo como de diez peleas de perros, salí corriendo y me encontré a mi amigo que rodaba por los suelos abrazado al obrero que estaba ayudando a descargar mi tubería artesiana. Malone trataba de arrancarle algo que el otro trataba de defender desesperadamente. Pero Malone era mucho más fuerte y le arrebató el objeto que el otro tenía aferrado; luego lo pateó hasta tenerlo reducido a pedazos. Solo entonces comprendí que se trataba de una cámara fotográfica. Mi obrero de la cara tiznada se alzó del suelo con aspecto dolorido, y dijo:

—¡Que el diablo te lleve, Ted Malone! Esa máquina me costó diez guineas.

—No ha habido más remedio, Roy. Te vi sacar la instantánea, no había otra opción.

—¿Y cómo diablos logró usted mezclarse con mi envío de materiales? —le pregunté con justa indignación.

Aquel tunante me hizo un guiño y se sonrió.

—Siempre hay modos y maneras. No culpe a su capataz. Creyó que se trataba de una broma. Cambié de ropas con el peón y me metí dentro.

—Y ahora será mejor que te vayas, Roy —dijo Malone—. Si estuviese aquí Challenger te habría soltado los perros. También yo me he visto en situaciones difíciles, por eso no quiero ser duro contigo; pero conste que yo estoy aquí de perro guardián y que, si llega el caso, no solo ladro, sino que también muerdo. ¡Ea, largo!

Y nuestro emprendedor visitante fue acompañado hasta fuera del cercado por dos trabajadores, que sonreían burlones. Y ahora comprenderá por fin el público la génesis de aquel maravilloso artículo de cuatro columnas que llevaba el encabezamiento de «Sueño loco de un hombre de ciencia», y el subtítulo de «Vía en línea recta hasta Australia», que apareció en el *Adviser* unos días después y que llevó a Challenger al borde de la apoplejía y al director del *Adviser* a la más desagradable y peligrosa entrevista de toda su vida. El artículo era un relato sumamente pintoresco y exagerado de la aventura de Roy Perkins, «nuestro experto corresponsal de guerra», y contenía frases tan rotundas como «el hirsuto bravucón de Enmore Gardens», «una finca guardada con alambre de espino, rufianes y sabuesos». Y por último: «Me apartaron a rastras de la boca del túnel angloaustraliano dos matones, el más salvaje de los cuales resultó ser un chafardero, al que yo conocía de vista como a uno de los gorriones de la profesión periodística, mientras que el otro, tipo siniestro vestido con indumentaria tropical, pretendía ser un ingeniero de pozos artesianos, aunque más bien parecía un tipo de Whitechapel.» Después de ponernos fuera de combate de ese modo, el bribón pasaba a describir con gran detalle los raíles que llegaban a la boca del pozo y una excavación en zigzag por la que los trenes funiculares se hundirían en las entrañas de la Tierra. El único inconveniente de orden práctico que el artículo

produjo fue el de que aumentase notablemente el cúmulo de ociosos que esperaban los acontecimientos sentados en South Downs. Pero cuando se produjeron hubiesen preferido encontrarse en cualquier parte menos allí.

Mi capataz, con su fingido peón, había dejado esparcidos por el suelo todos mis aparatos de trabajo: barrenas, rodillos, peso, caja de timbres, etcétera; pero Malone insistió en que no nos preocupásemos por ellos y bajásemos hasta el nivel más profundo del pozo. Entramos, pues, en la jaula del montacargas, que era de rejilla de acero, y, acompañados por el ingeniero jefe, nos hundimos en las entrañas de la Tierra. Había una serie de ascensores automáticos, cada uno con su estación propia excavada a un lado de la caja del pozo. Funcionaban a gran velocidad, produciendo más bien la sensación de un ferrocarril vertical que la de hundimiento consciente que solemos asociar con los ascensores ingleses.

Como la jaula era enrejillada y estaba brillantemente iluminada, íbamos viendo con claridad los estratos que atravesábamos. A mí no se me escapó uno solo, a pesar de la velocidad que llevábamos: el pálido de la greda inferior, las capas color café de Hastings, las más claras de Ashbumham, las negras arcillas carboníferas, y a continuación, brillando con los reflejos de la luz eléctrica, capas y capas de negro azabache, las centelleantes del carbón alternando con las secciones de arcilla. Aquí y allá se veían trozos de pared de manpostería; pero, por regla general, las paredes se sostenían por sí mismas, y no había más remedio que admirarse del inmenso trabajo y habilidad mecánica que aquello representaba. Por debajo de las capas de carbón distinguí unos yacimientos revueltos que producían la impresión de hormigón y acto seguido nos metimos por el granito primitivo, en el que los cristales de cuarzo brillaban y centelleaban como si las negras paredes estuviesen salpicadas de polvo de diamantes. Seguimos bajando y bajando hasta profundidades jamás holladas por los mortales. Las rocas arcaicas variaban mucho de color, y jamás podré olvidar un ancho cinturón de feldespatos que brilló con sobrenatural belleza ante nuestras potentes lámparas. Piso tras piso y ascensor tras ascensor, con el aire cada vez más agobiante y enrarecido, que hasta los trajes de ligero tesor nos resultaban intolerables, y el sudor nos corría por el cuerpo hasta las zapatillas. Por último, cuando empezaba a creer que no podía resistir más, se detuvo el último de los ascensores y salimos a una plataforma circular que se había excavado en la roca. Me fijé en que Malone dirigía una mirada curiosamente recelosa a las paredes del pozo. Si yo no hubiese sabido que era uno de los hombres más valientes, habría dicho que estaba demasiado nervioso.

—¡Qué cosa más rara! —dijo el ingeniero jefe pasando la mano por la superficie de la roca de la sección más próxima.

La puso a la luz, y vimos que tenía el brillo resbaladizo de una curiosa espuma de barrillo.

—Aquí abajo se han producido temblores. No sé a qué atenerme. El profesor parece muy complacido; pero a mí todo esto me resulta nuevo.

—Yo no tengo más remedio que decir que he visto cómo se movía, sin lugar a duda, esta pared —dijo Malone—. La última vez que bajé y fijamos las dos vigas, cuando agujereábamos la pared para apoyar las extremidades, a cada golpe la pared daba un respingo. La teoría del viejo profesor parecía cosa absurda, en la solidez del viejo Londres; pero aquí, a ocho millas de la superficie, no estoy tan seguro de que lo sea.

\*-Y si viese lo que hay debajo de la lona lo estaría mucho menos —dijo el ingeniero—. Toda esta roca última se dejaba cortar como si fuese de queso, y, una vez atravesada, llegamos a una nueva formación que no se parece a nada de lo visto hasta ahora en la Tierra. «¡Tápenlo! ¡Que nadie lo toque!», gritó el profesor. Según sus instrucciones lo cubrimos, con la lona embreada, y ahí está.

—¿No podríamos echarle un vistazo?

El rostro lúgubre del ingeniero tomó una expresión aterrorizada, y dijo:

—Desobedecer al profesor no es cosa de broma. Es tan endiabladamente astuto. Además, nunca se sabe las señales que ha puesto para controlarle a uno. Pero vamos a correr el riesgo de echar un vistazo.

Hizo girar hacia abajo la lámpara de nuestro reflector hasta que la luz brilló sobre el negro embreado. Luego se agachó, y tirando de una cuerda que estaba sujeta a uno de los bordes de la lona, descubrió media docena de yardas cuadradas de la superficie que había debajo.

Lo que vimos fue de lo más extraordinario y aterrador. La superficie era una especie de masa gris, brillante, que subía y bajaba en un lento latir. Las pulsaciones no eran verticales, sino que producían la impresión de una suave ondulación o ritmo, que recorría la superficie. Esta no era completamente homogénea, sino que, por debajo de ella, veíanse, como a través de un vidrio pulimentado, unas débiles manchas blancuzcas que variaban constantemente de forma y tamaño. Los tres permanecimos mirando aquel espectáculo, como poseídos por un sortilegio.

—Tiene el aspecto de un animal despellejado —susurró Malone con pavor—. Es posible que el viejo no ande tan descaminado con lo de su erizo de mar.

—¡Válgame Dios! —exclamé—. ¿Y yo he de clavar un arpón en el cuerpo de ese animal?

—Ese honor te está reservado —dijo Malone—. Y lo peor es que yo tendré que estar a tu lado cuando lo hagas a menos que me eche atrás.

—Pues bien: yo no —exclamó con firmeza el ingeniero jefe—. Nunca he estado tan claramente resuelto sobre lo que debo hacer como en esta ocasión, y si el viejo insiste, renuncio al cargo. ¡Santo Dios, fíjense en eso!

Fluyendo hacia nosotros a la manera de una ola cuando se la contempla desde la borda de un buque, la superficie gris experimentó un súbito encrespamiento. Luego aminoró, y siguieron produciéndose confusos latidos y pulsaciones. Barforth fue soltando la cuerda, y volvió a colocar la lona.

—Diríase que ha advertido nuestra presencia —dijo.



—¿Por qué había de hincharse hacia nosotros de esa manera? Me imagino que la luz la ha afectado de algún modo.

—¿Y qué es lo que desea que yo haga ahora? —pregunté.

Míster Barforth me señaló las dos vigas que cruzaban la caja del pozo un poco más abajo que el punto de parada del ascensor. Habría entre ambas un hueco de unas nueve pulgadas.

—Eso fue idea del viejo —me dijo—. Creo que yo las habría colocado mejor; pero habría sido como razonar con un búfalo furioso. Resulta más fácil y más seguro hacer siempre lo que Challenger quiere. Tiene el propósito de que emplee usted su taladro de seis pulgadas, afirmándolo de alguna manera entre esos estribos.

—No creo que eso ofrezca demasiadas dificultades —contesté—. Hoy mismo pondré manos a la obra.

Mi vida ha sido bastante variada, porque he abierto pozos en todos los continentes; pero como cualquiera puede comprender, aquel era el episodio más extraño que me había ocurrido. Como el profesor Challenger había insistido tanto en que se pudiese en movimiento el mecanismo desde cierta distancia, y yo empecé a vislumbrar en su pretensión una gran dosis de buen sentido, tuve que proyectar un sistema de control eléctrico, cosa fácil estando el pozo provisto de tendido eléctrico. Mi capataz Peters y yo con infinito cuidado bajamos nuestras piezas de tubería y las apilamos en la plataforma.

Después elevamos algo el descansillo del ascensor más profundo, para disponer de un espacio más holgado. Como habíamos resuelto emplear el sistema de percusión, porque no era aconsejable fiarse únicamente de la fuerza de gravedad, colgamos nuestra pesa de cien libras de una polea colocada bajo el ascensor, y debajo de ella fuimos tendiendo la tubería con el extremo inferior en forma de V. Por último, sujetamos el cable, del que colgaba la pesa, a un costado de la caja del pozo, de manera que bastase una descarga eléctrica para que se soltase. Fue una tarea delicada y difícil realizada en medio de un calor más que tropical, y con la sensación siempre presente de que un resbalón o el dejar caer una herramienta sobre la lona embreada que teníamos debajo podría acarrear una inconcebible catástrofe. También nos imponía respeto el marco dentro del cual actuábamos. Una y otra vez advertí que un temblor y estremecimiento extraño recorría las paredes, y hasta sentí un apagado latido al posar mi mano en ellas. Ni Peters ni yo sentimos pena alguna cuando dimos por última vez la señal de que se nos izase a la superficie y cuando informamos a míster Barforth que el profesor Challenger podía realizar su experimento cuando gustase.

No tuvimos que esperar mucho. A los tres días de haber terminado mi obra llegó la invitación. Era una tarjeta corriente como las que se emplean para anunciar los días de recepción de visitas, y decía así:

EL PROFESOR G. E. CHALLENGER

F. R. S. M. D., D. Sc., etc.

EX PRESIDENTE DEL INSTITUTO ZOOLOGICO Y POSEEDOR DE  
TANTOS TÍTULOS HONORÍFICOS Y NOMBRAMIENTOS QUE NO  
CABEN EN ESTA TARJETA,

solicita la presencia de

MR. JONES (sin señora)

a las 11,30 de la mañana del martes 21 de junio,

para presenciar un triunfo extraordinario del espíritu sobre la materia

en

HENGIST DOWN, SUSSEX.

Tren especial desde Victoria, a las 10,5. Los viajeros pagarán cada cual su billete. Después de la experiencia habrá o no habrá *lunch*, según las circunstancias. Estación, Storrington.

Tenga a bien contestar (en el acto y con el nombre en letra de imprenta), 14, bis, Enmore Garden, S. W.

Me encontré a Malone desternillándose de risa. Había recibido una invitación análoga.

—Es un golpe de fanfarronería refinada enviarnos una invitación a nosotros —me dijo—. Después de todo, no tenemos más remedio que estar allí, ocurra lo que ocurra, como le dijo el verdugo al que iba a ser ahorcado. Lo que sí puedo decirte es que estas invitaciones han puesto en ebullición a todo Londres. El viejo está en la gloria, con el haz de luz enfocado en su velluda cabeza y en el primer plano.

Por fin llegó el gran día. Como cosa personal, la noche anterior descendí hasta el fondo del pozo para cerciorarme de que todo estaba a punto. Nuestro taladro estaba en posición; la pesa, ajustada; las llaves de contacto eléctrico, listas para establecerlo; quedé convencido de que mi intervención en el experimento se realizaría sin el menor tropiezo. Para reducir al mínimo cualquier peligro personal, los mandos eléctricos estaban colocados a unos quinientos pies por debajo del brocal del pozo. Cuando aquella mañana trascendental de un admirable día de verano salí a la superficie, seguro del trabajo que a mí me competía, me dirigí cuesta arriba a la zona del Down, para echar desde lo más alto un vistazo general a lo que estaba ocurriendo.

Se hubiera dicho que todo el mundo acudía a Hengist Down. Hasta donde alcanzaba mi vista, las carreteras hormigueaban de gente. Los automóviles avanzaban traqueteando y tambaleándose por los caminos vecinales dejando su carga de pasajeros a la puerta del cercado. En muchísimos casos no pasaban de allí porque una verdadera cuadrilla de porteros cerraba la entrada, y no valían promesas ni sobornos, pasando únicamente quienes exhibían la codiciada invitación de color ante. Entonces

se dispersaban los que no habían podido entrar y marchaban a unirse con la inmensa muchedumbre que se iba congregando en la ladera de la colina, cubriendo la loma con una espesa masa de espectadores. Aquello recordaba a Epton el día del Derby. Dentro de la zona cercada se habían establecido zonas acotadas con alambradas, y las distintas clases de individuos privilegiados eran repartidos cada cual en el cercado correspondiente. Había uno destino a los lores, otro a los diputados y uno a los hombres más distinguidos de las sociedades doctas y a los científicos de fama mundial, entre los que estaban Le Pellier, de la Sorbona, y el doctor Driesinger, de la Academia de Berlín. Se había preparado un recinto especial, rodeado de bolsas de arena y con un trecho de tapas de hierro acanalado, para tres miembros de la familia real.

A las once y cuarto desde la estación llegaron los invitados especiales, y yo volví a la finca para asistir a la recepción. El profesor Challenger estaba junto al compartimiento especial, con su impecable frac, su chaleco blanco, su bruñido sombrero de copa y su expresión, que era una mezcla de dominadora e insultante benevolencia, y de la más solemne altivez, es decir, «como una clara y típica víctima del complejo de Jehová», según escribió un crítico. Ayudó a dirigir, y en ocasiones a empujar, a sus invitados a los sitios que les correspondían, y luego, cuando tuvo reunida a su alrededor a la élite de los invitados, se situó en lo alto de una prominencia conveniente y miró a su alrededor con el aire de quien espera ser acogido con una ovación. Como esta no se produjo, Challenger entró de golpe en materia, expandiendo su voz retumbante hasta los últimos límites del cercado.

—Caballeros —bramó—. En esta ocasión no tengo por qué agregar a las señoras. Si esta mañana no las invité a estar entre nosotros, no fue, pueden creerme, por desconsideración hacia ellas. Puedo decir —y lo dijo con gracia elefantiaca y falsa modestia— que nuestras relaciones, tanto por una parte como por la otra, han sido siempre excelentes, e incluso íntimas. La verdadera razón ha sido el que en este experimento hay un pequeño elemento de peligro, aunque este no sea suficiente para justificar la expresión de inquietud que leo en muchas caras de los aquí presentes. Quizás a los periodistas les interese saber que les he reservado asientos especialísimos en lo alto de las escombreras que dominan el escenario del experimento. Ellos han venido demostrando por mis asuntos un interés que a veces se ha confundido con la impertinencia, de modo, pues, que en esta ocasión no van a tener motivos para quejarse de que me haya mostrado reacio a sus conveniencias. Si no ocurre nada, lo cual es siempre posible, habré hecho al menos todo cuando me ha sido posible en favor suyo. Por otra parte, si ocurre algo, estarán en lugar excelente para comprobarlo y relatarlo, si es que saben estar hasta el fin a la altura de su misión. Comprenderán ustedes sin dificultad que no resulta sencillo para un científico dar una explicación de sus propias conclusiones y acciones a quienes, sin faltar al debido respeto, podríamos llamar la *grey vulgar*. Oigo algunas interrupciones descompuestas. Quisiera pedir al caballero aquel de las gafas de concha que deje de

amenazar con sus paraguas. (Una voz: «Eso que ha dicho usted de sus invitados constituye un insulto.») Quizá haya sido mi frase de *grey vulgar* la que ha encrespado al caballero. Digamos, en ese caso, que mis oyentes constituyen una grey de lo más fuera de lo vulgar. No vamos andarnos con susceptibilidades por una cuestión de frases. Antes de esa interrupción indecorosa iba yo a decir que toda la cuestión está tratada de forma completa y clara en el libro que estoy a punto de publicar acerca de la Tierra, libro que, con la debida modestia, puedo asegurar que hará época entre todos los de la historia del mundo. (Interrupciones generales y gritos de «¡Al grano, al grano!» «¿A qué hemos venido aquí?» «¿Nos ha preparado alguna broma?») Estaba a punto de aclarar la cuestión; pero, si siguen interrumpiéndome, no tendré más remedio que adoptar medidas para mantener el orden y el decoro, que dolorosamente están ausentes de aquí. Se trata, pues, de que he atravesado con una galería toda la corteza de la Tierra y que estoy a punto de ensayar los efectos que produciría una excitación enérgica de su corteza sensorial, operación delicada que correrá a cargo de mis subordinados, míster Peerles Jones, que dice ser especialista en la apertura de pozos artesianos, y míster Edward Malone, que esta vez ostenta mi representación. La sustancia sensible al descubierto será estimulada, y solo es posible hacer conjeturas sobre la reacción que ello podrá provocar. Tengan, pues, la amabilidad de sentarse, mientras estos dos caballeros bajan al pozo y llevan a cabo los preparativos finales. A continuación oprimiré yo el botón del timbre que hay encima de esta mesa y se habrá completado el experimento.

El auditorio, después de una cualquiera de las arengas de Challenger, tenían la sensación de que, al igual que ahora la tierra, les había atravesado la epidermis descubriendo su sistema nervioso. Tampoco el auditorio de ahora constituyó una excepción a esa regla, y se produjeron apagados murmullos de desagrado y censura, mientras cada cual volvía a su asiento. Challenger se quedó solo en lo alto del montículo, junto a una mesita, con su negra melena y barbas temblorosas de emoción, ofreciendo un espectáculo magnífico. Sin embargo, ni Malone ni yo pudimos admirar la escena, porque nos alejamos a toda prisa, dispuestos a cumplir nuestro extraordinario cometido. Veinte minutos después nos encontrábamos en el fondo del pozo, y habíamos levantado la lona, dejando al descubierto lo que ocultaba.

El espectáculo que se ofreció a nuestros ojos fue como para dejarnos atónitos. No sé por qué extraña telepatía cósmica nuestro viejo planeta parecía enterado de la inaudita libertad que estaban a punto de tomarse con él. La superficie al descubierto hervía como una olla. Grandes burbujas grises se alzaban y estallaban crepitantes. Los espacios de aire y las vacuolas de debajo de la piel separábanse y se coagulaban con presurosa actividad. Las ondulaciones transversales marcaban un ritmo de mayor fuerza y frecuencia. Un fluido de color rojo oscuro parecía latir en la tortuosa anastomosis de los vasos o canales que había debajo de la superficie. Véase en todo el latir de la vida. Un olor fuerte hacía casi irrespirable aquella atmósfera para los pulmones humanos.

Yo tenía clavada la vista en aquel extraño espectáculo cuando Malone, que estaba a mi lado, me dio un súbito tirón de alarma, exclamando:

—¡Santo Dios, Jones! ¡Mira allí!

Me bastó un vistazo. Corté la corriente y de un salto me metí en el ascensor, gritando:

—¡Venga rápido! ¡Nos jugamos la vida!

Lo que habíamos visto era ciertamente alarmante. Parecía que toda la parte inferior del pozo participase de la mayor actividad que jamás habíamos observado; las paredes latían y palpitaban al mismo ritmo. Aquel movimiento había obrado sobre los agujeros en que descansaban las vigas. Era evidente que en cuanto los agujeros se retrajesen un poco más, cuestión de pulgadas, aquella se vendría abajo. Si aquello ocurría, la punta afilada de mi mecha de barreno taladraría la superficie de la masa, aunque no se accionase la corriente eléctrica. Nuestras vidas dependían de que Malone y yo estuviésemos fuera del pozo antes de que aquello ocurriese. Era una perspectiva terrible el encontrarse a ocho millas de profundidad dentro de la Tierra con la posibilidad de que en cualquier momento ocurriese alguna convulsión extraordinaria. Nos precipitamos como locos hacia la superficie.

¿Podremos olvidar jamás aquella pesadilla de viaje? Los ascensores zumbaban y silbaban; pero los minutos parecían horas. Al llegar a un piso saltábamos fuera, nos metíamos de cabeza en el siguiente, dábamos marcha, volábamos hacia arriba. A través del techo enrejillado distinguíamos lejos, muy lejos, el minúsculo círculo de luz de la boca del túnel. Se fue agrandando y agrandando, hasta adquirir toda su verdadera anchura, y nuestros ojos se posaron con alegría en la mampostería del brocal. Siempre arriba como una flecha, hasta saltar locos de júbilo y de gratitud fuera de nuestra cárcel y poner los pies otra vez sobre el verde césped. Visto y no visto. No habríamos andando treinta pasos cuando allá abajo, en la profunda lejanía, mi flecha de hierro se hundió en el ganglio nervioso de la madre Tierra. Llegó el gran momento.

¿Qué es lo que ocurrió? Ni Malone ni yo estábamos en situación como para poder explicarlo, porque los dos fuimos barridos por un ciclón y arrastrados por el césped, dando vueltas y más vueltas, lo mismo que dos patinadores sobre una pista de hielo. Al mismo tiempo rasgó nuestros tímpanos el alarido más horrible que jamás se había escuchado hasta entonces. ¿Quién, entre todos los centenares que lo han intentado, ha conseguido describir de manera adecuada aquel grito espantoso? Fue un aullido en el que el dolor, la ira, la amenaza y la majestad ultrajada de la Naturaleza se confundieron en un horroroso clamor. Duró un minuto largo, con la fuerza de mil sirenas, dejando paralizada a la gran multitud con su rabiosa persistencia, propagándose en la sosegada atmósfera veraniega en prolongados retumbos a lo largo de toda la costa del Sur, y cruzando el Canal, para dejarse oír por nuestros vecinos de Francia. Desde que el mundo es mundo, jamás igualó ningún sonido al grito de la Tierra agraviada.

Aturdidos y ensordecidos, Malone y yo tuvimos la sensación del choque y del alarido; pero los demás detalles de aquella escena sobrecogedora los supimos de boca de otros.

Lo que primero la Tierra escupió de sus entrañas fueron las jaulas de los ascensores. El resto de la maquinaria estaba embutida en las paredes y escapó al estallido; pero el sólido suelo de los ascensores recibió de lleno todo el empuje hacia arriba de la corriente. Cuando se introducen varios dardos separados en una cerbatana salen despedidos uno a uno y en el orden en que estaban. De la misma manera, las catorce jaulas de ascensor salieron una tras otra, remontándose por los aires, y describiendo una magnífica parábola que acabó para una de ellas en el mar, cerca del muelle de Worthing, y para la otra, no lejos de Chichester. Afirman los espectadores que, entre todos los espectáculos extraños que hasta entonces habían presenciado, no ha habido ninguno capaz de superar al de las catorce jaulas de ascensor surcando serenamente por los cielos azules.

Luego vino el *geyser*. Fue un surtidor enorme de materia asquerosa de la consistencia del alquitrán, que se disparó por los aires hasta una altura de unos dos mil pies. Un aeroplano curioso que se cernía sobre el lugar de la escena recibió de lleno el ballestazo y salvándose gracias a un aterrizaje forzoso, pero el hombre y el aparato quedaron sepultados en aquella suciedad. Tan nauseabunda sustancia, de un olor penetrante y asqueroso, podía representar la sangre vital del planeta, o podía ser también, como sostienen el profesor Driesinger y la escuela de Berlín, una secreción protectora, parecida a la de la mofeta, que la Naturaleza ha dado a la madre Tierra para que se defienda de todos los Challengers del mundo. Si aciertan en esto, la verdad es que el primer culpable, sentado en su trono del montículo, salió bien parado del trance, en tanto que los desdichados periodistas, por estar en la primera línea de fuego, resultaron tan empaados y saturados que ninguno de ellos pudo alternar con personas respetables durante muchas semanas. Aquella vomitona de materia putrefacta fue arrastrada por la brisa hacia el Sur, y fue a caer sobre la desdichada muchedumbre que durante largo tiempo y con tanta paciencia había esperado en la cresta de las dunas para ver lo que ocurría. No hubo muertos. No quedó ningún hogar desolado; pero muchos quedaron perfumados, y aún retienen sus muros algún recuerdo del gran acontecimiento.

Seguidamente se produjo el cierre del túnel. De igual manera que el organismo cura una herida de abajo arriba, también la Tierra recompone cualquier desgarrón hecho en su materia vital. Se oyó un ruido muy agudo como un desgarramiento, al tiempo que los muros del túnel se cerraban; empezó el chirrido como un redoble que subía desde lo más profundo, repercutiendo en las paredes; cada vez se fue haciendo más fuerte a medida que ascendía, hasta que el círculo de ladrillos del brocal del pozo se juntó y aplanó con estrépito, en tanto que un temblor parecido al de un pequeño terremoto sacudía las altas escombreras, que se corrieron juntándose en el centro, formando una pirámide de cincuenta pies de altura con los restos de las excavaciones

y los hierros destrozados en el lugar donde había estado el túnel. No solo había sido llevado a cabo el experimento del profesor Challenger, sino que también había quedado sepultado para siempre, desapareciendo de la vista de los hombres. Es dudoso que nuestros descendientes reconozcan el sitio exacto en que tuvo lugar el extraordinario suceso.

Entonces se produjo la gran apoteosis final. Durante largo rato, después que tuvieron lugar aquellos fenómenos sucesivos, reinó el silencio y una intensa inmovilidad; la gente trataba de rehacerse y de comprender qué era lo que había ocurrido y de qué manera se habían producido los hechos, y comprendieron de pronto la gran hazaña, el vuelo inmenso de aquella concepción, lo genial y asombroso de la manera como había sido puesta en obra. Y todos, movidos de un impulso unánime, se dirigieron hacia donde estaba Challenger. Los gritos de admiración llovían sobre él desde todas partes del campo, y desde su montículo veía un lago de rostros vueltos hacia él, y sobre aquella superficie, el ondear constante de pañuelos que le aclamaban. Ahora que me pongo a recordar, veo al profesor con mayor claridad que entonces. Se levantó de su asiento; con los ojos entornados y la cara iluminada por una sonrisa de conciencia de su propio mérito, puso la mano izquierda en la cadera y hundió la derecha en el pecho, por la boca del frac. Tengo la seguridad de que en esa actitud pasará a la historia, porque a mi alrededor sonaron los disparadores de las máquinas fotográficas lo mismo que grillos en un campo. El sol de junio lo envolvía en su fulgor cuando saludó hacia los cuatro puntos cardinales, inclinándose profundamente. Era Challenger, el supercientífico; Challenger, el hombre de vanguardia; Challenger, el primer ser humano con que la madre Tierra se vio obligada a contar.

Solo unas palabras a modo de epílogo. Es bien sabido que el experimento tuvo consecuencias de alcance mundial. Es cierto que en ninguna parte dejó escapar el lastimado planeta un alarido tan grande como en el punto mismo en que recibió la herida; pero sus reacciones en todas partes demostraron que era una sola entidad. Dio suelta a su indignación por todas sus bocas y volcanes. El Hecla rugió hasta el punto de hacer temer un cataclismo a los islandeses. El Vesubio lanzó por los aires su cúspide. El Etna vomitó una cantidad de lava, y los tribunales italianos sentenciaron a Challenger a pagar medio millón de liras de daños y perjuicios por los viñedos destruidos. Hasta en Méjico y el cinturón de la América Central se advirtieron señales de intensa indignación plutónica, y los retumbos del Stromboli repercutieron por todo el Mediterráneo oriental. Ambición general de los hombres fue siempre el conseguir que el mundo hablase de ellos. Arrancar alaridos al mundo, solo Challenger pudo conseguirlo.

# LA MÁQUINA DESINTEGRADORA





El profesor Challenger estaba de un humor de perros. Yo me hallaba con la mano en el picaporte de su despacho y los pies en la alfombrilla, cuando llegó hasta mi el siguiente monólogo, en voz retumbante que repercutía por toda la casa:

—Sí, señor; le digo que es la segunda llamada. La *segunda*, esta mañana. ¿Usted se imagina que se puede distraer a un hombre de ciencia de sus importantísimos trabajos con las simplezas de un idiota que se escuda al otro extremo del hilo telefónico? No estoy dispuesto a aguantarlo. ¡Que se ponga en el acto el director gerente! ¡Ah! ¿De modo que usted es el director gerente? ¿Y por qué no cumple con su deber de controlar el buen funcionamiento del teléfono? Eso sí, se las arregla usted muy bien para distraerme en una labor cuya importancia no es capaz de comprender. Póngame en comunicación con el director general. ¿Que no está? Debí imaginármelo. Si esto se repite, le llevaré a usted ante los tribunales. Se han concedido indemnizaciones por gallos que importunaban con sus cantos. Yo fui el demandante. Más molesta el tintineo del timbre del teléfono. El caso está claro. Una disculpa por escrito. Perfectamente. Pensaré en ello. Buenos días.

Fue entonces cuando me arriesgué a entrar. La ocasión no podía ser más oportuna. Estuvimos frente a frente cuando él dio media vuelta, tras colgar el auricular. Estaba hecho una furia. Con su enorme barba negra erizada y su voluminoso pecho jadeante de indignación, sus arrogantes ojos grises me recorrieron de arriba abajo, al romper sobre mí la resaca de su cólera.

—¡Condenada gentuza, pandilla de haraganes! —bramó—. Se estaban riendo al escuchar mi justa queja. Se han conjurado para molestarme. Y para colmo esta desastrosa mañana, llega usted. ¿Quiere decirme si ha venido como amigo o si le han enviado para conseguir una entrevista conmigo? Como amigo, todo lo que quiera; como periodista, está usted fuera de mi jurisdicción.

Estaba buscando en mis bolsillos la carta de McArdle, cuando al parecer recordó algún nuevo agravio. Sus velludas manazas revolvieron algunos papeles que había encima de la mesa, y sacaron, por último, un recorte de prensa.

—Ha tenido usted la amabilidad de aludirme, en una de sus últimas lucubraciones —dijo, agitando el papel mientras me hablaba—. Fue en sus comentarios algo petulante acerca de los restos de saurios que se han descubierto hace días en los terrenos pizarrosos de Solenhofen. Uno de sus párrafos empezaba así: «El profesor G. E. Challenger, que se encuentra entre nuestros más grandes hombres de ciencia existentes...»

—¿Y qué hay de malo en ello? —le pregunté.

—¿A santo de qué vienen esas malintencionadas limitaciones y clasificaciones? ¿Me hará usted el favor de nombrar quiénes son esos otros grandes científicos a los que usted iguala y atribuye quizás una superioridad sobre mí?

—La frase está mal redactada. Yo habría debido decir, desde luego: «El más grande de nuestros hombres de ciencia existentes» —confesé, y la verdad es que aquello era lo que creía.

Mi rectificación causó un efecto inmediato.

—Mi querido amigo, no vaya a pensar que soy exigente; pero no tengo más remedio que defender mi terreno, estando, como estoy, rodeado de colegas agresivos y poco razonables. No soy hombre amigo de figurar, pero mis adversarios me obligan a no ceder el terreno que me pertenece. ¡Ea! Siéntese aquí. ¿Qué es lo que le trae?

No tuve más remedio que proceder con mucha cautela. Sabía cuán fácil era que el león se enfureciese de nuevo. Desdoblé la carta de McArdle.

—¿Me permite leerle esto? Es una carta de míster McArdle, mi redactor jefe.

—Recuerdo a ese hombre... No es de los peores ejemplares de su especie.

—Por lo menos, siente hacia usted una gran admiración. Siempre que ha necesitado de la opinión de alguna mente superior ha recurrido a usted. De eso mismo se trata ahora.

—¿Y qué es lo que desea?

Bajo la influencia del halago, Challenger se esponjó igual que un ave. Tomó asiento apoyando los codos sobre la mesa; entrelazó sus manos de gorila, adelantó su barba, y sus grandes ojos grises, medios cubiertos por los párpados entornados, se fijaron bondadosamente en mí. Era enorme en todo cuanto hacía, e imponía más respeto con su benignidad que con su irritación.

—Voy a leerle su carta. Dice así:

«Haga el favor de visitar a nuestro estimado amigo el profesor Challenger y pídale su cooperación en el siguiente asunto. Cierta caballero letón, de nombre Teodoro Nemor, que reside en White Friar Mansions, Hampstead, sostiene que ha inventado una máquina extraordinaria capaz de desintegrar cualquier objeto situado dentro de su radio de acción. La materia se disgrega y retorna a su estado molecular o atómico. Invertiendo el proceso, la materia vuelve a integrarse. Estas afirmaciones parecen extravagantes; pero existen pruebas sólidas de que tienen alguna base y que ese caballero en cuestión ha dado con algún descubrimiento extraordinario.

»No hace falta que me extienda en ponderaciones sobre el carácter revolucionario de semejante invento, ni de su extraordinaria importancia como posible arma de guerra. Con una fuerza capaz de desintegrar un acorazado o de convertir un batallón, aunque solo sea por algún tiempo, en un conjunto de átomos, se podría dominar el mundo. Tanto por razones sociales como políticas, es preciso no perder tiempo y llegar al fondo del asunto. El caballero en cuestión busca que se le dé publicidad, porque pretende vender su invento; de manera, pues, que no habrá dificultad alguna en ponerse en contacto con él. La tarjeta adjunta le abrirá las puertas de su casa. Lo que yo deseo es que usted y el profesor Challenger le hagan una visita, examinen su invento y escriban un informe fundamentado sobre el mismo, a fin de publicarlo en *La Gaceta*. Espero sus noticias para esta noche,

R. McArdle.»

—Estas son mis instrucciones, profesor —agregué volviendo a doblar la carta—. Sinceramente espero que me acompañe, porque, con mis escasos conocimientos, ¿cómo podría actuar solo en semejante asunto?

—Así es, Malone, así es —farfulló el gran hombre—. No carece usted de disposición natural; pero estoy de acuerdo con usted en que el problema, tal como me lo ha expuesto, le resultaría algo abrumador. Este incalificable personal de teléfonos me ha estropeado ya la mañana, de modo que poco voy a perder con ello. Estaba

dispuesto a contestar a ese payaso italiano de Mazotti, cuyas opiniones sobre el desarrollo larval de las termitas han despertado en mí burla y menosprecio; pero puedo dejar para esta noche el desenmascarar por completo a ese impostor. De modo que estoy a su disposición.

Así fue cómo me encontré aquella mañana de octubre en compañía del profesor, marchando a toda velocidad en ferrocarril en dirección al norte de Londres, embarcado en una de las aventuras más extrañas de mi extraña vida.

Antes de salir de Enmore Gardens utilicé el maltratado teléfono para asegurarme de que nuestro hombre estaba en casa, para anunciarle nuestra visita. Vivía en un cómodo piso de Hampstead, y nos hizo esperar una media hora larga en su antesala, mientras él mantenía una animada conversación con un grupo de visitantes que a juzgar por las animadas frases con que se despidieron en el vestíbulo me parecieron rusos. Pude echarles un vistazo por la puerta entornada, y me dio la impresión de que se trataba de hombres de buena posición e inteligentes. Llevaban abrigos de cuellos de astracán y relucientes sombreros de copa, tenían pues todo el aspecto de burgueses bien cuidados que tan rápidamente adoptan los comunistas cuando alcanzan el poder. A sus espaldas se cerró la puerta del vestíbulo, y un instante después entró en nuestra habitación Teodoro Nemor. Le estoy viendo, en pie, iluminado de lleno por la luz del sol, frotándose las manos largas y delgadas, y examinándonos con sonrisa amplia y astutos ojos amarillos.

Era bajo y corpulento, y producía una impresión de deformidad física, aunque resultaba difícil señalar en qué consistía esta. Podría decirse que era algo cargado de espaldas, pero sin joroba. Su cara, ancha y fofa, recordaba un budín a medio cocer, de color uniforme, rezumando humedad, y resaltando agresivamente sobre ese fondo pálido los granos y pústulas de su cara. Sus ojos eran gatunos, y gatuno era su estrecho bigote largo, brillante, sobre su boca entreabierta, húmeda y babosa. Todo en ese rostro era repulsivo hasta llegar a las cejas. De cejas arriba se alzaba un espléndido arco craneano como raras veces he visto. Quizá sentase bien a cabeza tan magnífica el sombrero del mismo Challenger. Podría interpretarse a Teodoro Nemor como un villano y tortuoso conspirador de cejas abajo, pero de cejas arriba podía colocársele a la par de los grandes pensadores y filósofos del mundo.

—Bien, caballeros —nos dijo con su voz aterciopelada, en la que apenas se advertía un ligerísimo acento extranjero—; por lo poco que hemos conversado por teléfono deduzco que vienen para enterarse más a fondo de la Máquina Desintegradora Nemor, ¿no es así?

—Ciertamente.

—¿Acaso representan al Gobierno inglés?

—De ninguna manera. Yo soy un colaborador de *La Gaceta*, y este es el profesor Challenger.

—Nombre ilustre, de fama europea —sus colmillos amarillentos brillaron con obsequiosa amabilidad—. Iba a decirles que el Gobierno inglés ha dejado escapar su

oportunidad. Lo que con su oportunidad ha perdido lo descubrirá, andando el tiempo. Quizás su imperio. Yo estaba dispuesto a vender el invento al primer Gobierno que me pagase su precio, y si ha ido a parar a manos que tal vez no les complazcan a ustedes, culpa suya ha sido.

—De modo que ya ha vendido usted su secreto.

—Sí y al precio que me convenía.

—¿Y cree usted que el comprador disfrutará de un monopolio?

—Sin duda alguna.

—Pero puede haber alguien que conozca el secreto tan bien como usted.

—No, señor —se golpeó en la frente espaciosa—. Esta es la caja fuerte donde está encerrado el secreto a buen recaudo; una caja más fuerte que las de acero, y con mejor cerradura que la de Yale. Quizás haya quienes conozcan aspectos parciales del problema, pero no hay en el mundo nadie más que yo que lo conoce por completo.

—Usted y esos caballeros a quienes se lo ha vendido.

—De ninguna manera. No soy tan estúpido como para entregárselo hasta haber cobrado el precio. Hecho el pago, es a mí a quien habrán comprado, y pueden trasladar esta caja fuerte —volvió a llevarse la mano a la frente— con todo lo que hay dentro a donde bien les plazca. Yo cumpliré con las estipulaciones del negocio con lealtad e implacablemente. De allí en adelante haremos historia.

Se frotó las manos, y la sonrisa fija de su rostro se transfiguró hasta convertirse en mueca de mofa.

—Usted me disculpará, señor —retumbó Challenger, que había permanecido sentado en silencio, pero cuyo rostro expresivo no había disimulado el mal concepto que Teodoro Nemor le merecía—. Antes de entrar a hablar del asunto desearíamos convencernos de que hay, en efecto, algo de que hablar. Todavía está reciente el caso del italiano que afirmaba ser capaz de hacer estallar minas a distancia, y que resultó ser un redomado impostor. La historia podría muy bien repetirse. Comprenderá usted, señor, que yo tengo una reputación científica que cuidar, una reputación que usted ha tenido la amabilidad de calificar de europea, aunque yo tengo toda clase de razones para creer que no es menos grande en América. La cautela es una condición propia del hombre de ciencia, y antes que tomemos en serio sus afirmaciones, tendrá usted que demostrarlas.

Nemor clavó en mi compañero una mirada de profunda malignidad; pero su sonrisa de fingida campechanía se hizo todavía más ancha en su cara.

—Veo que se comporta haciendo honor a su reputación, profesor. Siempre oí decir que era usted el último hombre en el mundo a quien se podía engañar. Estoy dispuesto a realizar una demostración práctica que no podrá menos de convencerle; pero deseo decir antes algunas palabras relativas al principio general en que se funda el invento. Ya comprenderán ustedes que la instalación experimental que he construido en mi laboratorio es un simple modelo, aunque actúa de manera admirable dentro de su capacidad. No habría ninguna dificultad, por ejemplo, en desintegrarle a

usted y en volver a integrarlo; pero no es con una finalidad como esa por la que un Gobierno está dispuesto a pagar millones. Mi modelo es un simple juguete científico. Solo poniendo en acción esta misma fuerza en gran escala pueden lograrse efectos prácticos de enorme alcance.

—¿Podríamos ver ese modelo?

—No solo podrá usted verlo, profesor Challenger, sino que, si se considera con el valor necesario para ello, realizaré una demostración concluyente en su misma persona.

—¡Dice usted que *si yo...*! —Rompió a rugir el león—. Ese *si*, caballero, equivale a una gravísima ofensa.

—Bueno, bueno; no he tenido el propósito de poner en tela de juicio su valor. Digo únicamente que le proporcionaré la ocasión de demostrarlo. Pero antes desearía decir unas pocas palabras sobre las leyes fundamentales por las que se rige la materia. Cuando ciertos cristales, la sal, por ejemplo, o el azúcar, se echan al agua, se disuelven y desaparecen. Nadie diría que han estado allí. Luego se achica el volumen de agua mediante la evaporación o por otro sistema, y surgen los cristales, visibles otra vez y los mismos de antes. ¿Es usted capaz de concebir un procedimiento mediante el cual usted, ente orgánico, pueda disolverse en esa misma manera en cosmos, y volver a reunirse en un todo mediante una inversión sutil de las cosas?

—La analogía es falsa —exclamó Challenger—. Aunque yo admitiese la afirmación monstruosa de que nuestras moléculas pueden ser dispersadas por una fuerza desintegradora, ¿por qué habrían de volver a reunirse exactamente de la misma forma que antes?

—La objeción es obvia, y yo solo puedo contestar que, en efecto, vuelven a reunirse hasta el último átomo. Existe una armazón o trabazón invisible, y cada ladrillo vuelve a colocarse en el sitio que le corresponde. Puede sonreírse profesor, pero muy pronto su incredulidad y su sonrisa dejarán paso a otra emoción muy distinta.

Challenger se encogió de hombros.

—Estoy completamente dispuesto a pasar por esa prueba.

—Caballeros, quisiera llamar su atención sobre otro caso que quizá les ayude a hacerse cargo de mi idea. Ustedes habrán oído hablar, tanto en la magia oriental como en el ocultismo occidental del fenómeno llamado del *apport*, es decir, de la portación desde cierta distancia de un objeto que se presenta de pronto en un lugar nuevo. ¿Cómo podría realizarse ese fenómeno si no es mediante la liberación de las moléculas y su transporte sobre una onda eléctrica, para volver a reunirse exactamente como estaban, atraídas por una fuerza irresistible? Ahí tienen ustedes una analogía aceptable de lo que mi máquina es capaz de hacer.

—Con un fenómeno increíble no se puede explicar otro fenómeno también increíble —dijo Challenger—. Ni creo en sus aportaciones, míster Nemor, ni creo en su máquina. Mi tiempo es valioso, y si nos va a ofrecer alguna demostración, yo le

suplico que pase a ella y se deje de rodeos.

—Tengan, pues, la amabilidad de seguirme —dijo el inventor.

Nos condujo escaleras abajo, y cruzamos un jardincito que había detrás de la casa, hasta un espacioso edificio auxiliar; lo abrió con llave, y entramos.

En el interior de una espaciosa habitación enjabelgada veíanse innumerables alambres que colgaban en festones del cielo raso y un enorme imán equilibrado sobre un pedestal. Frente al mismo, una cosa que parecía un prisma de cristal, de tres pies de longitud por uno de diámetro, más o menos. A la derecha del mismo, una silla sobre una plataforma de cinc, y suspendido encima de ella, un casquete de cobre bruñido. Tanto el casquete como la silla tenían conectados gruesos alambres, y a un lado, una especie de rueda disparadora con ranuras numeradas y una manivela recubierta de caucho, que en ese instante estaba en la ranura de cero.

—He aquí el Desintegrador Nemor —dijo aquel hombre extraño, señalándonos la máquina con un movimiento de la mano. Y prosiguió—: Aquí tienen ustedes el modelo que se hará célebre, porque alterará la balanza del poderío entre las naciones. Quien sea dueño de mi desintegrador gobernará el mundo. Pues bien, profesor Challenger: usted, si se me permite decirlo, me ha tratado en este asunto con poca cortesía y consideración. ¿Se atreve a sentarse en esa silla y permitirme que demuestre en su propio cuerpo las posibilidades de esta nueva fuerza?

Challenger tenía el valor de un león, y cualquier cosa que trascendiese a desafío le ponía instantáneamente frenético. Se precipitó hacia la máquina; pero yo le agarré del brazo y le contuve, diciéndole:

—No hará usted eso. Su vida es demasiado valiosa. Sería una monstruosidad. ¿Qué garantía de seguridad tiene usted? La cosa más parecida a este aparato que yo he visto en mi vida es la silla eléctrica del penal de Sing Sing.

—Mi garantía de seguridad consiste en que usted está aquí de testigo, y que si algo me ocurriese, detendrían a este hombre por asesinato.

—Sería poco consuelo ese para el mundo científico, sabiendo que deja usted inacabada una obra que nadie sino usted puede concluir. Permítame al menos que sea yo quien haga la primera experiencia, y si resulta inofensiva, prueba usted a continuación.

Challenger era insensible a la idea del peligro personal; pero al pensar en la posibilidad de que su obra quedase inconclusa le llegó al alma. Vaciló; pero antes que tomase una resolución, corrí a la plataforma y me dejé caer en la silla. Vi que el inventor empuñaba la manivela. Oí un clic. Acto seguido fue la sensación de que todo se enturbiaba y nublaba ante mis ojos. Cuando volvieron a ver claro, tenía ante mí al inventor con su odiosa sonrisa, y Challenger, cuyas mejillas de rojo de manzana estaban ahora exangües y sin color, me miraba muy fijo por encima de los hombros de aquel.

—¡Bueno; venga ya! —Dije.

—Ya está. Ha respondido usted admirablemente —me contestó Nemor—. Salga

de ahí, seguramente el profesor Challenger, está ahora dispuesto a ocupar su lugar.

Jamás he visto a mi amigo tan completamente trastornado. Sus nervios de hierro le habían fallado por un instante. Me agarró del brazo con mano trémula, diciéndome:

—¡Válgame Dios, Malone, es cierto! Usted desapareció. No cabe ninguna duda. Se produjo una neblina, y un instante después, el vacío.

—¿Qué tiempo he permanecido ausente?

—Dos o tres minutos. Confieso que me quedé horrorizado. Me parecía imposible que usted regresase. De pronto se oyó un clic, cambió de ranura la rueda disparadora, y reapareció usted en la silla, un poco atónito, pero el mismo de siempre en todo lo demás. Cuando le vi, di gracias a Dios.

Challenger se enjugó el sudor de la frente con su gran pañuelo rojo. Luego se dirigió al inventor:

—Ahora usted, señor; digo, si no le han fallado los nervios.

Se advirtió claramente que Challenger reaccionaba. Apartó mis manos, que se adelantaban hacia él en señal de protesta, y tomó asiento en la silla. La manivela pasó al número tres con un chasquido metálico. Y Challenger desapareció.

De no haber visto al operador completamente tranquilo, aquello me habría horrorizado.

—Es un proceso interesante, ¿verdad? —me dijo—. Cuando uno piensa en la enorme individualidad del profesor, resulta extraño imaginárselo en este momento como una nubecilla molecular suspendida en algún lugar de este edificio. Como es natural, ahora se encuentra a merced mía, y si yo me decidiese a mantenerle en suspensión, no habría nada que me lo impidiese.

—Ya encontraría yo la manera de evitar que hiciese usted semejante cosa.

La sonrisa se transformó de nuevo en una mueca burlona:

—No irá usted a imaginar que se me haya ocurrido semejante idea ni por un solo instante. ¡Santo Dios! ¡Pensar en que el ilustre profesor Challenger está en disolución permanente, que se ha desvanecido en el espacio cósmico sin dejar rastro! ¡Sería terrible, terrible! Ahora bien: hay que reconocer que hubiera podido tratarme con mayor cortesía. ¿No cree usted que una leccioncita...?

—Lamento no ser de su opinión.

—Bien; pero sí podemos hacer una curiosa demostración. Algo que dé a usted materia para un párrafo interesante en su periódico. Por ejemplo, he descubierto que el cabello del cuerpo humano responde a una vibración completamente distinta de los tejidos orgánicos vivientes, y por ello es posible incluirlo o excluirlo a voluntad. Me interesaría ver al oso sin sus cerdas. ¡Ahí le tiene!

Sonó el clic de la manivela. Un instante después apareció otra vez Challenger sentado en su silla. Pero ¡qué Challenger! ¡Parecía un león trasquilado! A pesar de mi indignación por la jugarreta que se le había hecho, me contuve con gran dificultad para no estallar en carcajadas.

Su voluminosa cabeza estaba tan pelada como la de un bebé, y sus mandíbulas tan

lisas como las mejillas de una doncella. La parte inferior de su rostro, despojada de su magnífica barba, dejaba ver una papada voluminosa y ofrecía el contorno de un jamón: su aspecto, en conjunto, era el de un viejo boxeador en plena lucha, cubierto de hematomas, y unas mandíbulas de *bulldog* como prolongación de una barbilla maciza.

Quizás observó algo raro en la expresión de nuestros rostros; no me cabe duda de que la maligna sonrisa de mi acompañante se había dilatado al ver aquello; pero, fuese lo que fuese, el hecho es que Challenger se echó súbitamente la mano a la cabeza y se dio cuenta de lo que le ocurría. Un segundo después había saltado de su silla, agarrando del cuello al inventor, y lo lanzó violentamente al suelo. Como yo conocía la enorme fuerza de Challenger, temí que fuera a matar a Nemor, y grité:

—¡Por amor de Dios, cuidado; que si le mata, las consecuencias serán irremediables!

Mi argumento resultó eficaz. Hasta en sus momentos de máxima locura, Challenger se avenía a razones. Levantándose de un salto, se puso en pie, y ayudando a levantarse al inventor, sin soltarle, jadeó, furioso:

—Le doy cinco minutos de plazo. Si dentro de cinco minutos no he vuelto a ser exactamente el que era antes, le arrancaré la vida por la garganta.

Cuando Challenger estaba colérico, no era prudente ponerse a discutir con él. Imponía temor hasta al hombre más valeroso, y mister Nemor no parecía estar sobrado de valor. Al contrario: las ronchas y verrugas de su cara resaltaban ahora más que antes, al pasar desde su color natural de masilla de cristales al de panza de pez. Temblaba de pánico, y apenas podía articular palabra.

—¡La verdad, profesor; no necesitaba recurrir a esta agresión! —farfulló, llevándose la mano a la garganta—. Entre amigos debe tolerarse una broma inofensiva. Quise demostrarle todo lo que es capaz de hacer mi máquina. Pensé que usted deseaba una demostración completa. Le aseguro que no tuve la menor intención de molestarle; absolutamente ninguna.

Por toda respuesta, Challenger volvió a sentarse en la silla.

—No le pierda de vista, Malone, y no le tolere que se tome ninguna clase de libertades.

—Cuidaré de ello.

—¡Ea!, arréglole, o, de lo contrario, sufrirá las consecuencias.

El aterrorizado inventor se acercó a su máquina. Dio a la manivela hasta el punto en que desarrollaba la potencia máxima integradora, y un instante después apareció la enmarañada pelambre del viejo león. Challenger se acarició la barba, y luego se pasó las manos por el cráneo, para asegurarse de que la restauración era completa. Luego descendió de la plataforma con solemnidad.

—Usted se ha permitido una libertad que podría haberle acarreado graves consecuencias. Sin embargo, me doy por satisfecho con su explicación de que lo hizo únicamente con una finalidad demostrativa. ¿Puedo hacerle ahora algunas preguntas



acerca de esa fuerza extraordinaria que dice haber descubierto?

—Estoy dispuesto a contestarle lo que quiera con tal de no revelar el origen de esa fuerza. Sobre esta cuestión guardaré secreto.

—¿Y nos afirma en serio que nadie en el mundo lo conoce, fuera de usted?

—Nadie tiene ni el más leve indicio.

—¿No tiene ayudantes?

—No, señor, trabajo solo.

—¡Vaya, vaya! Eso es interesantísimo. Me ha dejado usted convencido en lo que se refiere a la existencia de esa fuerza, pero no veo qué consecuencias prácticas puede tener.

—Ya le dije antes, señor, que esta máquina es nada más que un modelo; pero resultaría facilísimo fabricar uno a gran escala. Ya habrá comprendido usted que la fuerza de esta máquina trabaja en sentido vertical. Por encima de usted y por debajo de usted entran en vibración determinadas corrientes que se desintegran o reúnen. Pero ese proceso también podría convertirse en horizontal. El efecto sería él mismo, y abarcaría un espacio proporcional a la intensidad de la corriente.

—Póngame un ejemplo.

—Supongamos que uno de los polos de la máquina se halla instalado en un barco pequeño, y el otro polo en otro barco; el acorazado que pasase por entre ambos se disolvería simplemente en moléculas. Y lo mismo ocurriría a una columna de tropas.

—¿Y usted ha vendido el monopolio de este secreto a una sola potencia europea?

—Así es, señor, y cuando me paguen el precio estipulado, esa potencia contará con un poder como jamás ha tenido nación alguna. Ni siquiera se imagina usted todas las posibilidades que encierra esta máquina, manejada por manos hábiles, por manos que no vacilen en emplear el arma de que disponen. Son inconmensurables —una sonrisa de placer cruzó la maligna cara de aquel hombre—. Imagínese lo que ocurriría en una zona de Londres en que se hubiese instalado esa clase de máquinas. Imagínese los efectos de la corriente en una escala que sería fácil alcanzar —soltó una carcajada—. Mire: yo creo posible hacer tabla rasa de todo el valle del Támesis, sin que quedase hombre, mujer o niño de este hormiguero de millones de personas.

Al escuchar aquellas palabras me estremecí, y más aún por el tono jubiloso con que fueron pronunciadas. Pero el efecto que produjeron en mi acompañante parecía distinto. Ante mi sorpresa, dibujó una sonrisa de simpatía y tendió la mano al inventor, diciéndole:

—No tenemos más remedio que felicitarle, míster Nemor. No cabe duda de que ha descubierto una extraordinaria cualidad de la Naturaleza, domesticándola en beneficio de la Humanidad. Es de lamentar que se emplee con fines de destrucción; pero la ciencia no hace esa clase de distinciones, y sigue sus descubrimientos, vayan donde vayan. Sin entrar en el principio científico en que se basa, supongo que no tendrá usted inconveniente en que yo examine la construcción de la máquina.

—Absolutamente ninguno. La máquina es simplemente un cuerpo. Lo que no

logrará usted descubrir jamás es el alma de la misma, el principio que la anima.

—Exactamente. Pero hasta mirándola como artefacto mecánico me parece que constituye un modelo de ingeniosidad.

Challenger se paseó algún tiempo alrededor de la máquina, tocando aquí y allá sus piezas. Luego asentó su fornido corpachón en la silla aislada.

—¿Desea realizar otra excursión por el cosmos? —le preguntó el inventor.

—Más tarde, quizás sí; más tarde. Pero observo, y seguramente usted ya debe saberlo que hay una fuga de electricidad. Siento con toda claridad que circula por mi cuerpo una corriente débil.

—Eso es imposible, porque está completamente aislada.

—Le aseguro que siento la corriente.

Challenger se levantó y descendió de la plataforma. El inventor se apresuró a ocupar su puesto en la silla.

—Pues yo no siento nada.

—¿No siente usted un cosquilleo por la espina dorsal?

—No, señor; absolutamente nada.

Se oyó un agudo chasquido metálico, y el inventor desapareció. Miré, atónito, a Challenger.

—¡Santo Dios! ¿Qué ha hecho usted, profesor?

—¡Vaya, quizás haya tocado la manivela sin darme cuenta! En estos modelos poco perfeccionados ocurren a veces incidentes desagradables. Esta manivela debería tener un seguro.

—Ahora está en el número tres; es decir, en la ranura en la que se produce la desintegración.

—Sí; me fijé cuando experimentó con usted.

—Pues yo me encontraba tan nervioso cuando volvió a integrarle a usted, que no me fijé qué ranura se utiliza para el retorno. ¿Se fijó usted?

—Quizás sí, joven Malone; pero no acostumbro recargar mi memoria con detalles tan insignificantes. Las ranuras son muchas, y nosotros ignoramos su finalidad. Si nos ponemos a hacer experiencias con lo que no conocemos, quizás empeoraríamos las cosas. Tal vez lo mejor sea dejarlas en el punto en que están.

—Pero ¿estaría usted dispuesto...?

—Sí. Es mejor. La interesante personalidad de mister Teodoro Nemor se ha esparcido por el cosmos; su máquina de nada sirve, y un determinado Gobierno extranjero se verá privado de conocimientos que podrían acarrear grandes daños. Buen trabajo el de esta mañana, mi joven amigo. Su periodicucho saldrá, desde luego, con una interesante columna de texto hablando de la inexplicable desaparición del inventor letón, ocurrida poco después de la visita que le hizo nuestro enviado especial. Yo, por mi parte, he disfrutado con el experimento. Son momentos luminosos en la pesada rutina de los estudiosos. Pero la vida no tiene solo placeres; tiene obligaciones, y yo me vuelvo ahora a casa para encararme con ese Mazotti y sus

absurdas opiniones sobre el desarrollo larval de las termitas.

Al volverme a mirar, creí distinguir una leve neblina oleaginosa cerniéndose todavía en torno de la silla. E insistí:

—Pero, profesor...

—El primero de los deberes que incumben al ciudadano respetuoso de las leyes es el impedir el asesinato —dijo el profesor Challenger—. Eso es lo que yo he hecho. ¡Ni una palabra más, Malone, ni una palabra más! El tema no admite discusión. Ya he malgastado demasiado tiempo. He de centrar mis pensamientos en otros asuntos de mayor importancia.

Este libro ha sido editado para:

[www.epublibre.org](http://www.epublibre.org)

*Más libros, más libres*



ARTHUR CONAN DOYLE. Médico, novelista y escritor de novelas policiacas, creador del inolvidable maestro de detectives Sherlock Holmes. Conan Doyle nació el 22 de mayo de 1859 en Edimburgo y estudió en las universidades de Stonyhurst y de Edimburgo. De 1882 a 1890 ejerció la medicina en Southsea (Inglaterra). *Estudio en escarlata*, el primero de los 68 relatos en los que aparece Sherlock Holmes, se publicó en 1887. El autor se basó en un profesor que conoció en la universidad para crear al personaje de Holmes con su ingeniosa habilidad para el razonamiento deductivo. Igualmente brillantes son las creaciones de los personajes que le acompañan: su amigo bondadoso y torpe, el doctor Watson, que es el narrador de los cuentos, y el archicriminal profesor Moriarty. Conan Doyle tuvo tanto éxito al principio de su carrera literaria que en cinco años abandonó la práctica de la medicina y se dedicó por entero a escribir. Los relatos más valorados de Holmes son *El signo de los cuatro* (1890), *Las aventuras de Sherlock Holmes* (1892), *El sabueso de Baskerville* (1902) y *Su última reverencia* (1917), gracias a los cuales se hizo mundialmente famoso y popularizó el género de la novela policiaca. Surgió, y todavía pervive, el culto al detective Holmes.

Gracias a su versatilidad literaria, Conan Doyle tuvo el mismo éxito con sus novelas históricas, como *Micah Clarke* (1888), *La Guardia Blanca* (1891), *Rodney Stone* (1896) y *Sir Nigel* (1906), así como con su obra de teatro *Historia de Waterloo* (1894). Durante la guerra de los bóers fue médico militar y a su regreso a Inglaterra escribió *La guerra de los Bóers* (1900) y *La guerra en Suráfrica* (1902), justificando la participación de su país. Por estas obras se le concedió el título de *sir* en 1902.

Durante la I Guerra Mundial escribió *La campaña británica en Francia y Flandes* (6 volúmenes, 1916-1920) en homenaje a la valentía británica. La muerte en la guerra de su hijo mayor le convirtió en defensor del espiritismo, dedicándose a dar conferencias y a escribir ampliamente sobre el tema. Su autobiografía, *Memorias y aventuras*, se publicó en 1924. Murió el 7 de julio de 1930 en Crowborough (Sussex).

### **Las novelas del profesor Challenger**

George Edward Challenger, el profesor Challenger, fue un personaje central en una serie de historias de ciencia ficción escritas por Sir Arthur Conan Doyle. Apareció por primera vez en la novela *The lost world*, que describe una expedición a una aislada meseta en Sudamérica donde continúan viviendo criaturas prehistóricas como dinosaurios.

*Aventuras del profesor Challenger*. Aguilar; Madrid, Valdemar, 2006. Incluye *El abismo de Maracot*, que no trata del prof. Challenger, pero no *La tierra de la niebla*.

*El mundo perdido* (1912). *The Lost World*. Barcelona, Laertes, 1980.

*La zona ponzoñosa* (1913). *The Poison Belt*. Madrid, Debate, 1982.

*Cuando la Tierra lanzó alaridos* (1928)

*La máquina desintegradora* (1929)

*La tierra de la niebla* (1926). *The Land of Mist*. Madrid, Miraguano, 1990.

# Notas

[1] Se refiere a la Conferencia del profesor al final de *El mundo perdido* (N. del E.) <<

[2] *Peerles*, en castellano: Sin Par. (N. del T.) <<